

R. L. STEVENSON
EL MUERTO VIVO



Lectulandia

«El muerto vivo» participa de la habilidad de Stevenson para la intriga y de su maestría para las novelas de aventuras.

Lo imprevisto, resorte oculto de las novelas del autor inglés, hace de la lectura de ésta un continuo y regocijado sobresalto. Su prosa irónica, suave, alegre y melancólica a la vez, le hace ser algo más que un clásico del género.

Robert Louis Stevenson

El muerto vivo

ePub r1.0

Titivillus 29.01.2021

Título original: *The Wrong Box*
Robert Louis Stevenson, 1889
Traducción: José Antonio Lara

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

I. LA FAMILIA FINSBURY

¡Cuán poco se da cuenta el lector —mientras, cómodamente sentado junto al fuego de su chimenea, se entretiene en hojear las páginas de una novela— de las fatigas y de las angustias que pasa el autor! ¡Cuán poco se cuida de imaginar las largas noches de lucha contra las frases que se le resisten, las sesiones de investigación en las bibliotecas, la correspondencia con eruditos e ilegibles profesores alemanes; en una palabra, todo aquél enorme andamio que el autor edifica para demoler después, simplemente para procurarle a él, lector de su obra, algunos momentos de distracción, junto al fuego de su chimenea, o para moderar el aburrimiento de una hora de ferrocarril!

De este modo podría yo comenzar este relato, con una biografía completa del italiano Tonti: lugar de su nacimiento, origen y carácter de sus padres, genio natural (probablemente heredado de la madre), ejemplos notables de precocidad, etc., etc. Después de lo cual, podría igualmente imponer al lector un tratado en regla sobre el sistema económico al que él citado italiano legara su nombre. Ahí tengo, en dos cajones de mi mesa de despacho, todos los materiales que hubiera necesitado para esos dos párrafos. Pero renuncio a hacer ostentación de una ciencia tomada en préstamo. Tonti ha muerto; hasta debo decir que jamás me he encontrado con nadie para lamentarlo. En cuanto al sistema de la «tontina», he aquí, en breves palabras, todo cuanto es necesario saber de él para la mejor inteligencia del sencillo y verídico relato que seguirá después.

Cierto número de alegres jóvenes ponen en común determinada suma, que en seguida depositan en un Banco, a interés compuesto. Los depositantes viven su vida, muriendo cuando les llega su turno; y cuando han muerto todos a excepción de uno solo, a este último superviviente le corresponde toda la suma, más los intereses. Entonces el superviviente en cuestión se encuentra, casi siempre, tan sordo que ni siquiera puede él oír el ruido producido en tomo de su buena suerte; y, según toda verosimilitud, a él mismo le quedará muy poco tiempo de vida para poder gozar de ello. El lector comprende ahora lo que el sistema tiene de poético, por no decir de cómico; pero, al mismo

tiempo, hay en ese sistema, algo de arriesgado, cierta apariencia de deporte que, en otro tiempo, lo hizo ser apreciado por nuestros abuelos.

Cuando José Finsbury y su hermano Masterman no eran más que dos niños de pantalón corto, su padre —un acomodado comerciante de Cheapside— los había hecho suscribir a una pequeña «tontina» de treinta y siete partes. Cada parte era de mil libras esterlinas. Todavía recuerda José Finsbury la visita al notario: todos los miembros de la «tontina» —chicos como él— reunidos en el despacho, yendo y viniendo por tocaduras, a sentarse en un butacón para firmar sus nombres, con la ayuda de un buen viejecillo con anteojos, calzado con botas a lo Wellington. Recuerda cómo después de la sesión jugó con los otros chicos en una pradera que se encontraba detrás de la casa del notario, y la pendencia que había sostenido con uno de sus «cotontinos», el cual habíase atrevido a tirarle de la nariz. El estrépito de la pendencia hubo de interrumpir al notario, cuando, en su despacho, ocupábase en obsequiar a los padres con pasteles y licores; de tal suerte que, habiendo sido separados los combatientes bruscamente, José, que era él más pequeño de los dos adversarios, tuvo la satisfacción de oír elogiar su valor por el vejete de las botas a lo Wellington, como también él que éste, a su edad, había hecho tres cuartos de lo mismo. Con lo que José hubo de preguntarse si, a su edad, tendría ya el viejecillo una cabecita calva y unas botitas a lo Wellington.

En 1840 vivían los treinta y siete suscriptores; en 1850 habían muerto seis; en 1856 y 1857, la Crimea y la gran rebelión de las Indias, ayudando al curso natural de las cosas, no se llevaron menos de nueve de los «tontinos». En 1870 tan sólo cinco de ellos quedaban con vida; y en la fecha de mi relato ya no quedaban más que tres, entre los que figuraban José Finsbury y su hermano mayor.

Masterman Finsbury había cumplido en aquella fecha sus setenta y tres años. Habiéndose resentido desde hacía largo tiempo con los enfadosos efectos de la edad, había terminado por retirarse de los negocios y vivía entonces en un retiro absoluto, bajo el techo de su hijo Miguel, abogado muy conocido. Por otra parte, José estaba todavía de pie, y aún no presentaba más que una figura semivenerable por las calles donde le gustaba pasearse. Debo añadir que la cosa era tanto más escandalosa cuanto que Masterman había llevado siempre, hasta en los menores detalles, una vida inglesa verdaderamente modelo. La actividad, la regularidad, la decencia y un gusto señalado por él cuatro por ciento; todas esas virtudes nacionales que se conviene en considerar hasta como las bases de una verde vejas, Masterman Finsbury las había practicado en muy alto grado; ¡y he aquí adónde lo habían

conducido a los setenta y tres años! Mientras que José, apenas si dos años más joven, y que se encontraba en el más envidiable estado de conservación, durante toda su vida habíase descalificado por la pereza y la excentricidad. Habiéndose dedicado al principio al comercio de los cuerpos, pronto hubo de cansarse de los negocios. Una desgraciada pasión por las nociones generales, no reprimida a tiempo, había comenzado desde entonces a minar su edad madura. No hay pasión que más debilite la inteligencia, de no ser quizás esa comezón de hablar en público, que, por otra parte, es un acompañamiento o un sucedáneo bastante corriente de aquella otra. Al menos en el caso de José las dos enfermedades veíanse reunidas; poco a poco habíase declarado el periodo agudo, aquél en que el paciente se dedica a dar conferencias gratuitas; y antes de que hubieran pasado unos pocos años, el desgraciado era ya capaz de emprender un viaje de cinco horas para hablar ante los chicuelos de una escuela primaria.

No es que José Finsbury fuese un sabio. Nada de eso. Toda su erudición se limitaba al conocimiento de aquello que le habían proporcionado algunos manuales elementales y la lectura de los periódicos. Ni siquiera llegaba hasta las enciclopedias; «su libro», según él decía, «era la vida». Estaba dispuesto a reconocer que sus conferencias no eran para catedráticos, pues se dirigían, también según él, «al gran corazón del pueblo». Era un ejemplo de que el corazón del pueblo era independiente de su cabeza, ordinariamente las lucubraciones de José Finsbury veíanse favorablemente acogidas. Recordaba con gusto, entre otros, el éxito de la conferencia que había dado a los obreros sin trabajo. «Cómo se puede vivir desahogadamente con dos mil francos anuales». Su desarrollo del tema «La educación, sus fines, su objeto, su utilidad y su alcance» había valido a José en varios lugares la respetuosa consideración de una muchedumbre de imbéciles. Y en cuanto a su célebre discurso sobre «El seguro de vida considerado en sus relaciones con las masas», la Sociedad del Mejoramiento Mutuo de los Trabajadores de la isla de los Perros, a quien fue dirigido, se sintió tan encantada —lo que da una bien triste idea de la inteligencia colectiva de aquella asociación—, que al año siguiente José Finsbury fue elegido su presidente honorario, título que, verdaderamente, era menos aún que gratuito, puesto que implicaba por parte de su titular un donativo anual a la caja de la Sociedad; mas no por eso el amor propio del nuevo presidente honorario tenía menos motivo para sentirse altamente satisfecho.

Mientras de este modo se iba formando José entre los ignorantes una reputación de especie cultivada, su vida doméstica viose bruscamente

invadida de huérfanos. La muerte del menor de sus hermanos, Santiago, hízole tutor de dos muchachos, Mauricio y Juan; y el mismo año, su familia hinchóse más aún por la adición de una niña, hija de Juan Enrique Hazeltine, hombre de escasa fortuna y aparentemente poco dotado de amigos. Este Hazeltine no había visto a José Finsbury más que una vez, en una sala de conferencias de Holloway; pero al salir de aquella sala habíase trasladado a casa de su notario y redactado un nuevo testamento, legando al conferenciante el cuidado de su hija, así como de la modesta fortuna de la muchacha. José era lo que se puede llamar «un buen hombre»; y aunque fuese a remolque aceptó aquella nueva responsabilidad, mandó insertar un anuncio solicitando un aya, y hasta compró de lance un cochecillo para el bebé. De mejor gusto había acogido algunos meses antes a sus dos sobrinos Mauricio y Juan; y no tanto por razones de lazos de parentesco como porque el comercio de cueros (donde, naturalmente, se había apresurado a meter las treinta mil libras que formaban la fortuna de sus sobrinos) había manifestado desde hacía poco ciertos e inexplicables síntomas de descenso. Un escocés joven, muy enterado, fue al punto acogido como gerente de la empresa; y desde entonces ya no tuvo que preocuparse José Finsbury del molesto quehacer de los negocios. Abandonando su negocio y sus pupilos en manos del enterado escocés, emprendió un largo viaje por el Continente, llegando hasta el Asia Menor.

Con una Biblia políglota en una mano y un manual de la conversación en la otra, fue abriéndose sucesivamente camino a través de las gentes de doce idiomas distintos. Abusó de la paciencia de los intérpretes, salvo al pagarles (siempre lo justo), cuando no podía obtener sus servicios gratuitamente; y no necesito añadir que llenó una multitud de cuadernos con el resultado de sus observaciones.

En aquellas consultas del gran libro de la vida empleó varios años, y no regresó a Inglaterra hasta que la edad de sus pupilos exigió de él un aumento de cuidados. Los dos muchachos habían sido puestos en un colegio —no hay que decir que barato, pero bastante bueno—, donde habían recibido una sana educación comercial; hasta quizá demasiado sana, teniendo en cuenta que el comercio de cueros se encontraba entonces en una situación que habría ganado mucho con no tener que ser examinada de muy cerca.

El caso es que cuando José preparóse a dar a sus sobrinos las cuentas de su tutela, descubrió con gran pena que bajo su protectorado la herencia de su hermano Santiago no había crecido. Suponiendo que abandonase a sus sobrinos hasta el último céntimo de su fortuna personal, había comprobado

que aún tendría que confesarles la existencia de un déficit de siete mil ochocientas libras.

En cuanto, en presencia de un abogado, fueron comunicadas a los dos hermanos aquellas noticias, Mauricio Finsbury amenazó a su tío con todas las severidades de la ley; estoy seguro de que a pesar de los lazos de la sangre no hubiera vacilado en recurrir hasta las más extrañas medidas si su abogado no lo hubiese contenido.

—¡Nunca logrará usted sacar sangre de una piedra! —habíale dicho juiciosamente aquel hombre de ley.

Y Mauricio comprendió lo justo del proverbio, resignándose a establecer con su tío un compromiso. De una parte, José renunciaba a todo lo que poseía, reconociendo a su sobrino una gran parte en la «tontina», que comenzaba a ser una especulación de las más serias; de otra parte, Mauricio se comprometía a sostener a sus expensas a su tío, así como a *miss* Hazeltine (cuya modesta fortuna había desaparecido con todo lo demás), y a entregarle a cada uno una libra esterlina mensual para gastos superfluos.

Aquella subvención era más que suficiente para los gastos del anciano. No es fácil comprender cómo por el contrario, podía bastar a la muchacha, que tenía que vestirse, peinarse, etc., sólo con aquel dinero; pero lo lograba, sólo Dios sabe de qué modo, y, cosa más asombrosa aún, no se quejaba nunca. Por otra parte, estaba sinceramente ligada a su guardián, a pesar de la perfecta incompetencia de éste para velar por ella. Al menos, nunca se había mostrado duro ni malo con ella, y en resumen, quizás había algo enternecedor en la curiosidad infantil que experimentaba por todos los conocimientos útiles, como también en la inocente delicia que le procuraba el menor testimonio de admiración que se le acordaba. Lo cierto es que aunque el abogado hubiese advertido lealmente a dicha Hazeltine que la combinación de Mauricio constituía para ella un perjuicio, la excelente muchacha se hubiera negado a complicar más aún las dificultades del tío José. Así fue cómo el compromiso había entrado en vigor.

Estas cuatro personas vivían juntas en una grande, sombría y lúgubre casa de John Street, en Bloomsbury, constituyendo al parecer una familia, aunque en realidad fuesen una asociación financiera. Naturalmente, Julia y el tío José eran dos esclavos. Juan, absorbido completamente por su pasión por el banjo, el «café-concert», el trato con artistas y los periódicos deportivos, era un personaje condenado desde la cuna a no representar más que un papel secundario. De este modo todas las penas y todas las alegrías del poder se encontraban en manos de Mauricio.

Sabida es la costumbre que han tomado los moralistas de consolar a los débiles de espíritu asegurándoles que en toda la vida están compensadas las penas y las alegrías, o con muy escasa diferencia; pero, aun sin querer insistir sobre el error teórico de esta piadosa mixtificación, puedo afirmar que en el caso de Mauricio la suma de amarguras excedía en mucho a la de dulzuras. El joven no se evitaba ninguna clase de fatiga y tampoco se las evitaba a los demás; él era el que despertaba a los criados, el que encerraba bajo llave las sobras de las comidas, el que probaba los vinos, el que contaba los bizcochos. Todos los sábados, con ocasión de la revisión de facturas, tenían lugar escenas penosas; cambiábase con frecuencia la cocinera y a menudo los proveedores; sobre la escalera de servicio, y a propósito de una diferencia de tres liards, vertía todo su repertorio de injurias. A los ojos de un observador superficial, Mauricio Finsbury hubiérase expuesto a pasar por un avaro; a sus propios ojos era simplemente un hombre a quien habían robado. La Sociedad le debía 7800 libras esterlinas, y estaba resuelto a cobrárselas.

Pero en lo que más claramente se manifestaba el carácter de Mauricio era en su conducta con el tío José, el cual era una colocación sobre la que el joven tenía fundadas grandes esperanzas; así es que para conservarlo no retrocedía ante nada. Todos los meses, estuviese o no enfermo, el viejo tenía que sufrir el examen minucioso de un médico. Su régimen, sus vestidos, sus excursiones, todo eso se lo administraba como la papilla a los niños. A poco que el tiempo fuese malo, prohibición de salir. Cuando hacía buen tiempo, el tío José tenía que encontrarse en el vestíbulo a las nueve en punto de la mañana. Mauricio veía si llevaba guantes y si sus zapatos no estaban agujereados; después de lo cual los dos hombres se iban al despacho, del brazo. Paseo que, indudablemente, nada tenía de alegre, pues los dos compañeros no se tomaban la menor molestia en mostrarse mutuos sentimientos amistosos. Mauricio no había dejado nunca de reprochar a su tutor el déficit de las 7800 libras, ni de lamentarse de la carga suplementaria constituida por *miss* Hazeltine, y José, por buen hombre que fuese, experimentaba hacia su sobrino algo muy semejante al odio. Y aun así, la ida no era nada en comparación a la vuelta, pues la simple vista del despacho, sin contar todos los detalles de lo que allí ocurría, hubiese bastado para envenenar la vida de los dos Finsbury.

El nombre de José continuaba inscrito sobre la puerta, y era él quien conservaba aún la firma de los cheques; pero todo aquello no era más que pura maniobra política por parte de Mauricio, destinada a desanimar a los otros miembros de la «tontina». En realidad, Mauricio era el que se ocupaba

del negocio de los cueros; y he de agregar que este negocio era para él una inagotable fuente de disgustos. Había tratado de venderlo, pero no había recibido más que irrisorias ofertas. Había tratado de ampliarlo, sin lograr más que aumentar las cargas; de reducirlo, y lo único que había logrado reducir eran los beneficios. Nadie supo nunca sacar un cuarto de aquel negocio de cueros, excepto el «enterado» escocés, que al despedirlo Mauricio habíase instalado en las cercanías de Bauff y con sus beneficios se había hecho construir un castillo. Mauricio no dejaba ni un solo día de maldecir la memoria de aquel falaz escocés, mientras que, sentado en su gabinete, abría su correo, teniendo al viejo José sentado en otra mesa esperando sus órdenes con el gesto más sombrío, o bien furiosamente, garabateando su firma sobre no sabía qué. Y cuando el escocés llevó su cinismo hasta enviar la participación de su matrimonio (con Davida, hija mayor del reverendo Baruch Mac Craw), el desgraciado Mauricio creyó que iba a darle un ataque.

Las horas de presencia en el despacho habían quedado reducidas poco a poco al mínimo honestamente posible. Por profundo que fuese en Mauricio el sentimiento de sus deberes (para consigo mismo), este sentimiento no le daba a darle el valor de permanecer entre las cuatro paredes de su despacho, gravitando diariamente sobre éste la sombra de la bancarrota. Después de algunas horas de espera, amo y empleados lanzaban un suspiro, se estiraban bajo el pretexto de prepararse para el hastío del día siguiente, y salían. Entonces el mercader de cueros conducía su capital viviente hasta John Street, como un perro de salón; después de lo cual, habiéndole emparedado en la casa, volvía a salir él también para explorar las tiendas de los prenderos, rastreando anillos de sello, única pasión de su vida.

En cuanto a José, poseía más que la vanidad de un hombre, la vanidad de un conferenciante. Confesaba que había tenido errores, aunque habían pecado contra él (sobre todo el «enterado» escocés) más de lo que él mismo había pecado. Pero declaraba que aunque se hubiese manchado de sangre las manos, aun así no habría merecido verse arrastrado de aquél modo por un mocos, encerrado en el gabinete de su propia casa de comercio, sin cesar perseguido por comentarios mortificantes acerca de toda su carrera pasada, examinando su traje de arriba abajo todas las mañanas, levantando su cuello, severamente inspeccionada la presencia de sus mitones sobre sus manos y llevado y traído de casa a la calle y de la calle a casa como un niño al cuidado de un ama. Al pensar en todo aquello, el pecho se le llenaba de veneno. Dábase prisa en colgar de una percha, en el vestíbulo, su sombrero, su capa y los odiosos mitones, y después en subir a reunirse con Julia y con sus cuadernos de notas.

Por lo menos, el salón de la casa estaba al abrigo de Mauricio; pertenecía al anciano y a la muchacha. Allí era donde ésta cosía sus trajes; allí donde el tío José manchaba de tinta sus gafas por la dicha de registrar hechos sin consecuencias o de recoger las cifras de imbéciles estadísticas.

A menudo, mientras estaba en el salón con Julia, deploraba la fatalidad que había hecho de él uno de los miembros de la «tontina».

—Sin esa maldita «tontina» —gemía una noche—, Mauricio no se preocuparía de guardarme, Julia, y podría ser un hombre libre. ¡Me sería tan fácil ganarme la vida dando conferencias!

—¡Efectivamente, le sería muy fácil! —respondía Julia, que tenía un corazón de oro—. ¡Y es una cobardía y una maldad por parte de Mauricio el privarlo de una cosa que tanto le divierte!

—¡No ves, hija mía, que es un ser sin inteligencia! —exclamaba José—. ¡Piensa un poco en la magnífica ocasión de instruirse que tiene al alcance de la mano, y sin embargo, la desprecia! La suma de conocimientos diversos que yo podría hacerle adquirir, Julia, sólo con que consintiese en escucharme... ¡Oh, una suma que no hay palabras bastantes para darte idea de ello!

—De todos modos, mi querido tío, debiera usted cuidar él no agitarse demasiado —observaba delicadamente Julia—. Pues ya sabe usted que a poco aspecto de sufrir que tenga, en seguida enviarán en busca del médico.

—Es cierto, hija mía; tienes razón —respondía el anciano—. Sí, voy a tratar de dominarme. ¡El estudio me hará recobrar la calma!

Y se iba en busca de su colección de cuadernos.

—Me pregunto —se aventuraba a decir—, me pregunto si mientras estás haciendo tu labor no te interesaría el oír...

—¡Claro está que sí; sí, me interesará mucho! —exclamaba Julia—. Vamos, léame usted sus observaciones.

Al punto él habría el cuaderno y se aseguraba las gafas sobre la nariz, como si quisiera impedir toda posible retracción por parte de su auditora.

—Lo que hoy me propongo leerte —comenzó cierta noche, después de haber tosido para aclarar la voz—, será, si me lo permites, las notas recogidas por mí después de una conversación muy importante sostenida con un empleado de correos asirio llamado David Abbas —quizás ignoras que Abbas es el nombre latino de abate—. Los resultados de esta entrevista compensan ampliamente el precio que me costó, pues como Abbas se mostrase al principio un poco impaciente por las preguntas que yo le dirigía acerca de distintos puntos de estadística regional, tuve que hacerle beber a mis expensas. Ahora, aquí tienes estas notas.

Pero en el momento en que, después de haber tosido, se disponía a emprender su lectura, Mauricio hizo irrupción en la casa, llamó vivamente a su tío y desde el momento siguiente invadió el salón, blandiendo en la mano un periódico de la noche.

Realmente, volvía cargado con una gran noticia... Anunciaba el periódico la muerte del teniente general *sir* Glasgow Beggar, K.C.S.I., K.C.M.G., etc. Aquello significaba que ya la tontina no tenía más que dos miembros, los dos hermanos Finsbury. En suma, la suerte estaba de parte de Mauricio.

No es que los dos hermanos fuesen grandes amigos, ni lo hubiesen sido nunca. Cuando corrió la noticia del viaje de José al Asia Menor, Masterman, tradicionalmente perezoso, se había expresado con irritación: «¡La conducta de mi hermano me parece simplemente indecente! —había murmurado—. Acuérdense de lo que les digo: acabará por irse hasta el polo Norte. ¡Un verdadero escándalo para un Finsbury!». Y más tarde, aquellas amargas palabras habían llegado a oídos del viajero. Aun le hizo una afrenta mayor, pues Masterman se negó a asistir a la conferencia sobre «La educación, sus fines, su objeto, su utilidad y su alcance», a pesar de tener reservado un puesto en el estrado. Desde entonces los dos hermanos no habían vuelto a verse. Pero, por otra parte, jamás habían reñido de una manera franca; de tal suerte, que todo hacía creer que entre ambos sería cosa fácil establecer un acuerdo. José (por orden de Mauricio) tenía que prevalecerse de su situación de menor, y Masterman siempre había gozado la reputación de no ser avaro ni mal compañero. Todos los elementos de un compromiso entre los dos hermanos se encontraban reunidos. Y Mauricio, desde el día siguiente —animado por la perspectiva de poder reintegrarse al fin de sus 7800 libras esterlinas—, precipitóse en el despacho de su primo Miguel.

Miguel Finsbury era una especie de personaje célebre. Metido desde muy joven en el campo de la ley, y sin dirección, había llegado a ser especialista en asuntos dudosos. Se le conocía como abogado de causas desesperadas; sabíase que era hombre capaz de extraer el testimonio de un leño o de hacer producir intereses a una mina de oro. Y, en consecuencia, su despacho veíase sitiado por la casta numerosa de aquéllos que todavía tienen algo de reputación que perder y que están a punto de perder lo poco que les resta; de aquellos que han hecho amistades impertinentes, que han extraviado papeles comprometedores o que tienen que sufrir tentativas de «chantage» de sus antiguos criados. En su vida privada Miguel era un hombre placentero y alegre; pero, como un contraste, la experiencia de su vida profesional habíale dado una gran afición a las colocaciones sólidas y completamente tranquilas.

En fin, y como detalle más animado aún, sabía Mauricio que su primo había echado siempre pestes contra la historia de la «tontina».

Así es que aquella mañana Mauricio se presentó ante su primo casi con la certeza del éxito, y, felizmente, creyóse obligado a exponerle su plan. El abogado, durante un buen cuarto de hora, dejóle insistir sin interrumpirle acerca de las ventajas manifiestas de un compromiso que permitiese a los dos hermanos repartirse el total de la «tontina». Al fin, Mauricio vio que su primo se levantaba de su butaca y hacía sonar el timbre para llamar a un criado.

—Pues bien, decididamente, Mauricio —dijo Miguel—, no puede ser.

En vano el mercader de cueros rogó y razonó y hasta volvió los días siguientes a seguir rogando y razonando. En vano ofreció una mejora de mil, de dos mil, de tres mil libras. En vano ofreció, en nombre de su tío José, contentarse con la tercera parte de la «tontina» y dejarle a Miguel y a su padre las otras dos terceras partes. El abogado contestaba siempre lo mismo:

—¡No puede ser!

—¡Miguel! —gritó al fin Mauricio—, no comprendo qué puedes pretender. No contestas nada a mis argumentos, no dices ni una palabra. Creo que tu único objeto es llevarme la contraria.

Sonrió él abogado con benevolencia.

—En todo caso, hay algo que puedes creer —dijo—, y es que estoy resuelto a no contar para nada con tu proposición. Ya ves que hoy soy algo más expansivo, por ser ésta la última vez que hablamos del asunto.

—¡La última vez! —gritó Mauricio.

—Sí, querido, la última vez. ¡La definitiva! —respondió Miguel—. ¡No puedo sacrificarte todo mi tiempo! Y sobre esto mismo, ¿es que no tienes nada que hacer? ¿El comercio de los cueros marcha solo, sin que necesites ocuparte de él?

—¡Oh, no tratas más que de contrariarme! —gruñó Mauricio furioso—. Desde niño me odiaste y despreciaste.

—De ningún modo; jamás he pensado en odiarte —replicó Miguel con su tono más conciliador—. Al contrario, más bien te he mostrado amistad; ¡has sido un personaje tan asombroso, tan imprevisto, tan romántico, por lo menos para verte desde fuera!

—¡Tienes razón! —dijo Mauricio sin escucharle—. Es inútil que vuelva aquí. ¡Veré a tu padre!

—¡Oh, no; no lo verás! —dijo Miguel—. Nadie puede verle.

—Quisiera saber por qué —exclamó su primo.

—¿Por qué? Nunca he hecho de ello un secreto; ¡porque está muy enfermo!

—Si está tan enfermo como dices —gritó Mauricio—, razón de más para que aceptes mi proposición. ¡Quiero ver a tu padre!

—¿De veras? —preguntó Miguel.

Tras lo cual, levantándose, llamó a su criado.

Mientras tanto había llegado el momento en que, por indicación de *sir* Faraday Bond —ilustre médico cuyo nombre seguramente conocen todos nuestros lectores, aunque no sea más que por haberlo visto al pie de los partes publicados en los periódicos—, el infortunado José, aquella oca dorada, había sido transportado al aire más puro de Bournemouth. Toda la familia fue con él a instalarse en aquel desierto de villas: Julia, encantada, porque a veces en Bournemouth solía hacer amistades; Juan, desolado, porque todos sus gustos eran ciudadanos; José completamente indiferente al lugar en que se encontraba, con tal de que tuviese al alcance de la mano una pluma, un tintero y algunos periódicos; en fin, hasta el mismo Mauricio, bastante contento por poder espaciar sus visitas al despacho y disponer de tiempo para reflexionar ampliamente acerca de su situación.

El pobre mozo estaba dispuesto a todos los sacrificios; no pedía más que reintegrarse de su dinero y mandar a paseo el comercio de cueros, de tal suerte que, dada la moderación de sus exigencias, parecíale muy extraño el que no encontrase medio de hacer que Miguel aceptase un arreglo. «¡Si por lo menos pudiese averiguar los motivos que le impulsan a rechazar mi ofrecimiento!». Repetíase aquello indefinidamente, y lo mismo durante el día, paseándose por los bosques de Branksome, que por la noche, dando vueltas en su cama, que en la mesa, olvidándose de comer, que en el baño, olvidándose de volverse a vestir, siempre se veía agitado por aquel extraño problema: «¿Por qué se ha negado Miguel?».

Por fin una noche corrió al cuarto de su hermano, al que despertó con fuertes sacudidas.

—¡Qué! ¿Qué pasa? —preguntó Juan.

—¡Julia se marchará mañana! —respondió Mauricio—. Volverá a Londres para poner la casa en orden y tomar una cocinera. Y pasado mañana la seguiremos todos.

—¡Oh, bravo! —exclamó Juan—. Pero, ¿por qué?

—¡Juan, ya lo he encontrado! —replicó gravemente su hermano.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Juan.

—He encontrado el por qué Miguel no quiere aceptar mi compromiso —dijo Mauricio—. Es porque «no puede» aceptarlo. Porque él tío Masterman ha muerto, y lo oculta.

—¡Santo Dios! —exclamó el impresionable Juan—. Pero, ¿por qué motivo? ¿Con qué interés?

—¡Para evitar que recojamos el beneficio de la «tontina»! —dijo su hermano.

—¡Pero si él no puede hacerlo! —objetó Juan—. Tienes derecho para exigirle un certificado facultativo.

—¿Y no has oído hablar nunca de médicos que se dejan corromper? —preguntó Mauricio—. Son tan frecuentes como las fresas en los bosques; puedes encontrarlos fácilmente a tres libras y media por cabeza.

Juan no pudo evitar el decir:

—Estoy seguro de que yo no lo haría por menos de cuarenta libras.

—De este modo Miguel quiere estafarnos —prosiguió Mauricio—. Su clientela disminuye, su reputación baja, y, evidentemente, tiene un plan, porque el mozo es terriblemente maligno. Pero también yo lo soy, y además tengo conmigo la fuerza de la desesperación. He perdido siete mil ochocientas libras cuando todavía era un huérfano bajo tutela.

—¡Oh! No vuelvas a aburrirme con tu historia —interrumpió Juan—. ¡Bien sabes que has perdido mucho más dinero por querer recobrar aquél!

II. DONDE MAURICIO SE DISPONE A OBRAR

En consecuencia, algunos días después los tres miembros masculinos de aquella triste familia habrían podido ser vistos (por un lector de F. de Boisgobey) tomando el tren de Londres en la estación de Bournemouth. El tiempo era variable, según la afirmación del barómetro, y José llevaba el traje apropiado a aquella temperatura en el régimen de *sir* Faraday Bond, pues, según es sabido, este eminente médico es tan estricto en materia de ropa como de régimen.

Me atrevo a decir que hay muy pocas personas poseedoras de una delicada salud que por lo menos no hayan ensayado el vivir conforme a las prescripciones de *sir* Faraday Bond. «Evite usted los vinos rojos, señora — seguramente que todas mis lectoras han oído decir esto—; evite los vinos rojos, la pierna de cordero, las mermeladas de naranja y el pan poco tostado. ¡Acuéstase usted todas las noches a las diez y tres cuartos, y, si usted quiere, vístase de franela higiénica de arriba abajo! ¡Para el exterior, la piel de marta me parece lo más indicado! ¡No se olvide usted tampoco de procurarse un par de botas de la casa Dalí y Crumbie!». Y luego, con toda probabilidad, después de haberle ya pagado su visita, *sir* Faraday les habrá retenido en el umbral de su gabinete de consulta para añadir con su tono particularmente categórico: «¡Aún hay una precaución indispensable: si quiere usted seguir viviendo evite el esturión cocido!».

El infortunado José veíase sometido con rigor espantoso al régimen de *sir* Faraday Bond. Llevaba los pies calzados con botas suizas; su pantalón y su chaqueta eran de paño; su camisa, de franela higiénica (a decir verdad, de una dase un poco barata), y el cuerpo envuelto hasta las rodillas en la inevitable pelliza de piel de marta. Los mismos empleados de la estación de Bournemouth podían reconocer en aquel anciano un cliente de *sir* Faraday, aparte de que éste enviaba de veraneo a todos sus pacientes hacia aquel sitio. En la persona del tío José no había más que un solo detalle de gusto individual, a saber: una gorra de turista con una puntiaguda visera. Todas las instancias de Mauricio habían fracasado ante la obstinación del anciano en

llevar aquella gorra, que le recordaba la emoción experimentada por él en otro tiempo, al huir, por las llanuras del Éfeso, delante de un chacal medio muerto.

Los tres Finsbury subieron a su departamento, donde al punto comenzaron a reñir: esta circunstancia, insignificante en sí, resultó tan desgraciada para Mauricio como, me atreveré a decirlo, feliz para mi lector. Pues si Mauricio, en lugar de enfrascarse en la querella, se hubiera asomado un momento a la portezuela de su vagón, la historia que va a leerse no habría podido escribirse. En efecto, Mauricio no habría dejado de observar la llegada al andén y la entrada en un departamento próximo de un segundo viajero vestido con el uniforme de *sir* Faraday Bond. Pero el pobre muchacho pensaba en otra cosa, cosa que consideraba (¡Dios sabe cómo se engañaba!) muchísimo más importante que el curiosear por el andén antes de la salida del tren.

—¡Nunca se ha visto nada igual! —exclamó, apenas sentado, reanudando una discusión que, por decirlo así, no había cesado desde por la mañana—. ¡Ese billete no es de usted, sino mío!

—¡Está a mi nombre! —replicó el viejo con una obstinación mezclada de amargura—. ¡Tengo derecho a hacer lo que me plazca con mi dinero!

El «billete» era un cheque de ochocientas libras esterlinas que durante el almuerzo Mauricio había entregado a su tío para que lo firmase y que sencillamente, el viejo se había guardado.

—¿Lo oyes, Juan? —dijo Mauricio—. ¡Su dinero! ¡Pero si hasta la ropa que lleva me pertenece!

—¡Déjalo en paz! —refunfuñó Juan—. ¡Me están aburriendo los dos!

—¡No es una manera muy correcta de hablar a su tío, caballero! —exclamó José—. ¡Estoy resuelto a no tolerar más semejante falta de consideración! Son un par de muchachos extremadamente groseros, imprudentes e ignorantes; y he decidido poner término a semejante situación.

—¡Me es igual! —dijo el amable Juan.

Pero Mauricio no acogió la cosa tan filosóficamente. El imprevisto acto de insubordinación de su tío le había exasperado, y las últimas palabras del viejo no le hacían esperar nada bueno, lanzando hacia el tío José ojeadas inquietas.

—¡Bien, bien! —acabó por decir—. ¡Ya veranos de arreglar todo eso cuando estemos en Londres!

Como respuesta, José ni siquiera se dignó mirarle. Con sus temblorosas manos abrió un número de *El Mecánico Inglés*, y, con cierta ostentación, hundiéndose en el estudio de aquel periódico.

—¿Qué será lo que de repente ha podido ponerle tan rebelde? —pensaba su sobrino—. ¡De todos modos es un incidente que no me agrada!

Se rascaba la nariz, signo habitual de una lucha interior. Mientras, el tren proseguía su ruta a través del mundo, arrastrando consigo su carga ordinaria de humanidad, entre la que figuraban el viejo José, que simulaba hallarse hundido en la lectura de su periódico; Juan, que dormitaba sobre los cómicos chascarrillos del «¡Leedme!» y Mauricio, por cuya cabeza daba vueltas todo un mundo de resentimientos, de sospechas y de alarmas. De este modo el tren dejó atrás la plaza de Chris-Church, Herne, con sus bosques de abetos, Ringswood y otras estaciones. Con un pequeño retraso, que nada tenía de anormal, llegó a una estación en el centro del Bosque-Nuevo; una estación que disfrazaré con el seudónimo de Browndean, para él caso en que la Compañía del Sur-Occidental pensase en molestarse por mis revelaciones.

Muchos viajeros se asomaron a las ventanillas de sus departamentos. Entre ellos figuraba precisamente aquel anciano cuya subida al tren había descuidado observar Mauricio. Y séame permitido aprovechar esta ocasión para decir algunas palabras acerca de este personaje; primero, porque esto me evitará volver sobre él y, además, por creer que, durante todo el curso de mi historia, no volveré a tropezar con otro personaje tan respetable. Este anciano caballero había pasado su vida errando a través de Europa y, al fin, como treinta años de leer el «Calignahi's Messenger» le habían cansado la vista de pronto, había regresado a Inglaterra para consultar a un oculista. Del oculista al dentista y de éste al médico es la gradación inevitable. En la actualidad nuestro anciano caballero se hallaba entre las manos de *sir* Faraday Bond; vestido de paño y expedido a veranear en Bournemouth; y, terminado su veraneo, regresaba a Londres para dar cuenta de su conducta al eminente doctor. Era uno de esos viejos ingleses, triviales y monótonos, que hemos visto cien veces entrar en el comedor donde estábamos comiendo: en Colonia, en Salzburgo o en Venecia. Todos los directores de hoteles de Europa conocen por sus nombres la serie completa de tales viajeros, y, sin embargo, si mañana u otro día cualquiera desapareciese de golpe la serie completa, nadie la echaría en falta. En particular, este viajero era de una inutilidad casi desoladora. Antes de salir de Bournemouth había pagado su cuenta, y bajo la especie de dos baúles, todos sus bienes muebles estaban depositados en el furgón de equipajes. En el caso de su brusca desaparición y al cabo del plazo reglamentario, los baúles serían vendidos a un judío como equipajes no reclamados; al final del año, el criado de *sir* Faraday Bond se vería privado de algunos chelines de propina; en la misma fecha, los diversos directores de

hoteles de Europa comprobarían una ligera disminución en sus beneficios, y eso sería todo. Literalmente todo. Quizás el anciano cabañero pensaba en algo semejante a lo que acabo de decir, pues parecía muy melancólico cuando metió su calva cabeza en el interior del vagón; el tren comenzó a echar humo sobre el puente, y más allá, cruzando con velocidad acelerada a través de los abrigos y de los calveros del Bosque Nuevo.

Mas he aquí que, a algunos centenares de metros de Browndean, hubo una parada brusca. Mauricio Finsbury tuvo plena conciencia de un repentino estallar de voces, y se precipitó hacia la ventanilla. Chillaban las mujeres, y los hombres saltaban a los andenes de la ría; los empleados les gritaban que continuasen ocupando sus asientos. Luego el tren comenzó a retroceder lentamente hada Browndean, y después, al minuto siguiente, todos aquellos diversos ruidos se perdieron entre el silbido apocalíptico y el choque estruendoso del expreso que llega en dirección contraria.

El ruido final del choque no lo oyó Mauricio. Quizá se había desmayado. Sólo tuvo el vago recuerdo de haber visto, como en sueños, volcar su vagón y caer deshecho, como un castillo de naipes. Lo cierto es que, cuando volvió en sí, yacía sobre el suelo, con un sucio cielo gris encima de su cabeza, que le molestaba extraordinariamente. Se llevó la mano a la frente, y no se sorprendió al comprobar que estaba manchada de sangre. El aire estaba lleno de un zumbido intolerable, y Mauricio pensó en que dejaría de oírlo cuando hubiese recobrado por completo el sentido. Era como el ruido de una forja trabajando.

Pronto, bajo el instintivo aguijonazo de la curiosidad, se irguió, sentóse y miró en tomo suyo. En aquel sitio la vía ascendía con una brusca curva. Y, rodeándolo por todas partes, descubrió Mauricio los restos del tren de Bournemouth. Los del expreso descendente estaban, la mayor parte, ocultos tras los árboles; pero precisamente en la curva, y bajo nubes de negro humo, vio Mauricio lo que quedaba de las dos máquinas, una sobre otra. Corrían las gentes a lo largo de la vía, de acá para allá, sin cesar de gritan otros yacían inmóviles, como vagabundos dormidos.

Mauricio tuvo bruscamente una idea: «¡Ha habido un accidente!», pensó, y la conciencia de su perspicacia le devolvió algo de valor. Cari en el mismo instante cayeron sus miradas sobre Juan, extendido junto a él con una placidez espantosa. «¡Pobrecillo mío! ¡Pobre compadre!» se dijo, volviendo a encontrar no sé cómo ni dónde aquella antigua palabra del colegio. Después de lo cual, con infantil ternura cogió con la suya la mano de su hermano. Al contacto de aquélla mano, Juan abrió pronto los ojos, se sentó sobresaltado y

agitó los labios sin lograr extraer de ellos ningún sonido: «¡Otra vez! ¡Otra vez!», profirió al fin, con una voz de fantasma.

El ruido de forja y el humo persistían intolerablemente.

—¡Huyamos de este infierno! —exclamó Mauricio. Y los dos jóvenes se ayudaron uno al otro para ponerse en pie, sacudiéronse y se pusieron a contemplar la fúnebre escena en tomo de ellos.

En el mismo instante un grupo de personas se aproximó a ellos.

—¿Están ustedes heridos? —les gritó un hombrecillo, cuyo rostro pálido estaba por completo bañado en sudor, y que, a juzgar como dirigía el grupo, debía ser un médico.

Mauricio señaló su frente: el hombrecillo, después de haberse encogido de hombros, le alargó un frasco de aguardiente.

—Tenga —dijo—, beba usted un trago de esto, y después déle usted el frasco a su amigo, que parece necesitarlo más aún que usted. Luego, después de eso, vengan con nosotros. ¡Es preciso que todo el mundo nos ayude! ¡Hay mucho que hacer! ¡Ustedes podrán ser útiles, aunque no sea más que yendo a buscar camillas!

Apenas el médico y su acompañamiento se habían alejado, Mauricio, bajo la vivificadora influencia del cordial, acabó de recobrar la conciencia de sí mismo.

—¡Señor! —exclamó—. ¿Y el tío José?

—Es verdad —dijo Juan—; ¿dónde diablos se habrá metido? ¡No debe estar muy lejos! ¡Confío en que el pobre viejo no se habrá hecho demasiado daño!

—¡Ven, y ayúdame a buscarlo! —dijo Mauricio con un tono particular de extraña resolución.

Después, de improviso, estalló:

—¿Y si hubiese muerto? —gimió, mostrando el puño al cielo.

Los dos hermanos corrían de un lado para otro, examinando las caras de los heridos, removiéndolos a los muertos. Llevaban pasada de este modo revista a una buena veintena de personas, sin encontrar el menor rastro del tío José. Mas pronto su investigación llevóles al centro de la colisión, allí donde las dos máquinas continuaban vomitando humo con ensordecedor estrépito. Era un sitio de la vía por donde el médico y sus acompañantes aún no habían pasado. El suelo, sobre todo en la margen del bosque, estaba flato de asperezas: aquí un foso, más allá un cerrillo dominado por unas breñas.

En aquel sitio podían ocultarse muchos cuerpos, y los dos sobrinos exploraron aquello como perros «pointers» después de una caza. De repente,

Mauricio, que iba a la cabeza, se detuvo y extendió su índice con un gesto trágico. Juan siguió la dirección del dedo de su hermano.

En el fondo de un hoyo de arena yacía algo que antaño había sido una criatura humana. La cara estaba mutilada horriblemente, hasta el punto de ser completamente inidentificable; pero los dos jóvenes no necesitaban identificar el rostro. El cráneo calvo, sembrado de raros cabellos blancos, la pelliza de marta, el traje de pafio, la franela higiénica —todo, hasta las botas suizas de la casa Dalí y Crumbie—, todo atestiguaba que aquel cuerpo pertenecía al tío José. Tan sólo la gorra de puntiaguda visera debía haberse perdido con el cataclismo, pues el muerto estaba con la cabeza desnuda.

—¡Pobre infeliz! —dijo Juan con un poco de verdadera emoción—. ¡Daría diez libras porque no le hubiésemos traído en este tren!

Mas era bien distinta la emoción que se leía sobre el rostro de Mauricio mientras estaba inclinado sobre el cadáver. Pensaba en aquella nueva y suprema injusticia del destino. Mientras era huérfano y permanecía bajo tutela le habían robado 7800 libras; se había visto comprometido a la fuerza en un negocio de cueros que no marchaba bien; se había visto abrumado con la carga de *miss* Julia; su primo había tratado de despojarle del beneficio de la «tontina»; había soportado todo aquello —casi pudiera decir que con dignidad—, y ¡he aquí que ahora le habían matado a su tío!

—¡Pronto! —díjole a su hermano con una voz jadeante—, cógele por los pies; es preciso que lo escondamos en el bosque. No quiero que otras personas lo puedan encontrar.

—¡Qué ocurrencia! —exclamó Juan—. ¿Para qué hacer semejante cosa?

—¡Haz lo que te digo! —replicó Mauricio, agarrando el cadáver por los hombros—. ¿Quieres que lo lleve yo solo?

Estaban a la entrada del bosque; a los diez o doce pasos se hallaron a cubierto, y un poco más lejos, en un claro arenoso, depositaron su carga; después, habiéndose erguido, se lo quedaron mirando melancólicamente.

—¿Qué pretendes hacer con él? —murmuró Juan.

—¡Como es natural, enterrarlo! —respondió Mauricio.

Abrió su navaja de bolsillo y comenzó a quitar arena.

—¡No lograrás nada con la navaja! —le objetó su hermano.

—¡Si tú no quieres ayudarme, miserable, cobarde —rugió Mauricio—, vete al diablo!

—¡Es una locura ridícula! —dijo Juan—; ¡pero no se podrá decir que hayan podido acusarme de cobarde!

Y se colocó en postura para ayudar a su hermano.

El suelo era arenoso y ligero, pero lleno de raíces de los abetos circundantes. Los dos jóvenes se ensangrentaron las manos cruelmente. Llevaban una hora de heroico trabajo, sobre todo por parte de Mauricio, y apenas si el hoyo tenía de ocho a nueve pulgadas de profundidad. Mal que bien metieron el cuerpo en aquel foso, metiendo después la arena, y luego más arena que tuvieron que buscar en otra parte no menos penosamente. Pero, ¡ay!, que en uno de los extremos del lúgubre otero, continuaban proyectándose dos pies sobre la arena, dos pies calzados con unas resaltantes botas suizas.

Pero tanto peor. Los nervios de los sepultureros estaban agotados. El mismo Mauricio no podía más. Y semejantes a dos lobos, los dos hermanos huyeron hacia lo más profundo del abrigo vecino.

—¡Hemos hecho lo que hemos podido! —dijo Mauricio.

—Y ahora —respondió Juan—, harás el favor de decirme qué significa todo eso.

—Te aseguro —exclamó Mauricio— que si tú no lo comprendes por ti mismo, no creo podértelo hacer entender yo.

—¡Oh! Comprendo que debe ser algo relacionado con la «tontina» —replicó Juan—. Pero te digo que es una verdadera locura, La «tontina» se ha perdido, ¡y eso es todo!

—¡Te repito que el tío Masterman ha muerto! —gritó Mauricio—. Lo sé; sentó en mí una voz interior que me lo dice.

—Sí, y el tío José ha muerto también —gritó Juan.

—¡Si yo no quiero, no ha muerto! —respondió Mauricio.

—Pues bien —dijo Juan—; admitamos que el tío Masterman haya muerto. En ese caso, no tenemos más que decir la verdad, y obligar a Miguel a hacer lo mismo.

—¡Siempre consideras a Miguel como si fuera un imbécil! —dijo burlonamente Mauricio—. ¿Es que no quieres comprender cómo hace varios años que está preparando el golpe? Tiene todo dispuesto: el enfermero, el médico, el certificado de defunción, pero con la fecha en blanco. Bastaría con que revelásemos nosotros el suceso que acaba de ocurrir, y te apuesto cualquier cosa a que dentro de dos días sabríamos la noticia de la muerte del tío Masterman. Pero, escúchame bien, Juan. Lo que Miguel puede hacer, lo puedo también hacer yo. Si él quiere engañarme, también puedo engañarlo yo. ¡Si pretende que su padre sea eterno, pues bueno, mi tío hará lo mismo!

—Y en todo eso, ¿qué haces tú de la ley? —preguntó Juan.

—¡El hombre debe tener alguna vez el valor de obedecer a su conciencia!
—respondió Mauricio con dignidad.

—Pero, supón que te engañas. Supón que el tío Masterman viva y goce de una salud admirable.

—Aun en ese caso —respondió Mauricio—, nuestra situación no es peor que antes; en realidad es mejor. El tío Masterman necesariamente tiene que morir un día. Mientras el tío José vivía, también él tenía necesariamente que morir un día. En cambio, ahora no tenemos por qué temer semejante cosa. No hay límite en la combinación que propongo, y puede prolongarse hasta el día del Juicio Final.

—¡Si por lo menos viese cuál es tu combinación! —suspiró Juan—. Pero ya sabes, amigo, que has sido siempre un gran soñador.

—¡Quisiera saber cuándo he soñado! —exclamó Mauricio—. ¡Poseo la mejor colección de anillos de sello que hay en Londres!

—Sí; pero no te olvides del asunto de los cueros —sugirió el otro—. No puedes negar que eso haya sido un engaño.

En aquella ocasión dio Mauricio una prueba notable de dominio sobre sí mismo; dejó pasar sin ofenderse la alusión de su hermano, hasta sin contestarla.

—Por lo que se refiere al asunto que en este momento nos ocupa —repuso—, una vez que tengamos al tío en nuestra casa de Bloomsbury, estaremos fuera de peligro. Le enterraremos en la bodega, que parece haber sido construida expresamente para recibirle, y entonces no tendré más que echarme a buscar un médico al que se pueda corromper.

—¿Y por qué no dejarlo aquí? —preguntó Juan.

—Porque necesitamos tenerlo bajo nuestra mano cuando llegue su hora —replicó Mauricio—. Y además, porque no conozco este país. Este bosque puede ser un sitio de paseo favorito de los enamorados. No, no sueñes ahora tú, y piensa conmigo en lo que constituye la única dificultad real que tenemos ante nosotros. ¿Cómo vamos a transportar al tío a Bloomsbury?

Muchos fueron los planes expuestos, discutidos y rechazados. Naturalmente, no había que pensar en la estación de Brownbean, que en aquel momento debía ser centro de curiosidades y de comadrerías, mientras que lo esencial era expedir el cuerpo a Londres sin que nadie sospechase nada. Juan propuso, tímidamente, el empleo de un barril de cerveza; pero las objeciones eran tan patentes, que Mauricio ni siquiera se molestó en expresarlas. Igualmente impracticable les pareció la compra de una caja de embalajes;

¿para qué iban a necesitar una caja de aquellas dos caballeros sin ningún equipaje?

—¡No, seguimos una pista falsa! —gritó, al fin, Mauricio. ¡La cosa debe ser estudiada con más cuidado! Supón ahora —agregó, después de un silencio, hablando con frases entrecortadas, como si estuviese pensando en voz alta—: ¡supón que alquilamos una villa por un mes! El alquilador de una villa puede comprar una caja de embalaje sin que nadie se extrañe. Y después, supón que alquilamos la casa hoy mismo, que esta tarde compro la caja y que mañana por la mañana, en un carrito de mano que yo mismo conduzco, llevo la caja a Ringwood, o a Lyndhurst, o a otra estación cualquiera. Nada nos impedirá el poner encima de la caja «Muestras», ¿eh? ¡Juanita, creo que esta vez he puesto el dedo en la llaga!

—Es verdad; la cosa parece factible —reconoció Juan.

—¡No hay que decir que adoptaremos seudónimos! —prosiguió Mauricio. ¡No sería cosa de conservar nuestros verdaderos nombres! ¿Qué te parece si, por ejemplo, nos llamásemos «Masterman»? ¡Tiene un aire digno y serio!

—¡Ta, ta, ta! ¡Yo no quiero llamarme Masterman! —replicó su hermano—. ¡Si te agrada, puedes tomar tú ese nombre! En cuanto a mí, me llamaré Vanee, el gran Vanee: «¡Sin falta, las seis últimas noches!». ¡Ese es un nombre!

—¡Vanee! —exclamó Mauricio—. ¡Un nombre de *clown*! ¿Te figuras tú que vamos a representar una pantomima para divertirnos? ¡Nunca se ha llamado nadie Vanee, más que en los teatros de «variétés»!

—¡Es verdad, y precisamente por eso me gusta ese nombre! —respondió Juan—. ¡Da en seguida un carácter de artista! Tú puedes llamarte como quieras; yo me llamaré Vanee, y no desisto por nada del mundo.

—¡Pero si hay una multitud de nombres de teatro! —suplicó Mauricio—. Hay Leybourne, Irving, Brough, Toole...

—¡Canastos, el que yo quiero es Vanee! —respondió Juan—. ¡Se me ha metido en la cabeza ese nombre, y he de usarlo!

—¡Está bien! —dijo Mauricio, comprendiendo que cualquier empeño fracasaría contra la obstinación de su hermano—. ¡Yo mismo seré, pues, Roberto Vanee!

—¡Y yo, Jorge Vanee! —exclamó Juan—. ¡El único original Jorge Vanee! ¡Maestro, música en honor del «único original»!

Habiendo reparado lo mejor que pudieron el desorden de sus ropas, los dos hermanos Finsbury regresaron, dando un rodeo, a Browndean, en busca de una comida y de una villa para alquilar. No siempre es cosa fácil descubrir,

a mano, una casa amueblada en un lugar en que no hay costumbre de recibir extranjeros. Pero la buena suerte de nuestros héroes les permitió tropezar con un carpintero, espantosamente sordo, que disponía de una casa para alquilar. Esta casa, situada a un kilómetro y medio de toda vecindad, les pareció tan apropiada a su objeto que, al verla, cambiaron entre sí una mirada de esperanza. Sin embargo, vista más de cerca, no dejaba de presentar algunos inconvenientes. Primero, su posición, pues estaba colocada en el hueco de una especie de charca desecada, con árboles que le daban sombra por todas partes, de tal manera, que apenas si se veía claro dentro en pleno día. Las paredes estaban llenas de placas verdes, cuya sola vista habría bastado para ponerle a uno malo. Los cuartos eran pequeños, los techos bajos, y el mobiliario, puramente nominal; un extraño olor de humedad llenaba la cocina, y el único cuarto de dormir no poseía más que una cama.

Mauricio, con la esperanza de obtener una rebaja, señaló al viejo carpintero este último inconveniente.

—¡Caray! —replicó el hombre, cuando, por fin, logró entender lo que le decían—, si no saben ustedes dormir los dos en la misma cama, quizá hiciesen mejor en alquilar un castillo.

—Además —prosiguió Mauricio—, no hay aquí agua. ¿Cómo se procura uno el agua?

—No hay más que llenar «esto» en la fuente, que está a dos pasos —respondió el carpintero, golpeando con su gruesa mano sucia sobre un tonel vado instalado cerca de la puerta—. Miren, aquí tienen un cubo para ir a la fuente. ¡Verdaderamente, casi resulta un entretenimiento!

Mauricio guiñó el ojo a su hermano y procedió al examen del barril. Estaba casi nuevo, y parecía sólidamente construido. Si anticipadamente no estuviesen ya decididos a alquilar aquella casa, el tonel hubiera acabado de decidirles. Pronto quedó hecho el trato: pagaron al punto la renta del primer mes, y, una hora después, se habría podido ver a los hermanos Finsbury volver a su amable «villa», con una enorme llave, símbolo de su arriendo; una lámpara de alcohol, que debía servirles de cocina; un respetable trozo de cerdo y un litro del peor «whisky» de todo el Hampshire. Para el día siguiente (bajo el pretexto de que eran dos pintores de paisaje) habían alquilado una ligera pero sólida carretilla, de tal manera, que, cuando tomaron posesión de su nueva morada, tenían derecho a decirse que lo más gordo de su negocio estaba arreglado.

Juan procedió a la preparación del té, mientras que Mauricio, a fuerza de explorar la casa, experimentaba la dicha de encontrar la tapa del barril sobre

una de las tablas de la cocina. ¡De este modo el material de embalaje estaba completo! A falta de paja, las sábanas de la cama podrían servir para envolver el objeto dentro del barril; de todos modos, aquellas sábanas estaban tan sucias que los dos hermanos no podían pensar en hacer de ellas un uso mejor. Mauricio, viendo allanarse los obstáculos, sintióse penetrado por un sentimiento que se asemejaba a la exaltación.

Y, sin embargo, todavía quedaba un obstáculo que vencer: ¿quería Juan quedarse solo en la «villa»? Mauricio vaciló durante largo tiempo antes de atreverse a hacerle la pregunta.

No importa; con un real buen humor los dos hermanos tomaron asiento a ambos lados de la mesa de blanca madera y atacaron el trozo de cerdo. Mauricio triunfaba por su conquista de la cobertera, y el gran Vanee se complacía en aprobar las palabras de su hermano, en el verdadero estilo de los «cafés-concert», golpeando cadenciosamente su vaso contra la mesa.

—¡Ya está el gato en la talega! —exclamó al fin—. ¡Siempre te había dicho que un barril era lo más conveniente para la expedición de la mercancía!

—¡Sí, es cierto; tenías razón! —repuso su hermano, estimando la ocasión favorable para halagarle—. Y ahora, ya sabes; es preciso que permanezcas aquí hasta que yo te haya avisado. Yo diré que el tío José está tomando los aires reconstituyentes del Bosque-Nuevo. Es imposible que volvamos juntos a Londres; ¡nunca podríamos explicar la ausencia del tío!

La nariz de Juan se alargó.

—¡Oh, no, chiquito! —declaró—. ¡Nada de eso, eh! ¡No tienes más que quedarte tú aquí en este agujero! Yo no quiero.

Mauricio diose cuenta de que se ruborizaba. Costase lo que costase, era necesario que Juan aceptara quedarse.

—Te suplico, Juanito —dijo—, que no olvides la cifra de la «tontina». Si triunfo, tendremos cada uno veinte mil libras para meter en el Banco, sí, y con los intereses, más cerca de treinta que de veinte.

—Sí, pero, ¿y si fracasas? —replicó Juan—. ¿Qué ocurrirá entonces? ¿De qué color serán los billetes que metamos en el Banco?

—Yo me encargaré de todos los gastos —declaró Mauricio, después de una larga pausa—. ¡Tú no perderás ni un cuarto!

—¡Vamos! —dijo Juan, lanzando una gran risotada—, si todos los gastos corren de tu cuenta, y es para mí la mitad del beneficio, consiento quedarme aquí un día o dos.

—¡Un día o dos! —exclamó Mauricio, que comenzaba a enfadarse y apenas si podía contenerse—. ¡Más harías para ganar cinco libras puestas a un caballo!

—¡Sí, quizá! —respondió el gran Vanee—; ¡pero ése es mi temperamento de artista!

—¡Es decir, que tu conducta es simplemente monstruosa! —repuso Mauricio—. Tomo a mi cargo todos los riesgos, pago todos los gastos, te doy la mitad de los beneficios, y te niegas a tomarte la más pequeña molestia para ayudarme. ¡No es conveniente, ni siquiera amable!

La vehemencia de Mauricio no dejó de causar cierta impresión sobre el excelente Vanee.

—Pero, supongamos —dijo, al fin— que el tío Masterman esté con vida, y que viva todavía diez años; ¿voy a tener que estarme pudriendo aquí durante todo ese tiempo?...

—¡No, hombre, no; evidentemente que no! —repuso Mauricio, con un tono más conciliador—. Sólo te pido un mes, como máximo. Y si el tío Masterman no ha muerto, al cabo de un mes podrás largarte al extranjero.

—¿Al extranjero? —repitió vivamente Juan—. Pero, ¿por qué no habría de poder largarme ahora mismo? ¿Qué te impediría decir que el tío José y yo hemos ido a recobrar fuerzas a París?

—¡Vamos, no digas locuras! —replicó Mauricio.

—¡No! ¡Pero, en fin, reflexiona! —dijo Juan—. ¡Mira un poco en torno tuyo! ¡Esta casa es una verdadera porqueriza: tan lúgubre, tan húmeda! ¡Tú mismo has dicho hace poco que era húmeda!

—¡Solamente al carpintero! —precisó Mauricio—; y no lo he dicho más que para conseguir una rebaja. Realmente, ahora que estamos aquí, debo confesar que he visto muchas casas peores.

—¿Y qué haré aquí? —gimió la víctima—. ¿Podría, al menos, invitar a un compañero?

—Mi querido Juan: si no crees que la «tontina» merece algún sacrificio, dilo, y envía el asunto al diablo.

—¿Estás, por lo menos, seguro de las cifras? —preguntó Juan—. ¡Vamos! —prosiguió con un profundo suspiro—, preocúpate de enviarme con regularidad el «Leedme» y todos los periódicos de caricaturas. Y ¡qué diablo!, adelante la procesión.

A medida que la tarde avanzaba, la «villa» se acordaba más íntimamente de su pantano natal; un frío agrio invadía todas sus habitaciones; la chimenea

revocaba el humo, y, pronto, un golpe de viento hizo entrar en la habitación grande, a través de las junturas de la ventana, una verdadera ráfaga de lluvia.

Por intervalos, cuando la melancolía de los dos arrendatarios se atrevía a inclinarse hacia la desesperación, Mauricio destapaba la botella de «whisky»; y, al principio, Juan acogió con alegría aquella diversión. Pero el placer de la diversión duró poco.

Ya he dicho que el «whisky» era el peor de todo el Hampshire, sólo aquellos que conocen el Hampshire podrán apreciar el exacto valor de ese superlativo; y, al fin, el propio gran Vanee —que, sin embargo, no era un técnico— no se sintió con el valor necesario para aproximar a sus labios la infecta bebida. Imagínese, según esto, la llegada de las tinieblas, débilmente combatidas por una miserable candela que se obstinaba en no arder más que por un lado, y se comprenderá que, de repente, Juan se pusiera a silbar entre sus dedos, ejercicio al cual hada una hora que se venía dedicando para ensayar la manera de encontrar un poco de olvido en las alegrías del arte.

—¡Nunca podré permanecer aquí un mes! —declaró—. ¡Nadie sería capaz de tanto! ¡Mauricio, tu asunto es una locura! ¡Vámonos de aquí en seguida!

Afectando una indiferencia sublime, Mauricio propuso que jugasen una partida al chito con un corcho. ¡Qué concesiones tiene que hacer algunas veces un hombre diplomático! Por otra parte, era el juego favorito de Juan (los demás le parecían demasiado «intelectuales»), y lo jugaba con tanta suerte como destreza.

El pobre Mauricio, al contrario, lanzaba mal las monedas, tenía una mala suerte congénita, y, además, pertenecía a la especie de los jugadores que no pueden, soportar el perder. Pero, aquella noche, estaba anticipadamente dispuesto a todos los sacrificios.

A eso de las siete, Mauricio, después de atroces torturas, había perdido de cinco a seis chelines. Aun teniendo la «tontina» ante sus ojos, era el límite de lo que podía sufrir. Prometiéndose tomar la revancha en otra ocasión y, mientras, propuso una corta comida, seguida de un ponche.

Y cuando los dos hermanos hubieron terminado aquella última recreación, llegó para ellos la hora de ponerse al trabajo. Habían vaciado el tonel y, rodándolo hasta cerca del fuego de la cocina, estaba ya cuidadosamente seco; los dos hermanos se deslizaron fuera, bajo un cielo sin estrellas, para ir a desenterrar a su tío José.

III. EL CONFERENCIANTE, EN LIBERTAD

Los filósofos debieran tomarse la tarea, uno de estos días, de averiguar seriamente si los hombres son o no capaces de acomodarse a la felicidad. Lo cierto es que no pasa un mes sin que un hijo de familia se escape de su casa para enrolarse a bordo de un buque mercante, o que un marido, cuidado con tierna solicitud, tome las de Villadiego con destino a Texas y en compañía de su cocinera. Se han visto pastores huir de entre sus feligreses, y hasta se han encontrado jueces capaces de abandonar voluntariamente la magistratura.

De todos modos, el lector no se sentirá muy sorprendido si le digo que José Finsbury había meditado muchas veces sobre proyectos de evasión. El destino de este excelente anciano —creo recordar afirmarlo— no realizaba su ideal de felicidad. Ciertamente es que Mauricio, al que tengo el gusto de encontrar a menudo en el Metropolitano, es un caballero de los más estimables; pero, como sobrino, no me atrevería a presentarlo como modelo. En cuanto a su hermano Juan, era, naturalmente, un muchacho honrado; pero si ustedes mismos no tuvieran otro lazo que los uniese a su hogar, imagino que no tardarían mucho en acariciar el proyecto de un viaje al extranjero. Verdad es que el viejo José tenía un lazo más fuerte que la presencia de sus sobrinos para detenerle en Bloomsbury, y este lazo no era, como se podría pensar, la compañía de Julia Hazeltine (aunque el anciano quisiese bastante a su pupila), sino la enorme colección de cuadernos de notas en los que había concentrado su vida entera. El que José Finsbury se haya resignado a separarse de esa colección es una circunstancia que, verdaderamente, no hace un gran honor a las virtudes familiares de sus dos sobrinos.

Efectivamente, la tentación de la fuga era ya vieja, de varios meses, en el espíritu del tío; y cuando de repente se encontró teniendo en las manos un cheque a su nombre de 700 libras, la tentación trocóse al punto en una resolución formal. Guardó el cheque, que para un hombre de costumbres frugales como él significaba la riqueza, y prometióse desaparecer entre la multitud apenas llegasen a Londres, o bien, si no lo conseguía, deslizarse fuera de casa en el curso de la velada y fundirse como un sueño entre los

millones de habitantes de la capital. Tal era su proyecto; la coincidencia particular de la voluntad de Dios y del error de un guardagujas hizo que no tuviera que esperar tanto tiempo para realizarlo.

Después de la catástrofe de BrownDean, fue uno de los primeros en volver en sí y verse en pie; apenas hubo descubierto el estado de postración de sus dos sobrinos, comprendiendo su suerte, alejóse todo lo más de prisa que pudo. A un hombre de más de sesenta años, que acaba de ser víctima de un accidente de ferrocarril, y que además tiene la desgracia de verse abrumado por el uniforme completo de los pacientes de *sir* Faraday Bond, no cabría exigirle, indudablemente, una carrera muy viva; pero el bosque se hallaba a dos pasos, y brindaba al fugitivo un abrigo, por lo menos temporal. El anciano se refugió en este abrigo con asombrosa celeridad; luego, sintiéndose un poco molesto después de la sacudida, se tendió sobre el suelo, en medio de un matorral, y no tardó en dormirse muy profundamente.

Los caminos del destino ofrecen a menudo al observador desinteresado un espectáculo de lo más divertido. Confieso que no puedo evitar el sonreír al pensar que, mientras Mauricio y Juan se ensangrentaban las manos para ocultar bajo la arena el cuerpo de un hombre que no era nada suyo, su tío dormía un buen sueño reparador a algunos centenares de pasos de aquéllos.

Viose despertado por el agradable sonido de una trompa, procedente de la carretera vecina, donde un «mail-coach» paseaba a un grupo de visitantes rezagados. El sonido alegró el viejo corazón de José, y tan bien dirigió sus pasos, que él mismo no tardó en hallarse en la carretera, mirando a derecha e izquierda, bajo la visera, y preguntándose qué era lo que debía hacer. Pronto alzóse en la lejanía un ruido de ruedas, y José vio aproximarse un camión cargado de bultos, guiado por un cochero de aspecto benévolo, y que llevaba impreso a ambos lados la leyenda J. Chandler, transportes. ¿Fue un vago (y bien imprevisto) instinto poético lo que sugirió al tío José la idea de proseguir su evasión en el carromato del señor Chandler? Más bien creería en consideraciones de orden más fundamentalmente práctico. El viaje sería barato; hasta quizá, con un poco de maña, José podría conseguir viajar gratuitamente. Quedaba la perspectiva de enfriarse en el asiento; pero, después de varios años de mitones y de franela higiénica, el corazón de José aspiraba ávidamente al peligro de un catarro.

Quizá de pronto, el señor Chandler se sintiese un poco sorprendido de hallar en tan solitario lugar de la carretera a un caballero tan viejo, tan extrañamente vestido, y que le pedía tan amablemente que le recogiese sobre el pescante de su carromato. Pero el carretero era, en efecto, un buen hombre,

siempre gustoso de hacer algún favor; de tal suerte que recogió de muy buena gana al desconocido. Después, como consideraba la discreción regla esencial de la amabilidad se guardó muy bien de hacerle pregunta alguna. Por otra parte, el silencio no desagradaba al señor Chandler; pero, apenas el vehículo había comenzado a ponerse en movimiento, el digno hombre de los transportes viose obligado a aguantar el más pesado choque de una conferencia.

—La mezcla de cajas y de paquetes que contiene su vehículo —dijo en seguida al desconocido—, así como la vista de la buena yegua flamenca que nos arrastra, me hacen conjeturar que se ocupa usted en el negocio de las mercaderías, en ese gran sistema de los transportes públicos, que, con todas sus lagunas, no por eso deja de constituir el orgullo de nuestro país.

—Sí, señor —respondió vagamente el señor Chandler, no muy seguro de lo que debía responder—. Pero la institución de los paquetes postales nos ha hecho ya gran daño en ese respecto.

—Yo soy un hombre libre de prejuicios —prosiguió diciendo José Finsbury—. En mi juventud he hecho muchísimos viajes. Nada había demasiado pequeño para mi curiosidad. En el mar he estudiado las diversas maneras de anudar los cables, y me he puesto al corriente de todos los términos técnicos. En Nápoles aprendí el arte de preparar los macarrones; en Carmes me instruí en los principios de la fabricación de las frutas confitadas. Nunca he ido a oír una ópera sin antes haber comprado el libreto, y hasta sin haberme familiarizado con los principales motivos musicales, tocándolos en el piano con un solo dedo.

—¡Debe usted haber visto muchísimas cosas, señor! —declaró el carretero, dando con el látigo a su caballería.

—¿Sabe usted cuántas veces aparece la palabra «látigo» en el antiguo testamento? —repuso el viejo caballero—. Aparece, si mi memoria no me engaña, ciento cuarenta y siete veces.

—¿De veras, señor? —dijo el señor Chandler—. He ahí algo que nunca hubiese creído.

—La Biblia contiene tres millones quinientas un mil doscientas cuarenta y nueve letras. En cuanto a versículos, creo que hay en ella más de diez y ocho mil. Hay muchas ediciones de la Biblia; Widdif ha sido el primer introductor de la Biblia en Inglaterra, hacia el año 1300. «La Paragraf Biblia», como se la llama, es una de las ediciones más conocidas, y debe su nombre a estar dividida en párrafos.

El carretero se limitó a contestar secamente que «era muy posible», y aplicó su atención a la faena más familiar de evitar una carreta cargada de heno que venía en sentido contrario, faena bastante difícil, por otra parte, pues la carretera era estrecha, con fosos por ambos lados.

—Veo —comenzó a decir el señor Finsbury, cuando la carreta fue dejada atrás felizmente— que tiene usted las riendas con una sola mano. Debiera usted tenerlas con las dos manos.

—¡Ah, es que me gusta de este modo! —exclamó el carretero, desdeñosamente—. ¿Por qué, pues?

—Lo que le digo a usted es un hecho científico —repuso el señor Finsbury— y descansa sobre la teoría de la palanca, que es una de las ramas de la mecánica. Sobre ese dominio de la ciencia existen manuales a doce sueldos que creo que un hombre de su condición haría bien en leer. Temo que no haya usted apenas practicado el gran arte de la observación. Hace cerca de media hora que estamos juntos, y todavía no ha emitido usted un solo hecho. Este es un grave defecto, mi querido amigo. Por ejemplo, yo no sé si usted ha observado que, hace muy poco, al pasar junto a aquella carreta de heno usted ha tomado la izquierda...

—Pero, naturalmente, lo he observado —exclamó el señor Chandler, que se tornaba de humor beligerante—. El carretero hubiera podido denunciarme si no hubiese tomado la izquierda.

—Pues bien, en Francia —prosiguió el viejo—, en Francia, y creo que también en los Estados Unidos, en América, hubiese usted tomado la derecha.

—¡Le aseguro a usted que no! —declaró el señor Chandler con indignación—. ¡Hubiera tomado la izquierda!

—Noto —prosiguió el señor Finsbury desdeñando al responder— que arregla usted sus arneses con hilo gordo. Siempre he protestado contra la negligencia y la rutina de las clases pobres de Inglaterra. En una alocución que pronuncié cierto día ante un público inteligente...

—No es hilo grueso —interrumpió ariscamente el carretero—; es bramante.

—Siempre he sostenido —repuso el viejo— que en su vida privada y doméstica, lo mismo que en la práctica de sus profesiones, las clases inferiores de este país son imprevisoras, rutinarias e ininteligentes. De este modo, para referirme a un ejemplo...

—¿Qué diablos entiende usted por clases inferiores? —gritó el señor Chandler—. Usted mismo es una «clase inferior». ¡Si hubiera podido pensar en que era usted un «aristócrata» no le hubiera dejado montar en mi carro!

Estas palabras fueron pronunciadas con una intención desagradable lo menos disfrazada posible; evidentemente, los dos hombres no estaban hechos para entenderse. No había que pensar en prolongar la conversación, ni siquiera para un hombre tan locuaz como lo era el señor Finsbury. El viejo se limitó a hundir sobre sus ojos la visera de su gorra, resignado; después de lo cual, habiendo extraído de su bolsillo un cuaderno de notas y un lápiz azul, no tardó en hundirse en una estadística.

El carretero, por su parte, se puso a silbar con fuerza.

Y si, de tiempo en tiempo, lanzaba un vistazo sobre su compañero, era con una mezcla de triunfo y de temor; de triunfo, porque había logrado detener aquel chaparrón de palabras; de temor, porque se preguntaba si, de repente, no iría de nuevo a comenzar el aguacero. Hubo, sí, un verdadero aguacero, un chaparrón que se abatió bruscamente, y hasta ese accidente se lo tragarón en silencio.

Y aún continuaban en silencio cuando hicieron su entrada en la ciudad de Southampton.

Era ya de noche, y los escaparates de las tiendas brillaban en las calles de la vieja ciudad; en las casas particulares las lámparas iluminaban la cena; y el señor Finsbury empezó a pensar con complacencia en que iba a poder instalarse en una habitación donde no estaría expuesto a que la vecindad de sus sobrinos turbase su sueño. Ordenó cuidadosamente sus papeles, los volvió a colocar en su bolsillo, tosió para aclarar la voz y lanzó una mirada vacilante sobre el señor Chandler.

—¿Sería usted tan amable —se atrevió a decir— que me indicase una posada?

El señor Chandler reflexionó un momento.

—Bueno —dijo—, ¿le serviría a usted Las Armas de Tregonwell?

—Las Armas de Tregonwell me serviría admirablemente —respondió el anciano—, si es una casa limpia, no muy cara, si las personas son allí amables.

—¡Oh! ¡No es en usted en quien yo pensaba! —repuso ingenuamente el señor Chandler—. Pensaba en mi amigo Watts, que dirige la casa. Es un antiguo amigo mío, ¿sabe usted?, y que el año pasado me hizo un gran favor.

Y ahora me pregunto si, en conciencia, debo cargar a un hombre tan excelente con un cliente como usted, con el peligro de que usted le abruma con sus explicaciones. Sí, me pregunto si estaría bien el que tal hiciese —agregó el señor Chandler con todo el tono de un hombre que se ve atormentado por un grave escrúpulo de conciencia.

—Escuche usted lo que voy a decirle, amigo mío —dijo el viejo—. Usted ha tenido la amabilidad de recogerme gratuitamente en su carro; pero eso no le da a usted derecho para hablarme en ese tono. Tome, aquí tiene un chelín por su trabajo. Y ahora, si no me quiere usted llevar a Las Armas de Tregonwell, ya me iré yo a pie hasta allí.

Y nada más.

La fuerza de aquel apostrofe intimidó al señor Chandler. Murmuró entre dientes algo que parecía una excusa, dio vueltas al chelín entre sus dedos, metió su carro en silencio por una callejuela que daba vueltas, luego por otra, y al fin se detuvo ante las ventanas intensamente iluminadas de una posada. Desde su sitio llamó:

—¡Watts!

—¿Es usted, Jem? —gritó una voz amistosa desde el fondo de la cochera—. ¡Entre, amigo, y venga a calentarse!

—¡Oh, gracias! —respondió el carretero. No me detengo más que un minuto, de paso, para que baje un señor viejo que quiere cenar y alojarse. ¡Pero, sabe usted, tenga cuidado con él! ¡Es peor que un miembro de la Liga antialcohólica!

El señor Finsbury encontró alguna dificultad para bajar, pues la larga inmovilidad sobre el asiento le había entumecido y además sentía aún la sacudida de la catástrofe. El amable señor Watts, a pesar de la advertencia del carretero, lo recibió con perfecta cortesía y le hizo entrar en una salita del fondo, donde ardía un excelente fuego en la chimenea. Pronto hubo una mesa servida en aquella misma sala, y el viejo fue invitado a sentarse ante un ave estofada —que parecía llevar varios días esperándole— y un gran jarro de vino sacado del tonel.

La comida le devolvió toda su savia; de tal modo, que en cuanto hubo acabado de darse el festín fue a instalarse más cerca del fuego y comenzó a examinar a las personas sentadas en las mesas próximas. Había allí una docena de bebedores, la mayor parte de edad madura, y —José Finsbury experimentó una verdadera satisfacción al advertirlo, todos ellos pertenecientes a la clase obrera. El conferenciante había tenido ya muchas veces ocasión de comprobar dos de los rasgos más constantes en el carácter de los hombres de aquella clase social, a saber: su gusto por las comidas absurdas y su culto por las discusiones atrabiliarias. Nuestro amigo resolvió al punto que antes de aquella memorable jornada se regalaría con el sano goce de una alocución. Sacó los anteojos de su estuche, afirmólos sobre la nariz, extrajo de su bolsillo un rimero de papeles y los esparció ante él sobre una

mesa. Tan pronto los alzaba hasta la altura de la nariz, evidentemente encantado de su contenido, como, fruncidas las cejas, parecía absorto en el estudio de algún importante detalle. Una mirada furtiva a la sala bastó para asegurarse del éxito de su maniobra; todos los ojos se habían vuelto hacia él; abríanse las bocas y las pipas reposaban sobre las mesas; los pájaros estaban encantados. Y en el mismo momento, la entrada del señor Watts vino a proporcionar al orador el asunto de su exordio:

—Observo, señor —dijo dirigiéndose al posadero, pero con una mirada animosa para el resto del auditorio, como si lo hubiese querido dar a entender que su confidencia se extendía a todos—, observo que algunos de estos señores me miran con curiosidad; y en efecto, es poco corriente ver a un hombre ocuparse en indagaciones intelectuales en la sala pública de una taberna. Pero no he podido evitar el releer ciertos cálculos que he hecho esta misma mañana acerca del precio medio de la vida en este país y en otros países; ¿tendré necesidad de decir que es éste un asunto particularmente interesante para los representantes de las clases trabajadoras? Sí, he calculado según una escala de renta que va desde 80 a 200 libras anuales. La renta de ochenta libras no ha dejado de molestarme durante mucho tiempo; y todavía ahora, mis cifras, en lo que a ella se refiere, llevan consigo una pequeña parte de «aleatorio»; pues, por ejemplo, las distintas modas de las planchadoras bastan para crear serias dificultades en los gastos generales. Quiero pedirles permiso para leerles el resultado de mis indagaciones, y espero que no sentirán escrúpulos en señalarme los pequeños errores que haya podido cometer, ya sea por insuficiencia de información o por descuido. Empezaré, señores, por la renta de ochenta libras.

Con lo que él viejo, con menos piedad por aquellos pobres diablos que la que hubiera tenido con amigos, se explayó en sus fastidiosas e ineptas estadísticas. De cada renta daba nueve versiones sucesivas, transportando sucesivamente a su imaginario personaje a Londres, París, Bagdad, Spitzbergen, Basorah, Cork, Cincinnati, Tokio y Nijni-Novgorod. Y no se asombrarán de saber que, todavía hoy, sus oyentes de Southampton recuerdan aquella velada como la más mortalmente aburrida de toda su vida.

Mucho tiempo antes de que el señor Finsbury hubiese llegado a Nijni-Novgorod, en compañía de un hombre absolutamente ficticio, poseedor de una renta de cien libras, todo su auditorio se había eclipsado discretamente, a excepción de dos viejos borrachos y del señor Watts, soportando este último su aburrimiento con un valor admirable. Constantemente entraban en la sala

nuevos clientes; pero tan pronto como les servían se apresuraban a tragarse su bebida y se marchaban lo más pronto posible en dirección a otra taberna.

El señor Watts encontró solo para oír lo que en Bagdad podía ser la vida de un hombre que disfrutase de una renta de doscientas cuarenta libras. Y apenas aquella cantidad acababa de transportar su imaginaria vida a Basorah, cuando el mismo posadero, a pesar de todo su valor, hubo de abandonar la sala.

Después de las múltiples fatigas del día, el señor Fínsbury durmió profundamente. A la mañana siguiente levantóse a eso de las diez, y habiéndose provisto de un excelente almuerzo, pidióle al criado que le trajese la cuenta. Entonces fue cuando descubrió una verdad que otros muchos también hubieron de descubrir: descubrió que pedir una cuenta y pagarla eran dos cosas diferentes. Aparte de eso, los detalles de la nota eran en extremo moderados, y el total no ascendía más que a cinco o seis chelines. Pero el anciano puso un gran cuidado en investigar escrupulosamente el contenido de sus bolsillos; el total de su fortuna presente, por lo menos en especies, no excedía de un chelín y nueve peniques. Le rogó que hiciese venir al señor Watts.

—¡Aquí tiene usted —le dijo al posadero— un cheque de ochocientas libras pagadero en Londres! Temo no poder hacerlo efectivo antes de un día o dos, a menos que pudiera descontármelo usted mismo.

El señor Watts cogió el cheque, diole varias vueltas entre sus dedos, palpándolo, y al fin dijo:

—¿Dice usted que tendrá que esperar un día o dos? ¿No tiene usted otro dinero?

—Unas monedas —respondió José—. Apenas algunos chelines.

—En ese caso, puede usted enviarme el montante de su nota. ¡Me confío a usted!

—Para hablarle a usted con franqueza —prosiguió el viejo—, estoy bastante tentado a prolongar aquí mi estancia. Necesito dinero para continuar mi viaje.

—Si un préstamo de diez chelines puede bastarle, los tengo a su disposición —repuso el señor Watts con prontitud.

—No, gracias —dijo José—. Mejor me parece permanecer algunos días más en su casa y hacerme descontar mi billete antes de marchar.

—¡Usted no se quedará ni un día más en mi casa! —exclamó el señor Watts—. ¡Es la última vez que habrá usted conseguido una cama en Las Armas de Tregonwell!

—¡Deseo permanecer en su casa! —replicó el señor Finsbury—. Las leyes de mi país me otorgan el derecho a quedarme. ¡Si usted se atreve, écheme a la fuerza!

—¡Entonces pague usted su cuenta! —dijo el señor Watts.

—¡Tome usted esto! —gritó el viejo, metiéndole en la mano el cheque negociable.

—¡Esto no es dinero legal! —respondió el señor Watts—. ¡Va usted a salir de mi casa, y ahora mismo!

—¡No le sabría dar una idea del desprecio que me inspira usted, señor Watts! —repuso el anciano comprendiendo que debía resignarse a las circunstancias—. Pero le prevengo a usted que en estas condiciones me niego a pagar su cuenta.

—¡Poco me importa mi cuenta! —respondió el señor Watts—. ¡Lo que necesito es que se marche usted de aquí!

—¡Está bien, señor; será usted satisfecho! —pronunció enfáticamente el señor Finsbury. Después de lo cual, agarrando su gorra de puntiaguda visera, se la hundió en la cabeza.

—Siendo tan insolente como es usted —añadió—, quizá no quiera indicarme a qué hora sale el primer tren para Londres...

—¡Oh, caballero; dentro de tres cuartos de hora hay un tren excelente! —replicó el posadero, transformado en hombre amable, y con mucha más prontitud que la que había puesto para ofrecer los diez chelines—. ¡Podría usted tomarlo sin necesidad de darse prisa!

La situación de José era una de las más embarazosas. Por una parte le hubiera gustado poder evitar la gran línea de Londres, pues temía grandemente el que sus sobrios estuviesen emboscados en la estación acechando su llegada para apoderarse de él; pero, por otra parte, era para él una cosa eminentemente deseable y hasta rigurosamente indispensable el hacer descontar su cheque antes de que sus sobrinos tuviesen el tiempo de oponerse a ello. Resolvió, pues, marcharse a Londres en el primer tren. Un solo punto le quedaba por examinar: el saber cómo se las arreglaría para pagar su viaje.

José Finsbury tenía casi siempre las manos sudas, y por ello dudo mucho de que viendo la manera como comía se le hubiese tomado por un caballero. Pero tenía algo mejor que la apariencia de un caballero: toda en toda su persona un no sé qué de digno a la vez que de seductor, qué, a poco que lo quisiera, no dejaba de producir su efecto. Y cuando aquel día abordó al jefe de la estación de Southampton, su reverenda fue verdaderamente oriental: el

reducido despacho del jefe de estación pareció haberse trocado de repente en un bosquecillo de palmeras, donde el simún y el ruiñón de Persia... Pero quiero dejar a aquellos de mis lectores que conozcan Oriente mejor que yo el cuidado de proseguir y completar esta metáfora. Aparte de esto, el traje del anciano prevenía en su favor; el uniforme de *sir* Faraday Bond, por incómodo y vistoso que fuese, seguramente no era un traje que estuviese expuesto a verse adoptado por los caballeros de industria; y la exhibición de un reloj, pero, sobre todo, de un cheque de ochocientas libras, acabó con lo que habían comenzado los buenos modos de nuestro héroe. De tal suerte, que un cuarto de hora más tarde, cuando llegó el tren de Londres, el señor Finsbury fue recomendado al conductor del tren por el jefe de estación e instalado respetuosamente en un departamento de primera clase.

Mientras el anciano caballero aguardaba la salida del tren fue testigo de un incidente de poco interés en sí, pero que debía tener una influencia decisiva sobre los ulteriores destinos de la familia Finsbury. Una caja gigantesca fue sacada al andén por una docena de mozos, y con grandes dificultades izada hasta el furgón de equipajes. La consoladora labor del historiador consiste a veces en dirigir la atención de sus lectores sobre los designios o (hablando reverentemente) los artificios de la Providencia. En aquel furgón de equipajes del tren que conducía a José Finsbury desde Southampton-Este a Londres, el huevo de esta novela se encontraba, por decirlo así, en estado de incubación. La enorme caja iba dirigida a un tal William Den Pitman «estación de Waterloo»; y el bulto situado junto a la caja en el furgón era un sólido barril, de medianas dimensiones, cerrado con sumo cuidado y que llevaba la siguiente dirección: señor Finsbury, 16 John Stret, Bloomsbury. Porte pagado.

La yuxtaposición de estos dos bultos era un reguero de pólvora preparado ingeniosamente por la Providencia; no faltaba más que una mano infantil que le pegase fuego.

IV. UN MAGISTRADO EN UN FURGÓN DE EQUIPAJES

La ciudad de Winchester goza de renombre como poseedora de una catedral, un obispo (desgraciadamente murió hace algunos años de una caída de caballo; pero todo hace creer que desde entonces debe haber sido reemplazado), un colegio, un considerable surtido de militares y una estación por la que, infatigablemente, corren los trenes ascendentes y descendentes de la línea Londres y Sur Occidental. Seguramente el recuerdo de aquellos detalles no hubiera dejado de ofrecerse a la inteligencia de José Finsbury cuando el tren que le conducía a Londres se detuvo algunos instantes en la susodicha estación; pero el anciano, apenas partió en tren de Southampton, se quedó dormido. Abandonando el departamento del vagón, su alma había volado provisionalmente a un cielo completamente lleno de populosas salas de conferencias, en las que los discursos se sucedían hasta lo infinito. Y durante este tiempo su cuerpo reposaba sobre los cojines del vagón, con las piernas dobladas, echada la gorra hacia atrás, apretando contra el pecho con una mano un número del Lloyd's Weekly Newspaper.

Se abre la puerta. Entran dos viajeros, y en seguida salen de nuevo. Sin embargo, ¡bien sabe Dios que aquellos dos viajeros no llegaban con anticipación a tomar el tren! Un tándem corriendo a su máxima velocidad, una invasión salvaje en el ventanillo de billetes, y todavía después una carrera loca habíales permitido alcanzar el andén en el mismo instante en que la máquina emitía los primeros ronquidos de la partida. No hallándose a su alcance más que un departamento, se habían lanzado a él; y ya el mayor de los dos había puesto su bastón sobre uno de los asientos cuando advirtió la presencia del viejo Finsbury.

—¡Dios mío! —había exclamado—. ¡El tío José! ¡No hay modo de quedarse aquí!

Después de lo cual había retrocedido y bajado del departamento, casi derribando a su compañero, y se había apresurado a volver a cerrar la

portezuela sobre el patriarca dormido.

Desde el momento siguiente los dos compañeros encontráronse instalados en el furgón de los equipajes.

—¿Por qué diablos no ha querido usted subir cerca de su tío? —preguntó el viajero más joven, enjugándose las sudorosas sienes—. ¿Cree usted que no le hubiera permitido fumar?

—¡Oh, no; ya sé que el humo no le molesta! —respondió el otro—. Por otra parte, le aseguro a usted que mi tío José no es un cualquiera. Un caballero de los más respetables; ha estado interesado en él comercio de cueros; ha hecho un viaje al Asia Menor; soltero, honrado, pero una lengua, mi querido Wickham, más puntiaguda que la de una serpiente.

—Un viejo ocurrente, ¿eh? —apuntó Wickham.

—¡Nada de eso! —respondió el otro—. Es simplemente un hombre dotado de un talento extraordinario para aburrir a cualquiera que se le acerque. ¡Un barbero absolutamente espantoso! No digo que en una isla desierta no llegase uno a acostumbrarse a su compañía; pero para un viaje de ferrocarril, no; no hay que pensar en ello. Quisiera que lo oyese usted hablar sobre Tonti, el idiota inventor de las «tontinas». Una vez que se ha soltado no acaba nunca.

—¡Ah, es cierto! —dijo Wickham—; usted también está interesado en esa historia de la «tontina» Finsbury, de la que han hablado los periódicos. ¡No había pensado aún en ello!

—¿Sabe usted —repuso el otro— que ese vejancón que duerme ahí, cerca de nosotros, vale para mí cincuenta mil libras? O, por lo menos, su muerte será la que me las otorgue. ¡Y estaba ahí, dormido, sin que nadie más que usted nos viese! Pero me lo he quitado de delante, porque decididamente empiezo a convertirme en un verdadero conservador.

Mientras tanto, el señor Wickham, encantado de hallarse en un furgón de equipajes, saltaba de un lado para otro como una aristocrática mariposa.

—¡Toma! —exclamó—. Aquí hay algo para usted. M. Finsbury, 16 John Street, Bloomsbury, Londres. Evidentemente, esa M quiere decir Miguel, no cabe duda. Luego..., ¿tiene usted dos domicilios en Londres, calavera?

—¡Oh, indudablemente el envío será para Mauricio! —respondió Miguel desde el otro extraño del furgón, donde se había extendido cómodamente sobre unos sacos—. Es un primo mío, y al que no aborrezco, aunque me tiene un miedo horrible. Él es quien vive en Bloomsbury, y sé que colecciona algo muy vario: huevos de pájaros, botones de botines, en fin, algo completamente idiota y que he olvidado.

Pero el señor Wickham ya no le escuchaba. Se le acababa de ocurrir una idea magnífica.

—¡Por San Jorge —se decía—, he aquí una buena broma que dar! Tan sólo con un martillo y unas tenazas que veo allá podría cambiar algunas etiquetas y enviar estos bultos el uno en lugar del otro.

En aquel instante el mozo del furgón, habiendo oído la voz de Miguel Finsbury, abrió la puerta de su cuartito.

—¡Harían ustedes mejor en entrar aquí, caballeros! —dijo a los dos viajeros cuando éstos le hubieron explicado el motivo de su intrusión.

—¿Viene usted, Wickham? —preguntó Miguel.

—¡No, gracias! Me divierte muchísimo viajar en un furgón —le respondió el joven.

Y de este modo, habiendo entrado Miguel en el cuartito del mozo del furgón y habiendo sido cerrada la puerta de comunicación, el señor Wickham quedóse solo entre los equipajes, libre para divertirse a su gusto.

—¡Caballero, llegamos a Bishopstoke! —dijo el mozo a Miguel cuando, un cuarto de hora más tarde, silbó la máquina y el tren comenzó a reducir su marcha—. Va a parar tres minutos. ¡No tendrán ustedes gran dificultad para encontrar sitio en un departamento!

El señor Wickham —al que hemos dejado disponiéndose a jugar a los despropósitos con las etiquetas de los bultos— era un caballero joven y muy rico, de aspecto agradable y dotado del más despreocupado ingenio. Pocos meses antes, en París, se había expuesto a sufrir toda una serie de timos por parte del sobrino de un hospodar valaco, residente (por razones políticas, naturalmente) en la alegre capital francesa. Un amigo común, a quien había confiado sus apuros, había aconsejado se dirigiera a Miguel Finsbury, y, en efecto, el abogado, en cuanto fue puesto al corriente de los hechos, había asumido inmediatamente la ofensiva, había atacado por el flanco a las fuerzas valacas, y antes de tres días había tenido la satisfacción de obligar a éstas a repasar el Danubio. No es asunto nuestro seguirlas en aquella retirada, efectuada bajo la paternal presidencia de la policía. Limitémonos a añadir que, librado de este modo de lo que él se complacía en llamar «la atrocidad búlgara», el señor Wickham había vuelto a Londres con los sentimientos más grandes de gratitud y admiración hacia su abogado. Sentimientos que apenas si eran correspondidos, pues Miguel hasta experimentaba cierta vergüenza con la amistad de su nuevo cliente, y sólo tras numerosas negativas se había por fin resignado a ir a pasar un día a Wickham Manor, en las propiedades

familiares de su joven cliente. Pero al fin había tenido que resignarse a ello, y entonces su huésped le acompañaba de regreso hasta Londres.

Un pensador juicioso, probablemente Aristóteles, ha notado que la Providencia no desdeñaba emplear para sus fines hasta los más humildes instrumentos: el hecho es que el más impenitente escéptico se verá obligado a pesar de todo, a reconocer que Wickham y el hospodar valaco eran instrumentos providenciales, elegidos y preparados desde la eternidad.

Deseoso de mostrarse a sus propios ojos un personaje lleno de ingenio y de recursos, el joven caballero (que, aparte de eso, ejercía las funciones de magistrado en su condado natal) apenas se había visto solo en el furgón se había lanzado sobre las etiquetas de los bultos con todo el celo de un reformador. Y cuando, en la estación de Bishopstoke, salió del furgón de equipajes para irse a instalar con Miguel Finsbury en un departamento de primera clase, su rostro irradiaba a un tiempo cansancio y orgullo.

—¡Acabo de gastar una broma admirable! —no pudo evitar de decir a su abogado.

Después, dominado de repente por un escrúpulo, añadió:

—Dígame: por una pequeña e inofensiva broma, ¿no me expongo a perder mi cargo de magistrado?

—¡Mi querido amigo —replicó distraídamente Miguel—, siempre le he asegurado que acabaría por hacerse colgar!

V. GEDEÓN FORSYTH Y LA CAJA MONUMENTAL

Ya he dicho que en Bournemouth, Julia Hazeltine tenía algunas veces ocasión de trabar nuevas amistades. Verdad es que apenas si tenía tiempo de recordar su fisonomía antes de que nuevamente las puertas de la casa de Bloomsbury volvieran a cerrarse tras ella hasta el verano siguiente; pero estas efímeras amistades no por eso dejaban de constituir una distracción para la pobre muchacha, sin hablar de la provisión de recuerdos o esperanzas que, aparte de eso, solían proporcionarle. Pues entre las personas que de este modo había encontrado el verano anterior en Bournemouth, se hallaba un joven abogado llamado Gedeón Forsyth.

La tarde misma del día memorable en que el magistrado se había entretenido en cambiar las etiquetas, a eso de las cuatro, un paseo un tanto soñador y melancólico había casualmente conducido al señor Forsyth hasta la acera de John Street, en Bloomsbury, y, casi en el mismo momento, la señorita Hazeltine viose llamada a la puerta del número 16 de aquella calle por un campanillazo de una fulminante energía.

Gedeón Forsyth era un joven bastante feliz, pero que lo hubiera sido más aún con cierto número de más y un tío de menos. Gento veinte libras mensuales constituían todo su ingreso; pero su tío, el señor Eduardo H. Bloomfield, reforzaba este ingreso con una ligera subvención y Una enorme cantidad de buenos consejos, expresados en un lenguaje que probablemente hubiera parecido de una violencia excesiva hasta a bordo de un barco de piratas. Este señor Bloomfield era, en verdad, una figura esencialmente propia de la época de Gladstone. Habiendo adquirido edad sin adquirir la menor experiencia, juntaba a las ideas políticas del partido radical una apasionada exuberancia que estamos mucho más acostumbrados a considerar como dotación tradicional de nuestros viejos conservadores. Admiraba el pugilato, llevaba un formidable garrote de nudos, era asiduo concurrente a los actos religiosos, y hubiera habido gran trabajo en decir contra quiénes su cólera se

desataba con más fuerza, si contra los que se permitían defender a la Iglesia establecida o contra los que descuidaban el tomar parte en sus ceremonias. Aparte de esto, tenía algunos epítetos favoritos, que inspiraban un legítimo temor a sus conocidos: cuando no podía llegar hasta declarar que ésta o la otra medida «no era inglesa», por lo menos no dejaba de denunciarla con el calificativo de que «no era práctica». Bajo el edicto de esta última excomunión había caído su pobre sobrino. El modo como Gedeón entendía el estudio de la ley había sido resueltamente reconocido como «no práctico», y en consecuencia, su tío le había significado, en el curso de una ruidosa entrevista ritmada con el garrote de nudos, que o debía encontrar lo más pronto posible una o dos causas que defender, o bien prepararse a vivir en lo sucesivo de sus fondos propios.

Así, pues, no se extrañarán de que Gedeón, a pesar de poseer un carácter más bien alegre, se sintiese invadido por la melancolía. Pues, en primer lugar, no tenía el menor deseo de llevar más lejos de lo que ya lo había llevado el estudio de la ley, y además, aun suponiendo que se resignase a ello, todavía quedaba siempre una parte del programa que permanecía independiente de su voluntad. ¿Cómo encontrar clientes, causas que defender? Ese era el asunto.

De repente, mientras se desesperaba por no poder resolverlo, encontró su camino obstruido por un grupo de gente. Un carro se había detenido ante una casa; seis atletas, chorreantes de sudor, ocupábanse en retirar de aquél la más gigantesca caja de embalaje que jamás hubiese visto; y sobre los peldaños de la escalinata estaban en pie, como en un escenario, y riñendo, la maciza figura del carretero y la frágil figura de una señorita.

—¡Esto no puede ser para nosotros! —afirmaba la muchacha. Ruego a usted que se vuelva a llevar esa caja. ¡No podría entrar en la casa, aunque usted consiga bajarla del carro!

—Entonces voy a dejarla sobre la acera —respondió el carretero— y el señor Finsbury verá cómo se las arregla con la policía.

—¡Pero si yo no soy el señor Finsbury! —protestaba la muchacha.

—¡Poco me importa saber quién es usted! —respondía el del carro.

—¿Me permitiría usted acudir en su ayuda, señorita Hazeltine? —dijo Gedeón, adelantándose.

Julia lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, señor Forsyth —exclamó ella—, me alegro mucho de verle! Figúrese usted que me quieren obligar a dejar meter en la casa esa cosa horrible, que sólo por un error ha podido llegar hasta aquí. El carretero declara que es preciso que deshagamos las puertas, o que un albañil eche

abajo un trozo de pared entre dos ventanas, sin lo cual la policía urbana me denunciará por abandonar nuestros muebles sobre el pavimento.

Durante aquel tiempo los seis hombres habían, por fin, logrado depositar la caja sobre la acera, y entonces permanecían de pie, apoyados contra ella, y mirando, con manifiesto apuro, la puerta de la casa por donde aquella monstruosa caja tenía que pasar. ¿Tendré necesidad de añadir que todas las ventanas de las casas vecinas se habían llenado, como por arte de encantamiento, de espectadores curiosos y divertidos?

Habiendo adoptado el aire más científico que pudo, Gedeón midió con su bastón las dimensiones de la puerta, mientras Julia anotaba sobre un álbum de acuarela el resultado de las evaluaciones. Después, Gedeón, midiendo la caja y comparando las dos series de cifras, descubrió que había allí justo el espacio suficiente para que la caja pudiese entrar. Después de lo cual, habiéndose despojado de su chaqueta y de su chaleco, ayudó a los hombres a sacar de sus goznes las hojas de la puerta. Y, por fin, gracias a la colaboración casi forzada de algunos de los curiosos, la caja ascendió penosamente los escalones, crujió rozando contra las paredes y se encontró instalada en la entrada del vestíbulo, bloqueándolo en casi toda su anchura. Entonces los artesanos de aquella victoria miráronse unos a otros con una sonrisa de triunfo. Ciertamente es que habían roto un busto de Apolo y abierto en la pared profundos surcos; mas, por lo menos, habían dejado de ser uno de los espectáculos públicos de Londres.

—Caballero —dijo el carretero—, le doy a usted mi palabra de que jamás he visto un bulto parecido.

Gedeón expresóle elocuentemente su simpatía deslizándole en la mano dos monedas de diez chelines.

—¡Vamos, patrón, cinco chelines más, y me encargo de entendérmelas con todos mis compañeros! —exclamó el carretero.

Así fue hecho; con lo que toda la tropa de los portadores improvisados se encaramó sobre el carro, que arrancó en dirección a la taberna más próxima. Gedeón cerró la puerta y se volvió hacia la señorita Hazeltine. Sus miradas se encontraron, y un loco deseo de echarse a reír se apoderó de los dos. Luego, poco a poco, despertóse la curiosidad en el espíritu de la muchacha. Se aproximó a la caja, la palpó en todos los sentidos y examinó la etiqueta.

—Es la cosa más extraña que se puede soñar —dijo con un estallido de risa—. La escritura es, realmente, de mano de Mauricio, y he recibido una carta suya esta misma mañana diciéndome que me preparase a recibir un

barril. ¿Cree usted, señor Forsyth, que esto puede ser considerado como un barril?

—«Estatua. Manejarla con precaución. Frágil» —leyó en voz alta Gedeón, sobre uno de los lados de la caja—. ¿Está usted bien segura de no haber sido prevenida de la llegada de una estatua?

—¡Oh, no; ciertamente que no! —respondió Julia—. ¡Oh, señor Forsyth!, ¿no le parece a usted que podríamos echar una ojeada en el interior de la caja?

—¿Por qué no? —exclamó Gedeón—. ¡Dígame únicamente dónde podría encontrar un martillo!

—Venga usted conmigo a la cocina, y le enseñaré dónde están los martillos —dijo Julia—. El aparador donde los ponen está para mí demasiado alto.

Abrió la puerta de la cocina e hizo entrar en ella a Gedeón. Pronto fue encontrado un martillo, así como un escoplo; pero Gedeón viose sorprendido al no hallar el menor rastro de una cocinera. En cambio, descubrió igualmente que la señorita Julia tenía un pie muy pequeño y un tobillo muy delgado; descubrimiento que le turbó tanto, que se sintió muy feliz al poder dedicarse lo más rápidamente posible a la caja de embalaje.

Trabajaba con firmeza, y cada uno de sus martillazos era de una precisión admirable, mientras Julia, de pie junto a él, miraba en silencio más bien al obrero que a la obra. Pensaba que el señor Forsyth era un hombre muy guapo; nunca había visto brazos tan vigorosos. De pronto, Gedeón, como si hubiese adivinado sus pensamientos, se volvió hacia ella y le dedicó una sonrisa. Ella sonrió también, y se ruborizó; y aquel doble cambio de sonrisas le sentó tan bien, que olvidóse Gedeón de mirar dónde golpeaba, de tal suerte que algunos segundos después el pobre mozo asestaba un golpe terrible sobre sus propios dedos. Con una conmovedora presencia de ánimo, logró, no sólo retener, sino hasta cambiar en una queja anodina el pintoresco juramento que iba a salir de sus labios. Pero el dolor era grande; la sacudida nerviosa había sido demasiado fuerte, y después de algunos ensayos descubrió que no podía pensar en seguir la operación.

Julia corrió en seguida a su cuarto, trajo una esponja, agua y una toalla y comenzó a bañar la mano herida del joven.

—Lo lamento infinitamente —decía excusándose Gedeón—. Si hubiese tenido la menor discreción, hubiera abierto primero la caja y después me hubiese escachado los dedos... ¡Oh! Esto va mucho mejor —añadió—. ¡Le aseguro a usted que va mucho mejor!

—Sí, creo que ahora está usted lo bastante bien para dirigir la faena —dijo, al fin, Julia—. Ordene usted, y yo seré su obrera.

—¡Deliciosa obrera, en verdad! —declaró Gedeón, olvidándose por completo de las conveniencias.

La muchacha se volvió y miróle con una pequeña sospecha de fruncimiento de cejas; pero el impertinente joven se apresuró a desviar su atención hacia la caja de embalaje. Por otra parte, lo más penoso del trabajo estaba ya hecho. Julia no tardó en alzar la primera tabla de la tapa, lo que dio a luz una capa de paja. Un minuto después los dos jóvenes estaban de rodillas, uno junto al otro, como campesinos ocupados en remover la hierba, y desde el minuto siguiente, vieron recompensados sus esfuerzos con la vista de algo blanco y lindo. Era, no había error posible, un enorme pie de mármol.

—He aquí un personaje verdaderamente estético —dijo Julia.

—¡Nunca he visto nada semejante! —respondió Gedeón—. Tiene una pantorrilla como un saco de perros gordos.

Pronto se descubrió un segundo pie, y después algo que parecía ser un tercero. Pero aquel algo resultó ser, en fin de cuentas, una porra descansando sobre un pedestal.

—¡Caray! ¡Si es un Hércules! —exclamó Gedeón—. ¡Debiera haberlo adivinado a la vista de su pantorrilla! Y puedo asegurar con toda seguridad —añadió mirando las dos piernas colosales— que tenemos aquí al más grande y, al mismo tiempo, al más feo de todos los Hércules de Europa. ¿Qué es lo que le habrá decidido a venir a esta casa?

—Supongo que ninguna otra persona lo habrá querido —dijo Julia. Y debo añadir que nosotros mismos nos habríamos pasado perfectamente sin él.

—¡Oh!, no diga usted eso, señorita —replicó Gedeón. Me ha valido una de las más memorables sesiones de toda mi vida.

—De todos modos, una sesión de la que no se podrá usted olvidar en seguida —dijo Julia—. ¡Sus infortunados dedos se la recordarán!

—Y ahora creo que es preciso que me vaya —dijo tristemente Gedeón.

—No, no —se lamentó Julia—. ¿Por qué se va usted a ir? Permanezca un momento aún, y tome una taza de té conmigo.

—Si pudiera pensar que, realmente, eso le fuese agradable —dijo Gedeón, haciendo dar vueltas a su sombrero en sus dedos—, no hay que decir que estaría encantado.

—Pues claro está que me es agradable —respondió la muchacha—. Y además, necesito pastas para tomar el té, y no tengo a nadie a quien poder enviar a la pastelería. Mire, aquí está la llave de la casa.

Gedeón se apresuró a ponerse el sombrero y correr a casa del pastelero, de donde volvió con un gran paquete de papel todo lleno de pastas de diversas clases. Encontró a Julia ocupada en preparar una mesita de té en el vestíbulo.

—Las habitaciones están en tal desorden —dijo— que he pensado que estaríamos más cómodos aquí, a la sombra de nuestra estatua.

—¡Perfectamente! —exclamó Gedeón, encantado.

—¡Oh! ¡Qué adorables pastas de crema! —dijo Julia, abriendo el paquete—. ¡Y qué deliciosos pastelillos de fresa!

—Sí, —dijo Gedeón, tratando de ocultar su turbación—. He supuesto que la mezcla produciría algo muy bello. Por otra parte, la confitera lo ha supuesto también.

—Y ahora —dijo Julia, después de haber comido una media docena de pastelillos—, voy a enseñarle la carta de Mauricio. Léala en voz alta. ¿Hay tal vez detalles que yo no haya visto?

Gedeón tomó la carta, la desplegó sobre una de sus rodillas, y leyó lo que sigue:

«Querida Julia: Le escribo desde Browndean, en donde nos hemos detenido por algunos días. El tío se ha visto muy emocionado con ese terrible accidente, del que seguramente habrá leído el relato en el periódico. Mañana pienso dejarle aquí con Juan y volver solo a Londres; pero antes de mi llegada, recibirá un barril “que contiene muestras para un amigo”. No lo abra por nada del mundo, pero déjelo en el vestíbulo hasta mi llegada.

»Suyo con mucha prisa, M. Finsbury.

»P.D. No olvide dejar el barril en el vestíbulo».

—No —dijo Gedeón—, no veo aquí nada que se relacione con el monumento. —Y al decir esto, señalaba las piernas de mármol—. Señorita Hazeltine —prosiguió—, ¿me permite usted que le haga algunas preguntas?

—¡Con mucho gusto! —respondió la muchacha—. Y si logra usted explicarme el por qué Mauricio me ha enviado una estatua de Hércules en lugar de un barril con «muestras para un amigo», le quedaré eternamente reconocida. Pero ante todo, ¿qué puede ser eso de «muestras para un amigo»?

—¡No tengo la menor idea! —dijo Gedeón—. Sé muy bien que a menudo los marmolistas envían muestras; pero creo que, en general, son trozos de mármol mucho más pequeños que nuestro amigo el monumento. Además, mis preguntas se refieren a otros asuntos. En primer lugar, ¿es que se encuentra usted completamente sola en esta casa?

—¡Sí, por el momento! —respondió Julia—. Llegué anteayer para arreglar la casa y buscar una cocinera. Pero no he encontrado ninguna que me

agradase.

—¡Así es que está usted completamente sola! —dijo Gedeón estupefacto—. ¿Y no tiene usted miedo?

—¡Oh, absolutamente ninguno! —respondió Julia—. No sé de qué iba a tener miedo. Me he comprado un revólver de una baratura fantástica, y le he pedido al vendedor que me enseñase la manera de servirme de él. Y, además, antes de acostarme tengo la precaución de alzar una barricada detrás de mi puerta con cajones y sillas.

—Es igual, y me siento muy feliz al saber que su gente va pronto a volver —dijo Gedeón—. ¡Su soledad me preocupa mucho! Si tuviera que prolongarse, podría proporcionarle una tía mía ya vieja, o mi criada, a su elección.

—¡Prestarme una tía! —exclamó Julia—. ¡Oh, qué generosidad! ¡Empiezo a creer que ha sido usted quien me ha enviado el Hércules!

—¡Le doy a usted mi palabra de honor de que no! —protestó el joven—. ¡La admiro a usted demasiado para haber podido enviarle una obra de arte tan monstruosa!

Julia iba a contestar, cuando los dos amigos se estremecieron: un golpe violento había sido dado en la puerta.

—¡Oh, señor Forsyth!

—¡No tema nada, querida! —dijo Gedeón, apoyando amablemente su mano en el brazo de la muchacha.

—¡Sé quién es! —murmuró ella—. Es la policía. ¡Vendrá a quejarse por el asunto de la estatua!

Nuevo golpe en la puerta, más violento y más impaciente.

—¡Dios mío! Es Mauricio —exclamó la joven. Corrió a la puerta y abrió.

En efecto, era Mauricio, el que apareció en el umbral: no el Mauricio de todos los días, sino un hombre de aspecto salvaje, pálido y huraño, con los ojos inyectados en sangre y una barba de dos días.

—¿Y el barril? —gritó—. ¿Dónde está el barril que ha llegado esta mañana?

Miraba en torno suyo, por el vestíbulo, y sus ojos se le salieron literalmente de las órbitas cuando descubrió las piernas de Hércules.

—¿Qué es eso? —gritó—. ¿Qué es ese maniquí de cera? ¿Qué es eso? ¿Y dónde está el barril? ¿El tonel de agua?

—¡No han traído ningún barril, Mauricio! —respondió fríamente Julia—. Aquí está el único bulto que han traído.

—¿Eso? —gritó el desgraciado—. ¡Jamás he oído hablar de eso!

—Sin embargo, ha llegado con una etiqueta escrita por usted —respondió Julia—. Casi nos hemos visto obligados a derribar la casa para hacerlo entrar. Y..., no puedo decirle nada más.

Mauricio la miró con un alucinamiento sin límites. Se pasó una mano por la frente, y después se apoyó contra la pared, como un hombre que va a desmayarse. Pero poco a poco su lengua se desató, y comenzó a abrumar a la muchacha con un torrente de injurias. Hasta entonces ni el mismo Mauricio se hubiese creído capaz de tanto fuego, de tanta verbosidad, de semejante variedad de locuciones groseras. La muchacha temblaba y se bamboleaba bajo aquel insensato furor.

—¡No he de sufrir por más tiempo el que hable usted a la señorita Hazeltine en un tono parecido! —dijo al fin Gedeón, interviniendo con firmeza.

—¡Le hablaré con el tono que me dé la gana! —replicó Mauricio, en un nuevo arranque de furia—. ¡Hablaré a esa miserable mendiga en él tono que se merece!

—¡Ni una palabra más, caballero, ni una palabra! —exclamó Gedeón—. Señorita Hazeltine —prosiguió dirigiéndose a la muchacha—, no puede permanecer por más tiempo bajo el mismo techo que este individuo. Aquí está mi brazo. Permítame usted conducirla a un lugar donde se encuentre a cubierto de semejantes insultos.

—¡Señor Forsyth —dijo Julia—, tiene usted razón! No consentiré permanecer aquí ni un solo momento más, y sé que me confío a un hombre de honor.

Pálido y resuelto, Gedeón ofreció su brazo, y los dos jóvenes descendieron los peldaños de la escalinata seguidos por Mauricio que reclamaba la llave de la puerta de entrada.

Apenas acababa de entregarle Julia su manojito de llaves, cuando un coche vacío cruzó rápidamente ante ellos. Fue llamado a voces, simultáneamente, por Mauricio y por Gedeón. Pero, en el momento en que el cochero detenía el caballo, Mauricio se precipitó dentro del coche:

—¡Diez sueldos de propina! —gritó—. ¡A la estación de Waterloo, lo más de prisa posible! ¡Diez sueldos para usted!

—¡Bueno; sea un chelín! —exclamó Mauricio, pensando, aparte, en que, al llegar a la estación, examinaría nuevamente el asunto.

Y el cochero arreó al animal, y el coche desapareció tras la primera esquina de la calle.

VI. LAS TRIBULACIONES DE MAURICIO

Mientras el coche corría por las calles de Londres, Mauricio se esforzaba por reunir todas las fuerzas de su inteligencia: primero, el barril conteniendo el cadáver que se había extraviado; segundo, había necesidad absoluta de volverlo a encontrar; esos dos extremos estaban claros; y si, por una suerte providencial, el barril se encontraba aún en la estación, todo podía marchar bien. Si el barril no estaba en la estación y se encontraba ya en las manos de otras personas que lo habían recibido equivocadamente, la cosa tomaba un aspecto mucho más desagradable. Las personas que reciben paquetes cuyo carácter no se explican, generalmente se sienten inclinadas a abrirlos en seguida. El ejemplo de la señorita Hazeltine, a la que Mauricio maldijo una vez más, no hacía sino confirmar aquel principio general. Y si alguien había abierto ya el barril..., («¡Santo Dios!», exclamó Mauricio ante semejante hecho, llevándose la mano a su frente, toda empapada en sudor.

La primera concepción de una transgresión de ley tiene, voluntariamente, para la imaginación algo de excitante: el proyecto, todavía en el estado de esbozo, se ofrece bajo colores vivos y atrayentes. Pero no ocurre lo mismo cuando, más tarde, la atención del criminal se vuelve hacia sus posibles relaciones con la policía. Al presente pensaba Mauricio que quizá no había tomado suficientemente en consideración la existencia de la policía cuando se había embarcado en su empresa. «Voy a vérmelas muy apurado», pensó, y un temblorcillo de miedo corrió por todo lo largo de su espina dorsal.

—¿Las grandes líneas, o los alrededores? —le preguntó el cochero a través del ventanillo del techo.

—¡Grandes líneas! —respondió Mauricio. Después de lo cual decidió que aquel hombre tendría, de todos modos, su chelín de propina.

«Sería una locura llamar la atención en este momento», pensó. «Pero la suma que este asunto me va a costar, en fin de cuentas, comienza a producirme el efecto de una pesadilla».

Atravesó la sala de los billetes y, miserablemente, erró por el andén. Había allí, en aquel instante, un pequeño descanso en el movimiento de la

estación; sobre el andén, muy pocas personas, apenas si algunos viajeros aquí y allí esperando. Mauricio comprobó que no atraía la curiosidad, lo que le pareció una cosa excelente; mas por otra parte, pensó en que sus averiguaciones tampoco adelantaban gran cosa. Necesariamente tenía que hacer algo, exponerse a algo; cada instante que transcurría aumentaba el peligro. Por fin, reuniendo todo su valor, detuvo a un mozo y le preguntó si, por casualidad, no recordaba haber visto un barril del tren de la mañana, añadiendo que estaba deseoso de informarse, porque el barril pertenecía a uno de sus amigos. «Y el asunto es de la mayor importancia», añadió aún, «pues ese barril contiene muestras».

—Yo no estaba esta mañana, señor —respondió el mozo—; pero voy a preguntárselo a Bill. ¡Eh, Bill!, dime, ¿te acuerdas de haber visto llegar de Bournemouth, esta mañana, un barril con muestras?

—No puedo decir nada relativo a las muestras —replicó Bill—. Pero el burgués que ha recibido el barril menudo escándalo nos ha armado.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Mauricio, al mismo tiempo que, nerviosamente, deslizaba dos sueldos en la mano del mozo.

—Pues bien, señor. Ha habido aquí un barril que llegó a la una y treinta, y que permaneció en el depósito hasta las tres. A esa hora, he aquí que se presenta un hombrecito, con un gesto maligno —tengo idea de que debe ser algún vicario—, y que me dice: «¿No habría usted recibido algo para Pitman?» —Guillermo Bent Pitman, si no recuerdo mal el nombre—. «No lo sé a punto fijo, señor —le respondo—; pero creo que ése es el nombre que está escrito sobre ese barril». El hombrecito se acerca a ver el barril y pone una cara espantada cuando ve la dirección de la etiqueta. Y he aquí que se pone a reprochamos por no haber traído lo que él deseaba. «Eh, señor; me importa poco lo que usted deseaba —le digo—; pero si es usted Guillermo Bent Pitman, es preciso que se lleve usted ese barril».

—¿Y se lo llevó? —exclamó Mauricio, respirando apenas.

—Bueno, señor —repuso tranquilamente Bill—; parece ser que lo que aquel señor esperaba era una gran caja de embalaje. Y esa caja ha llegado, efectivamente; lo sé porque es el bulto mayor que en toda mi vida he visto. Entonces, al saber aquello, el tal Pitman puso de nuevo agrio el gesto. Pidió hablar con el jefe de servicio, e hicieron venir al factor Tom, el que había llevado la caja. Pues bien, señor —prosiguió Bill, con una sonrisa—; jamás he visto un hombre en un estado semejante. ¡Borracho perdido, señor! Por lo que pude comprender, había habido un señor, evidentemente loco, que le había

dado a aquel valiente Tom una libra esterlina de propina, y de ahí era de donde había venido todo el mal... ¿Comprende usted?

—Pero, en suma, ¿qué es lo que dijo? —alentó Mauricio.

—Caramba, señor, no estaba en estado de decir gran cosa —respondió Bill—. Pero ofreció reñir a puñetazos con el tal Pitman por una pinta de cerveza. Había perdido su libra, y también sus talones, y su compañero estaba todavía más borracho que él, si es que era posible. ¡Oh, caballero; estaban los dos como... como unos lores! El jefe de servicio les arregló su cuenta inmediatamente.

«¡Vamos! ¡He aquí algo que no es tan malo!», pensó Mauricio, con un suspiro de alivio. Después dirigiéndose al mozo:

—¿De modo que esos dos hombres no han podido decir dónde habían llevado la caja?

—No —respondió Bill—; ni eso ni ninguna otra cosa.

—¿Y... qué es lo que ha hecho Pitman? —preguntó Mauricio.

—Se ha llevado el barril en un carro de cuatro ruedas —respondió Bill—. Al pobre hombre le temblaba todo el cuerpo. ¡No creo que goce de mucha salud!

—¿Así es que —murmuró Mauricio— el barril se lo han llevado?

—De eso puede estar usted bien seguro —dijo el mozo—. Pero haría usted mejor en ver al jefe de servicio.

—¡Oh, de ningún modo; la cosa no tiene ninguna importancia! —protestó Mauricio—. ¡Ese barril no contenía más que muestras!

Y se apresuró a partir.

Encerrado en un coche, una vez más esforzóse por lanzar una nueva mirada de conjunto sobre su situación. «Supongamos» se dijo, «supongamos que acepto mi derrota y voy al punto a declarar la muerte de mi tío». Perdería con ello la «tontina» y, con ella, su última probabilidad de recobrar sus 7800 libras. Pero, por otra parte, después de haberle dado el chelín de propina al cochero del simón, había comenzado a comprobar que el crimen era costoso en su práctica, y después de la pérdida del barril, que el crimen era inseguro en sus consecuencias. Con calma primero, después cada vez con más calor, examinó las ventajas que allí habría para él en abandonar su empresa. Aquel abandono implicaba para él una pérdida de dinero; pero, en suma, y después de todo, no era una pérdida muy grande, únicamente la de la «tontina», con la cual jamás había contado por completo. Volvió a encontrar en el fondo de su memoria ciertos rasgos estableciendo que, en efecto, jamás había creído muy seriamente en los beneficios de la tontina. No; jamás había creído en ello,

jamás había tenido segura esperanza de recobrar sus 7800 libras, y si se había embarcado en aquella aventura, era únicamente para arreglar la deslealtad, demasiado manifiesta, de su primo Miguel. Se veía entonces claramente: más valía para él retirarse lo más rápidamente que pudiera de la aventura, para dedicar todos sus esfuerzos al negocio de los cueros...

—¡Señor! —exclamó de pronto, saltando en su coche como un diablo en una caja de resortes—. ¡Señor! Pero ¡si no solamente he perdido la tontina! ¡Si he perdido también el negocio de los cueros completamente!

Por monstruoso que el hecho fuese, era rigurosamente cierto. Mauricio no tenía poder para firmar en nombre de su tío. Ni siquiera podía extender un cheque de treinta chelines. Mientras no pudiera presentar una prueba legal de la muerte de su tío, no sería más que un paria, sin un cuarto; y en cuanto hubiera presentado esta prueba legal, el beneficio de la tontina quedaba para él perdido irremediablemente. Pero, ¡bah!, Mauricio no tenía derecho a dudar. Tenía que dejar caer la tontina como una castaña demasiado caliente, y concentrar todas sus fuerzas sobre la casa de cueros, así, como sobre el resto de su pequeña pero legítima herencia. Su resolución fue tomada en un momento. Pero, desde el instante siguiente, de pronto, descubrióse a él toda la extensión de su calamidad. Declarar la muerte de su tío no podía hacerlo. Desde el momento en que el cadáver se había perdido, el tío José se había (desde el punto de vista de la ley) convertido en inmortal.

No había en el mundo un coche lo bastante grande para contener a Mauricio y a toda su desesperación. El pobre muchacho hizo parar el coche, descendió, pagó, y comenzó a marchar sin saber adónde.

—¡Comienzo a creer que me he embarcado en este asunto con demasiada precipitación! —se dijo, con un fúnebre suspiro—. Temo que el asunto sea demasiado complicado para un hombre de mis capacidades intelectuales.

De repente, uno de los aforismos de su tío José surgió en su inteligencia: «¡Si queréis pensar claramente, poned vuestros argumentos por escrito!», repetía con gusto el anciano. «¡Eh, ese animalote tenía, a pesar de todo, algunas buenas ideas!», pensó Mauricio. «¡Voy a emplear su sistema, para ver!».

Entró en una taberna, pidió queso, pan, con qué escribir y se instaló solemnemente ante una hoja de papel blanco. Probó la pluma: cosa apenas creíble, marchaba perfectamente. Pero... ¿qué iba a escribir?

—Ya está —exclamó, al fin, Mauricio—. Voy a hacer como Robinson Crusoe con sus dos columnas.

En seguida dobló el papel, según aquel modelo clásico, y comenzó de este modo:

MALO

BUENO

- | | |
|------------------------------------|----------------------------------|
| 1. He perdido el cuerpo de mi tío. | 1. Pero Pitman lo ha encontrado. |
|------------------------------------|----------------------------------|

—Alto ahí —se dijo Mauricio—. Me dejo arrastrar demasiado lejos por el genio de la antítesis. Volvamos a empezar:

MALO

BUENO

- | | |
|---|---|
| 1. He perdido el cuerpo de mi tío. | 1. Pero, de esta manera, ya no tengo que preocuparme de enterrarlo. |
| 2. He perdido la «tontina». | 2. Pero todavía puedo salvarla si Pitman hace desaparecer el cuerpo y encuentro un médico completamente sin escrúpulos. |
| 3. He perdido el comercio de cueros y todo lo demás de la sucesión de mi tío. | 3. Pero no los he perdido si Pitman entrega el cuerpo a la policía. |

«¡Sí; pero en este caso voy a de esto!», pensó Mauricio. «En suma: creo que haré mejor no deteniéndome en esta hipótesis. Las gentes que no tienen nada que temer por sí mismas se hallan cómodamente para recomendar a los demás el examen de todos los peores conflictos; mas pienso que, en un caso como éste, mi primer deber es evitar toda ocasión de desanimarme. No; aquí debe haber otra respuesta para el número 3 de la derecha. Aquí debe haber un “bueno” que haga contrapeso a ese “malo”. O bien, sin eso, ¿para qué serviría la invención de esta doble columna? ¡Eh, por San Jorge, ya estoy en ello! La respuesta para el número 3 es exactamente la misma que para el número 2».

Y se apresuró a reescribir el pasaje:

MALO

BUENO

- | | |
|---|---|
| 3. He perdido el comercio de cueros y todo lo demás de la sucesión de mi tío. | 3. Pero no los he perdido si logro descubrir un médico que carezca en absoluto de escrúpulos. |
|---|---|

«¡Decididamente, este médico venal es muy de desear para mí!», se dijo. «Necesito de él, primero para que me dé un certificado atestiguando que mi tío murió, a fin de que pueda volver a tomar el negocio de los cueros; y luego necesito de él para que me dé un certificado asegurando que mi tío vive... ¡Mas he aquí que de nuevo vuelvo a caer en una antinomia!».

Y tornó a sus confrontaciones:

MALO

BUENO

- | | |
|--|--|
| 4. Pero hay mucho en el Banco. | 4. Casi no tengo dinero. |
| 5. Sí; pero no puedo sacar el dinero del Banco. | 5. Pero... en realidad, esto parece ser, desgraciadamente, incontestable. |
| 6. He dejado en el bolsillo del tío José el cheque de ochocientas libras. | 6. Pero, a poco thuhán que Pitman sea, el descubrimiento del cheque le decidirá a guardar el secreto de la cosa y arrojar el cuerpo a la alcantarilla. |
| 7. Sí; pero si, Pitman es un truhán y descubre el cheque, sabrá quién es el tío José y podrá hacerme cantar. | 7. Sí; pero, si no me equivoco en mi conjetura con relación al tío Masterman, podría, a mi vez, hacer cantar a mi primo Miguel. |
| 8. Pero no puedo hacer cantar a Miguel antes de tener las pruebas de la muerte de su padre. (Y, además, hacer cantar a Miguel no deja de ser una empresa bastante peligrosa.). | 8. ¡Tanto peor! |
| 9. La casa de cueros necesitará pronto dinero para los gastos corrientes, y yo no puedo darlo. | 9. Pero la casa de cueros es un barco que naufraga. |

10. Sí; pero no por eso deja de ser 10. Exacto.
el único navío que me resta.

11. Juan tendrá pronto necesidad
de dinero, y yo no puedo
dárselo.

12. Y el médico venal pretendería
pagar por adelantado.

13. Y si Pitman es un truhán y no
me envía a la cárcel, me exigirá
enormes sumas.

—¡Oh, pero veo que el asunto es muy unilateral! —exclamó Mauricio—.
¡Decididamente, este sistema no tiene tanto valor como yo había supuesto!

Arrugó la hoja de papel y se la echó a su bolsillo; luego la extrajo al punto
de su bolsillo, la desplegó y volviola a leer de cabo a rabo.

«Según este resumen de los hechos —se dijo—, veo que desde donde es
más débil mi situación es desde el punto de vista financiero. Realmente, ¿no
habría ningún medio de encontrar fondos? En una gran ciudad como Londres,
y rodeado por todos los recursos de la civilización, no me harán creer que una
cosa tan sencilla me sea imposible. ¡Vamos, vamos, menos precipitación!
Primero, ¿no hay nada que yo pueda vender? ¿Mi colección de anillos de
sello?».

Sólo ante la idea de tener que separarse de aquellos caros objetos, notó
Mauricio que la sangre afluía a sus mejillas.

«¡No; mejor quisiera morir!», se dijo.

Y, arrojando sobre la mesa un chelín, escapó a la calle.

«¡Es absolutamente preciso que encuentre fondos! Habiendo muerto mi
tío, el dinero depositado en el Banco es mío; quiero decir que debiera ser mío,
sin esa maldita fatalidad que me persigue desde que era huérfano bajo tutela.
Sé muy bien lo que haría en mi lugar cualquier otro hombre de la cristiandad.
Cualquier otro hombre, en mi lugar haría falsificaciones; sólo que en mi caso
eso no podría llamarse falsificación, puesto que el tío José ha muerto y el
dinero me pertenece. Cuando pienso en eso, cuando pienso en que mi tío ha
muerto ante mis propios ojos, y que no puedo probar que ha muerto, se me
hace un nudo en la garganta en presencia de una injusticia semejante. Antes,
me sentía lleno de pena al recordar mis 7800 libras; pero ¿qué era esa

miserable suma en comparación con lo que ahora pierdo? ¡Es decir: que hasta anteayer yo era completamente feliz!».

Y Mauricio recorría a pasos largos las aceras, suspirando profundamente.

«¡Y además, no es eso todo! —pensaba—. Pero, ¿podría hacer esas falsificaciones? ¿Lograría imitar la escritura de mi tío? ¿Sería yo capaz de ello? ¿Por qué no habré tomado más lecciones de escritura cuando era niño? ¡Ah! Cómo comprendo ahora las reprimendas de mis profesores, cuando nos predecían que más tarde lamentaríamos el no haber aprovechado mejor sus enseñanzas. Mi único consuelo es que, aunque fracase, no tendré nada que temer —al menos de parte de mi conciencia—. Y si logro éxito, y Pitman es el bribonazo que yo supongo, pues bien, ya no tendría más que intentar el descubrimiento de un médico venal, cosa que no debe ser muy difícil de descubrir en una ciudad como Londres. Seguramente que la población debe estar llena de ellos. Claro está que no voy a poner un anuncio en los periódicos solicitando un médico sobornable; no, no tendré más que entrar, una tras otra, en casa de varios médicos y juzgarlos según su acogida, y después, cuando haya encontrado uno que me parezca pueda convenirme, exponerle lisa y llanamente mi asunto... Aunque, en el fondo, hasta eso es un paso bastante delicado».

Después de largos rodeos, hallábase en los alrededores de John Street; de pronto, diose cuenta de ello y decidió volver a su casa. Pero, mientras había dado vueltas a la llave dentro de la cerradura, una nueva y mortificante reflexión le vino a su mente: «¡Ni aun esta casa es mía mientras no pueda probar la muerte de mi tío!», se dijo. Y volvió a cerrar tan violentamente la puerta tras sí que crujieron todas las contraventanas.

Para colmo de su mala suerte, Mauricio dio un tropezón en medio de las tinieblas del vestíbulo, y cayó pesadamente contra el pedestal del Hércules. El fuerte dolor que experimentó acabó de exasperarle. En un repentino ataque de impulsiva rabia agarró el martillo que Gedeón Forsyth había dejado en el suelo y, sin ver lo que hacía, asestó un golpe en la dirección de la estatua. Oyó un seco crujido.

«¡Dios mío!, ¿qué es lo que he hecho? —gritó Mauricio. Encendió una cerilla y corrió en busca de una palmatoria a la cocina—. Sí —dijo mirando a la luz de su bujía el pie de Hércules que acababa de romper—, sí, acabo de mutilar una obra maestra, antigua. ¡Me va a costar miles de libras!».

Pero, de pronto, iluminó su espíritu una esperanza salvaje: «¡Recapacitemos un poco! —repuso—. Me veo libre de Julia, no tengo nada que ver con ese idiota de Forsyth; los mozos del carro estaban borrachos

perdidos; los dos carreteros han sido despedidos. ¡Perfectamente! Está claro, lo negaré todo. Ni visto ni oído; ¡diré que no sé nada!».

Al minuto siguiente estaba en pie, de nuevo frente al Hércules, con los labios apretados, blandiendo en la diestra el martillo de deshacer el carbón y en la otra mano una maciza hacha de partir carne. Un minuto aún y atacó resueltamente la caja de embalaje. Dos o tres golpes bien aplicados bastaronle para acabar el trabajo de Gedeón; rompióse la caja y se derramó sobre Mauricio en un avalancha de tablas, seguida por otra avalancha de paja.

Y entonces el tratante de cueros pudo apreciar plenamente la dificultad de la tarea que había emprendido; poco faltó para que no perdiera todo ánimo. Estaba solo, no disponía más que de armas insignificantes; no tenía la menor experiencia del arte del minero y del picapedrero... ¿Cómo llegaría a dar cuenta de un monstruo colosal, todo de mármol y lo bastante sólido para haberse conservado intacto desde, tal vez, los tiempos de Fidias? Pero la lucha era menos desigual de lo que en su modestia imaginaba: de una parte, la fuerza material, sí; pero de otra parte, la fuerza moral, esa llama heroica que asegura el triunfo.

—¡De todos modos, acabaré por deshacerte, puerco animalote! —exclamó Mauricio con una pasión semejante a la que debió animar en otro tiempo a los vencedores de la Bastilla—. Acabaré por deshacerte, ¿lo oyes?, y no mucho después de anochecido. ¡No te quiero tener en mi antesala!

El rostro de Hércules, con su indecente expresión de jovialidad, era el que excitaba especialmente la rabia de Mauricio; fue, pues, por el ataque de la cara por donde comenzó sus operaciones. La altura del semidiós (pues el mismo pedestal era bastante elevado) estuvo a punto de constituir para el asaltante un serio obstáculo. ¡Ah! Desde aquella primera escaramuza, la inteligencia afirmó su triunfo sobre la materia. Recordó Mauricio que su tío tenía en su biblioteca una escalera móvil, sobre la cual había subido a Julia para alcanzar los libros de los estantes altos. Corrió a buscar aquel gracioso instrumento de guerra, y pronto, con el hacha de la carne, experimentó la alegría de decapitar a su estúpido enemigo.

Dos horas después, lo que había sido imagen de un mozo de cuerda gigantesco, no era más que un montón informe de miembros destrozados. El torso se apoyaba contra el pedestal; el rostro torcía su gesto irónico hacia la escalera del sótano; piernas, manos y brazos yacían mezclados ante la paja, embarazando el vestíbulo. Media hora más tarde todos los despojos se encontraban depositados en un rincón de la bodega, y Mauricio, con un delicioso sentimiento de triunfo, examinaba la escena donde se habían

desarrollado sus proezas. Sí, en lo sucesivo iba a poder negar con toda seguridad: en el vestíbulo, donde hasta poco había un deterioro extraordinario, ya nada denunciaba el paso de uno de los más gigantescos productos de la escultura antigua. Pero fue un Mauricio harto rendido el que, cerca de la una de la mañana, se dejó caer sobre su lecho sin ni siquiera tener fuerzas para desnudarse. Brazos y hombros le dolían horribilmente, le ardían las palmas de las manos y sus piernas se negaban a doblarse. Largo tiempo tardó Morfeo en acudir a visitar al joven héroe, y al primer rayo de la aurora ya Morfeo se había apartado otra vez de él.

La mañana se anunciaba lamentablemente. Un maldecido viento del Este aullaba en la calle; a cada instante se estremecían las vidrieras, sacudidas por duchas de lluvia, y mientras se vestía, Mauricio sentía correrle por las piernas corrientes de aire helado.

«Con todo —se dijo con amarga tristeza—, considerando lo que ya tengo que soportar, por lo menos tendría derecho a que hiciese buen tiempo».

En la casa no había pan, pues *Miss Hezeltine* (como todas las mujeres cuando viven solas) no se alimentaba más que de pasteles. Pero Mauricio acabó por descubrir una rebanada de bizcocho que, sazonado con un gran vaso de agua, constituyó una semejanza de almuerzo; después de lo cual puso resueltamente manos a la obra.

Nada más curioso que el misterio de las firmas humanas. Lo mismo da que se ponga una firma antes o después de las comidas, en plena digestión o teniendo hambre, mientras se tiembla de zozobra por la vida de un hijo o cuando se acaba de ganar en las carreras, en el gabinete de un juez de instrucción o bajo las miradas de nuestra bienamada; para él vulgo, nuestras firmas diferirán una de otra; pero para el perito, para el grafólogo, para el cajero de un Banco, serán siempre un solo y mismo fenómeno, como la estrella del Norte para los astrónomos.

Y Mauricio lo sabía. Las conversaciones de su tío José le habían hecho meterse en la cabeza (a la fuerza) la teoría de la escritura, como también la teoría de ese arte ingenioso de la falsificación de letras, en el que entonces se ocupaba de preparar sus comienzos. Pero —afortunadamente para el buen orden de las transacciones comerciales— la falsificación de letras es, sobre todo, asunto de práctica. Y mientras Mauricio estaba aquel día sentado a su mesa, rodeado de firmas auténticas de su tío y de ensayos de imitación, ¡ay!, despreciables, más de una vez estuvo a punto de desesperar, de tiempo en tiempo esparciéndose sobre Bloomsbury una bruma tan espesa, que tenía que levantarse de su butaca para encender el gas; en tomo suyo reinaban la

frialdad y el desorden de una casa largo tiempo inhabitada; el suelo, sin alfombras; el sofá, lleno de libros y de ropa; las plumas, roñosas; el papel, helado, con una espesa capa de polvo; pero todo aquello no era más que pequeñas miserias «aparte», y la verdadera fuente de la depresión de Mauricio eran aquellas falsificaciones abortadas, que poco a poco comenzaban a agotar toda su provisión de papel de cartas.

«¡Es la cosa más extraordinaria del mundo! —gemía—. Aquí están todos los elementos de la firma: las -m-m, los enlaces; y el conjunto se empeña en no salir. ¡El último dependiente del Banco olerá la falsedad! ¡Vamos, veo que voy a tener que calcar!».

Esperó a que acabase el chaparrón, apoyóse contra la ventana, y a la vista de todo John Street calcó la firma de su tío. Aun así no produjo más que un pobre calco, tímido, torpe, con toda clase de vacilaciones y de continuaciones denunciadoras.

«¡No importa! ¡Será preciso que esto pase! —se dijo, mirando tristemente su obra—. ¡De todos modos, el tío José está muerto!».

Después de lo cual llenó el cheque, adornado así con una firma falsa; doscientas libras, puso en él; y corrió al Banco Anglopatagónico, donde estaban depositados los fondos del almacén de cueros.

Allí, con el aire más indiferente que es posible adoptar, presentó su cheque falso al gordo escocés rojo con quien ordinariamente solía entenderse cuando iba a sacar o a depositar fondos. El escocés pareció sorprendido a la vista del cheque; después le dio vueltas en uno y otro sentido; hasta llegó a examinar la firma a través de una lupa; y su sorpresa pareció trocarse en un sentimiento más desfavorable aún.

—¿Quiere usted perdonarme un momento? —dijo por fin al infortunado Mauricio, hundiéndose en las más lejanas profundidades de la casa de banca. Y cuando volvió, después de un intervalo bastante largo, venía acompañado por uno de sus jefes, un hombrecillo viejo y regordete, pero, sin embargo, de los que se dice de ellos que son «hombres de mundo hasta la punta de los dedos».

—El señor es Mauricio Finsbury, según creo, ¿no? —preguntó el hombrecillo de mundo, poniéndose los lentes para mejor ver a Mauricio.

—Sí, señor —respondió Mauricio, temblando—. ¿Qué, hay... hay algo que no sea corriente?

—Es que... he aquí lo que es, señor Finsbury: ¡nos sentimos un poco extrañados al recibir eso! —explicó el banquero señalando el cheque—. Ayer, sin ir más lejos, fuimos prevenidos para que no le entregásemos más dinero.

—¡Prevenidos! —exclamó. Mauricio.

—¡Por su mismo tío! —prosiguió el banquero—. Y también descontamos a su tío un cheque de... vamos a ver, ¿de cuánto era el cheque, señor Bell?

—De ochocientas libras, señor Judkin —respondió el empleado.

—¡Dent Pitman! —murmuró Mauricio, cuyas piernas se doblaban.

—¿Cómo dice, señor? No he entendido —dijo el señor Judkin.

—¡Oh! No es nada. ¡Un modo sencillito de hablar!

—¿Supongo que no pasa nada desagradable, señor Finsbury? —dijo amablemente el señor Bell.

—Todo lo que puedo decir a usted —profirió Mauricio con siniestra risa irónica— es que la cosa es absolutamente imposible. Mi tío está en Bournemouth, enfermo, incapaz de moverse.

—¿De verdad? —dijo el señor Bell, cogiendo el cheque de manos de su jefe—. Pero este cheque, fechado hoy y en Londres... ¿Cómo se explica usted eso, señor?

—¡Oh, es un error de fecha! —murmuró Mauricio, mientras un golpe de sangre le coloreaba el rostro.

—¡Indudablemente! ¡Indudablemente! —le dijo el señor Judkin, clavando de nuevo en él su terrible mirada.

—Y además —aventuró Mauricio—, aunque no me puedan ustedes entregar grandes cantidades, esto es una bagatela... ¡Doscientas libras!

—Sin duda, señor Finsbury —respondió el señor Judkin—, lo que usted dice es cierto, y si insiste usted, no dejaré de someter su demanda a nuestro Consejo de Administración. Pero temo que... En una palabra, señor Finsbury, temo que esta firma no sea tan correcta como tenemos derecho a desear...

—¡Oh, eso no tiene la menor importancia! —murmuró precipitadamente Mauricio—. Voy a pedir a mi tío que la haga otra vez. Vean ustedes —prosiguió, recobrando un poco de seguridad—, vean ustedes; mi tío está tan enfermo que no ha tenido fuerza para firmar este cheque sin recurrir a mi ayuda, e imagino que las diferencias en la firma proceden de haberle yo tenido que llevar la mano.

El señor Judkin lanzó una mirada directamente a los ojos de Mauricio. Después se volvió hacia el señor Bell.

—Bueno —dijo—; comienzo a creer que ayer fuimos engañados por un timador, el cual logró hacerse pasar por don José. Diga a su tío que vamos inmediatamente a advertir a la policía. En cuanto a este cheque, siento muchísimo el tener que repetirle que, en razón al modo como está firmado, el Banco no puede aceptarlo... Nuestra responsabilidad... ¡Ya nos dispensará!

Y tendió el cheque a Mauricio a través de la ventanilla. Mauricio lo cogió maquinalmente; su pensamiento estaba por entero en otra parte.

—En un caso así —dijo—, la pérdida incumbe únicamente a nosotros, es decir, a mi tío y a mí.

—¡De ningún modo, señor; de ningún modo! El responsable es el Banco. O recobramos esas ochocientas libras o se las reembolsaremos, cargándolas sobre nuestras ganancias y pérdidas; ¡puede usted contar con ello!

La nariz de Mauricio alargóse más aún; ofreciósele después un nuevo rayo de esperanza.

—¡Oiga usted —dijo—, déjenme a mí ocuparme de este asunto! Yo me encargo de ello. Tengo una pista. Y además, los detectives, ¡eso cuesta tan caro!

—¡El Banco no lo entiende de ese modo, señor! —replicó el señor Judkin—. El Banco soportará todos los gastos de la investigación; gastaremos todo el dinero que sea preciso. Un timador sin descubrir constituye un peligro permanente. Aclaremos este asunto completamente, señor Finsbury; puede usted confiar en nosotros, y descansar su inteligencia acerca de eso.

—Bueno, recaiga sobre mí toda la pérdida —declaró atrevidamente Mauricio—. ¡Le ruego a usted que abandone el asunto!

Estaba resuelto, fuese como fuese, a impedir la información.

—Pido a usted perdón —repuso el implacable señor Judkin—; pero usted nada tiene que ver en este asunto, pues todo él queda entre nosotros y su tío. Si éste comparte su opinión y viene a decírnoslo, o consiente en recibirme en su casa...

—¡Completamente imposible! —exclamó Mauricio.

—Bueno, ya usted ve que tenemos atadas las manos. Es preciso que pongamos en seguida a la policía en movimiento.

Mauricio, maquinalmente, dobló el cheque y lo guardó en su cartera.

—¡Buenos días! —dijo. Y salió, huyó del Banco.

«Pregúntome yo ¿qué será lo que sospechan? —pensaba—. ¡No comprendo una palabra! Su conducta tiene algo de inexplicable. Pero, de todos modos, poco importa. ¡Todo está perdido! El cheque ha sido cobrado. La policía va a ser puesta en movimiento. Dentro de dos horas, ese idiota de Pitman estará en la cárcel y toda la historia del cadáver figurará en los periódicos de la noche».

Si mientras tanto hubiese podido el pobre muchacho oír el diálogo que se desarrollaba en el Banco después de su partida, indudablemente habría estado

menos asustado; pero quizá, en cambio, se hubiese sentido todavía más mortificado.

—¡He aquí un asunto bien curioso, señor Bell! —había dicho el señor Judkin.

—Sí, señor —había respondido el señor Bell—; pero creo que le hemos dado un buen susto.

—¡Oh, no volveremos a oír hablar más del señor Mauricio Finsbury! —había seguido diciendo el señor Judkin—. No era más que su primera tentativa; y hemos mantenido tan buenas relaciones con la casa Finsbury, que he juzgado más caritativo obrar delicadamente. Pero usted piensa seguramente lo mismo que yo, señor Bell, que en la visita de ayer no cabe error posible. Era el mismo anciano Finsbury el que vino a cobrar sus ochocientas libras. ¿No es cierto?

—¡No hay ningún error posible, señor! —dijo el señor Bell, sonriéndose—. ¡Era el señor Finsbury! Me explicó extensamente las nociones del descuento.

—¡Muy bien, muy bien! —concluyó el señor Judkin—. La primera vez que el señor Finsbury venga, ruéguele usted que pase a mi despacho. Temo un poco su conversación, pero estimo que en el caso presente estamos absolutamente en la obligación de ponerle en guardia.

VII. DONDE PITMAN PIDE CONSEJO A UN ABOGADO

Norfolk-Street no es una gran calle; tampoco es una calle elegante. Se ve salir de ella, sobre todo, a criadas para todo, sucias, despeinadas, evidentemente mal pagadas; por las mañanas se las ve ir en busca de provisiones a la calle vecina; o por la noche, pasearse de arriba abajo, escuchando la voz del amor. Dos veces al día se ve pasar al vendedor de cordilla para los gatos. A veces, un novicio tocador de organillo se aventura en la calle, y en seguida sigue su camino, asqueado.

Los días festivos, Norfolk-Street sirve de campo de deportes a los jóvenes deportistas del vecindario, y los vednos tienen ocasión de estudiar los diversos métodos posibles de ataque y defensa individuales. Por otra parte, todo esto no impide el que la calle tenga derecho a pasar por «respetable», pues siendo muy corta y de muy poco tránsito, no contiene una sola tienda.

En el tiempo en que pasa la acción de nuestro relato, el número 7 de Norfolk-Street ostentaba en su puerta una placa de cobre con estas palabras: «W. D. Pitman, artista». Esta placa no llamaba la atención por su limpieza; y del conjunto de la casa no puedo decir que tuviese ningún atractivo particular.

No obstante, desde cierto punto de vista, aquella casa era una de las curiosidades de nuestra capital, pues tenía por arrendador un artista —y aún un artista distinguido, aunque no se distinguiese más que por su fracaso—, «a quien jamás había consagrado un artículo ninguna revista ilustrada».

Jamás ningún grabador en madera había reproducido «un rincón del saloncito» de aquella casa, ni «la chimenea del salón»; ninguna escritora joven, debutante en las letras, había elogiado «la sencillez llena de naturalidad» con que el maestro W. D. Pitman la había recibido «en medio de sus tesoros». Mas, a pesar de eso, yo mismo, con vivo sentimiento, tampoco podré tener el placer de llenar ese vacío, pues no tengo que hacer más que en la antesala del estudio y el lamentable «jardín» de la estética morada del maestro Pitman.

El citado jardín poseía una fuente en yeso (por lo demás, sin agua), algunas flores incoloras en las macetas y dos o tres estatuas de tiempos antiguos representando sátiros y ninfas, de una ejecución más mediocre que todo cuanto el lector pueda imaginar.

Por un lado, este jardín estaba sombreado por dos pequeños estudios que Pitman subarrendaba a los más oscuros y torpes representantes de nuestro arte nacional. Al otro lado se alzaba un edificio algo menos lúgubre, con una puerta trasera que daba a un callejón; allí era donde Pitman se dedicaba todas las noches a los goces de la creación artística.

Durante el día enseñaba el arte a las muchachas de un pensionado de Kensington; mas, al menos, le pertenecían sus veladas, y las prolongaba hasta hora muy avanzada de la noche. Tan pronto pintaba al óleo un «Paisaje con cascada», como esculpía, gratuitamente y de buen grado (pero «en mármol», como gustaba de hacer notar), él busto de algún personaje público, o modelaba en yeso una ninfa (¡que podía servir de lampadario para el gas de una escalera señorial!), o bien un «Samuel niño» de tres cuartos de tamaño que el natural, que le habrían podido comprar para el salón de una agencia de nodrizas.

Pitman había estudiado en París, y hasta en Roma, a costa de un vendedor de corsés, primo suyo, que, desgraciadamente, no tardó en declararse en quiebra; y aunque nadie había llevado su incompetencia artística hasta el extremo de suponerle el menor talento, habían podido suponer que había aprendido un poco su oficio. Pero dieciocho años de enseñanza habíanle despojado del menguado bagaje de sus conocimientos.

A veces los artistas a quienes subarrendaba los estudios no podían evitar el hacerle entrar en razón; advertíanle, por ejemplo, de lo imposible que era el pintar buenos cuadros a la luz de gas, o ninfas del tamaño natural sin la ayuda de un modelo. «Sí, ya lo sé —respondía—. Nadie lo sabe mejor que yo en todo Norfolk-Street. Y les aseguro que si yo fuese rico no vacilaría en emplear los mejores modelos de Londres. Pero, siendo pobre, he tenido que aprender a pasarme sin ellos. Un modelo que viniera de tiempo en tiempo, véanlo ustedes, no serviría más que para turbar mi concepción ideal de la figura humana; lejos de ser una ventaja, sería un peligro real para mi carrera de artista. En cuanto a mi costumbre de pintar con luz artificial de gas, reconozco que no deja de tener inconvenientes; pero me he visto obligado a adoptarla, ya que todas las horas del día las tengo consagradas a trabajos de enseñanza».

En el instante preciso en que debo presentarlo a mis lectores, Pitman se encontraba solo en su estudio, bajo la luz desfalleciente de un sombrío día de octubre. Estaba sentado en una butaca Windsor (con una «sencillez llena de naturalidad», es cierto), cubierta la cabeza por un sombrero de fieltro negro.

Era un pobre hombrecillo moreno, enjuto, inofensivo, conmovedor, con sus ropas de luto, con su levita demasiado larga, su tirilla recta y baja, con un aspecto vagamente eclesiástico, que lo hubiera sido muchísimo más sin una larga barba terminada en punta. No dejaban de abundar los hilos de plata en sus cabellos y en su barba. El pobre hombre ya no era del todo joven; la viudez, la pobreza y una humilde ambición, siempre contrariada, no eran cosas para rejuvenecerle.

Frente a él, en un rincón cerca de la puerta, se alzaba un sólido barril, y aunque Pitman le volvía la espalda, siempre era el barril el que se presentaba ante sus ojos y en su pensamiento.

«¿Debo abrirlo? ¿Debo devolverlo? ¿Debo prevenir en seguida al señor Semitopolis? —se preguntaba—. ¡No! —decidió por fin—. ¡No hagamos nada sin conocer antes la opinión del señor Finsbury!». Tras de lo cual se levantó y fue a coger, en un cajón, una carpeta de cuero muy usada. La puso sobre la mesa, ante la ventana; sacó una hoja de papel de cartas, color café con leche, que le servía para sus relaciones por escrito con la directora del pensionado donde daba sus lecciones, y trabajosamente logró redactar la carta siguiente:

«Querido señor Finsbury: ¿Sería exigir demasiado de su amabilidad el rogarle que viniese a verme un momento esta misma noche? El asunto que me preocupa, y sobre el que debo pedirle consejo, es de lo más importante, porque se trata de la estatua de Hércules perteneciente al señor Semitopolis, del que ya tuve ocasión de hablarle. Le escribo en un estado de gran agitación y de inquietud; temo, en verdad, que esa obra maestra del arte antiguo se haya extraviado. Y aparte de esto, para enloquecerme, tengo otra perplejidad que, por otra parte, se relaciona con aquélla. Dígnese, se lo ruego, excusar la inelegancia de estos garabatos, y créame su muy devoto,

William D. Pitman».

Provisto de esta carta se puso en camino, yendo a llamar a la puerta del número 233, en King's Road, la calle vecina; allí es donde tenía su domicilio

particular el abogado Miguel Fínsbury.

Pitman habíase encontrado con el abogado cuatro años antes de Chelsea, en una reunión de artistas; siendo vecinos, habían regresado juntos; y como Miguel, en el fondo, era un excelente muchacho, desde entonces no cesó de conceder a su modesto vecino una amistad un poco desdeñosa, pero favorable y segura.

—¡No! —dijo la vieja doncella de los Finsbury, que salió a abrir la puerta—. Don Miguel no ha vuelto todavía. ¡Pero, señor Pitman, parece que no le encuentro a usted bien! ¡Venga usted y tomará una copa de vino de Jerez para reanimarse!

—Gracias, señora; hoy no —respondió el artista—. Es usted muy buena; pero me encuentro demasiado deprimido para beber jerez. Hágame usted el favor tan sólo, sin falta, de enviar esta carta a don Miguel, ruégole que se pase un instante por mi casa. Que venga por la puerta de detrás, la que da al callejón; estaré toda la velada en mi estudio.

Y volvióse a su calle, regresando despacio a su casa. En la esquina de King's Road, el escaparate de un peluquero atrajo su atención.

Durante mucho tiempo estuvo mirando la altiva, noble y orgullosa dama de cera que giraba en el centro de aquella vitrina. Y ante este espectáculo despertóse en Pitman el artista, a pesar de las angustias del hombre privado.

«Hay costumbre de burlarse de aquellos que hacen estas cosas —se dijo—; pero de todos modos, llevan algo dentro. Hay en ese rostro un no sé qué de altivez, de grande, de verdaderamente distinguido. Precisamente es el mismo no sé qué que he intentado expresar en mi Emperatriz Eugenia» —suspiró.

Y durante todo el camino, hasta llegar a su estudio, fue pensando en aquel «no sé qué».

«¡Ese contacto inmediato con la realidad —se dijo— es lo que no se le enseña a uno en París! ¡Es un arte inglés, puramente inglés! Vamos, pobre amigo mío, te has dejado infatuar, enmudecer; ¡sacúdete, apunta más alto, Pitman, apunta más alto!».

Mientras tomaba el té, y más tarde, mientras daba a su hijo la lección de violín, el alma de Pitman olvidó sus preocupaciones para volar por el país del ideal. Y en cuanto hubo acabado la lección corrió a encerrarse en su taller.

La misma vista del barril no llegó a abatir su arranque. Entregóse por entero a su obra —un busto de Gladstone tomado de una fotografía—. Con un éxito extraordinario venció la dificultad que le ofrecía, careciendo de todo documento, el occipucio de la cabeza de ilustre modelo, y ya iba a atacar los

memorables puntos del cuello de la camisa, cuando la entrada de Miguel Finsbury vino bruscamente a traerle a la realidad.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Miguel, adelantándose hacia la chimenea, donde Pitman había preparado, pensando en él, un excelente fuego.

—¡No hay palabras bastantes para expresar mi indecisión! La estatua del señor Semitopolis no ha llegado, y temo me hagan responsable de su pérdida. Pero no es la cuestión del dinero lo que más me preocupa. Lo que me inquieta, señor Finsbury, es la perspectiva del escándalo. Como usted sabe, ese Hércules ha salido de Italia de contrabando. Los príncipes romanos que lo poseían carecían de derecho para desprenderse de él, y para ahuyentar toda sospecha es para lo que el señor Semitopolis me pidió, mediante una pequeña comisión, permitiese que el envío se hiciese a mi nombre. Si la estatua se ha extraviado en el camino, todo va a descubrirse, y me voy a ver en la obligación de confesar mi participación en esa ilegalidad.

—El asunto me parece de los más graves —declaró el abogado—. Preveo que va a exigir beber mucho, Pitman.

—Me he tomado la libertad de preparar todo, pensando en usted —respondió el artista, señalando una lamparita de alcohol, una botella de ginebra, un limón y algunas copas puestas sobre la mesa.

Miguel preparóse un ponche y ofreció un cigarro a su amigo.

—No, gracias —dijo Pitman—. Hace tiempo tuve la debilidad de ser gran aficionado al tabaco; pero, sabe usted, el olor es tan tenaz en la ropa...

—Perfectamente —dijo el abogado—. Ahora me encuentro en disposición de escucharlo. ¡Venga su historia!

Y el pobre Pitman, complaciente, expuso sus angustias. Había ido hacía un rato a la estación de Waterloo, esperando encontrar en ella a su Hércules; y en lugar del coloso esperado le habían dado un barril que apenas si bastaría para contener el Discóbolo.

Sin embargo, cosa completamente extraordinaria, el barril venía dirigido a él, y procedía de Marsella —de donde debía venir el Hércules—, y la etiqueta estaba escrita de puño y letra de su corresponsal italiano. Y, además, cosa más extraordinaria aún, había averiguado que una gigantesca caja de embalaje había llegado en el mismo tren, pero con otra dirección, y ya imposible de descubrir.

—El carretero encargado de traerla se ha emborrachado, contestando a mis preguntas en términos que le ruborizarían a usted si yo se los repitiese. Ha sido despedido inmediatamente por el jefe de servicio, el cual, por otra parte, se ha mostrado muy amable, prometiéndome pedir informes a Southampton.

Pero mientras, ¿qué es lo que yo podía hacer? He dejado mis señas, y me he traído aquí el barril; después de lo cual, acordándome de un viejo refrán, he resuelto no abrirlo sino en presencia de mi abogado.

—¿Y eso es todo? —dijo Miguel—. En todo eso no veo el menor motivo de inquietud. El Hércules se habrá retrasado en el camino. Le llegará a usted mañana o pasado. En cuanto a ese barril, créame usted, es un recuerdo de alguna de sus alumnas. Lo más probable es que contenga ostras.

—¡Oh! No hable tan alto —exclamó el modesto artista—. Si le oyesen a usted burlarse de esas señoritas, perdería en seguida mi cargo. Y, además, ¿por qué iban a enviarme ostras de Marsella? ¿Y por qué me las iban a hacer dirigir por la propia mano del señor Ricardi, el compañero de Semitopolis?

—Vamos a examinar un poco el objeto en cuestión —dijo Miguel—. Hágalo rodar aquí.

Los dos hombres hicieron rodar el barril a través del estudio.

—La verdad es que pesa demasiado para contener ostras —observó Miguel juiciosamente.

—¿Y si lo abriéramos sin aguardar más? —repuso Pitman, a quien la combinada influencia de la conversación y del ponche habían devuelto todo su buen humor.

Después de lo cual, sin esperar más respuesta, recogió sus mangas como para un concurso de boxeo, tiró al cesto de los papeles su tirilla de «clergyman», y teniendo una tijera en una mano y un martillo en la otra, atacó vigorosamente el misterioso barril.

—¡Bravo, William Dent; ésa es una buena faena! —gritó Miguel—. ¿Sabe usted lo que creo? Creo que se trata de una de sus alumnas que, para llegar hasta usted, se ha encerrado en ese barril. ¿Es que no hay una aventura así en la historia de Cleopatra? ¡Tenga usted cuidado, no vaya a hundir la tijera en la cabeza de la bella!

Pero el espectáculo de la actividad de Pitman era contagioso. Muy pronto el abogado no pudo resistir el deseo de tomar también él parte en la fiesta. Tirando al fuego su cigarro, arrancó los útiles de manos de su amigo y se puso a su vez a desfondar el barril.

Pronto el sudor corrió, a grandes gotas, por su ancha frente; su pantalón, de última moda, cubrióse de manchas de herrumbre, y todo el taller vibraba a cada uno de sus golpes.

Un tonel con aros de hierro no es una cosa fácil de abrir, ni aun cuando se hace de buena manera; pero cuando no se hace de buena manera, hay muchas

probabilidades de que, en lugar de abrirse, el tonel acabe por deshacerse por completo.

Esto es, precisamente, lo que le ocurrió al tonel en cuestión. De pronto, el último aro de hierro cayó, y lo que hasta entonces había sido un sólido barril, una muestra magnífica de nuestra tonelería provinciana, quedó convertido en un montón confuso de maderas rotas.

En medio de ellas quedó en pie durante algunos segundos un extraño paquete envuelto en unas sábanas, y después se derrumbó pesadamente sobre el pie de mármol de la chimenea. Y en aquel mismo instante, las sábanas se abrieron y un monóculo de concha rodó a los pies del espantado Pitman.

—¡Silencio! —dijo Miguel.

Corrió a la puerta del estudio, que cerró con un cerrojo. Después, completamente pálido, volvió hacia la chimenea, acabó de separar las sábanas y retrocedió, sacudido por un fuerte temblor nervioso.

En el estudio hubo un largo silencio.

—¡Dígame la verdad! —preguntó por fin Miguel en voz baja—. ¿Es usted quien ha dado este golpe?

Y con el dedo señalaba el cadáver.

El modesto artista no lograba emitir más que sonidos inarticulados.

Miguel echó ginebra en una copa.

—Tome usted —dijo—, beba eso. ¡Y no tenga miedo de confesármelo todo! Ya sabe usted que seguiré siempre siendo su amigo.

Pero Pitman dejó la copa sobre la mesa, sin haber tenido ánimos para poner en ella sus labios.

—Le juro a usted delante de Dios —dijo— que esto es para mí un nuevo misterio. Jamás, ni aun en pesadillas, he soñado nada semejante. Le juro a usted que soy incapaz de aplastar una mosca.

—Está bien —respondió Miguel con un profundo suspiro de alivio—. Le creo a usted, pobre amigo mío. Y apretó enérgicamente la mano de Pitman. Perdóneme usted —repuso un momento después—; pero se me había ocurrido la idea de que había usted querido desembarazarse del señor Semitopolis.

—Si lo hubiese hecho mi situación no habría sido más horrible —gimió Pitman—. Soy un hombre perdido. ¡Todo ha terminado para mí!

—En primer lugar —dijo Miguel—, apartemos esto de nuestra vista; pues debo confesar a usted, mi querido Pitman, que esta visita de nuestro amigo no me resulta graciosa. (Y temblaba otra vez). ¿Dónde vamos a meterlo?

—¿Podría usted transportar la cosa al gabinete de ahí al lado, si es que, por lo menos, tiene usted valor para tocarlo! —murmuró Pitman.

—¡Ay, mi pobre Pitman, preciso es que uno de nosotros dos tenga ese valor, y temo mucho que usted no llegase a tenerlo nunca! Pase usted al otro lado de la mesa, vuélvase de espaldas y prepáreme un ponche. Esto es lo que se llama la división del trabajo.

Dos minutos después Pitman oyó cerrar la puerta del gabinete.

—¡Ya está! —declaró Miguel—. Ya todo tiene un aire más íntimo. Puede usted volverse, intrépido Pitman. ¿Es éste mi ponche? —preguntó, tomando una copa de manos del artista—. Pero..., el cielo perdone, ¡si es una limonada!

—¡Oh, Finsbury, por piedad!, ¿qué vamos a hacer de eso? —murmuró Pitman poniendo su mano sobre el hombro de su amigo.

—¿Que qué vamos a hacer? Enterrarlo en medio de su jardín, y encima alzar una de sus estatuas a manera de monumento fúnebre. Pero primero écheme ahí un poco de ginebra.

—Señor Finsbury, por piedad, no se burle usted de mi desgracia —exclamó el artista—. Tiene usted delante de mí a un hombre que ha sido durante toda su vida —no vaciló en decirlo— eminentemente respetable. A excepción del pequeño contrabando del Hércules (¡y de eso me arrepiento humildemente!), jamás he hecho nada que no pudiera ser expuesto a la luz del sol. ¡Jamás he temido la luz! —gimió el hombrecillo—. Y ahora...

—¡Vamos, un poco más de nervio, por vida del diablo! —exclamó Miguel—. Le aseguro a usted que historias como ésta ocurren todos los días. Es la cosa más común del mundo y la más insignificante. Solamente con que esté usted completamente seguro de no haber tomado parte en...

—¿Qué palabras encontraría yo para afirmárselo? —exclamó Pitman.

—Le creo, le creo —repuso Miguel—. Bien claro se ve que no tiene usted la experiencia que supondría un acto como ése. Pero he aquí lo que yo quería decirle: si, o mejor, puesto que usted no sabe nada del crimen, puesto que... el objeto que se encuentra en su gabinete no es ni su padre, ni su hermano, ni su acreedor, ni su suegra, ni eso que suele llamarse «un marido ultrajado»...

—¡Oh, caballero! —interrumpió Pitman, escandalizado.

—Puesto que, en una palabra —prosiguió el abogado—, no ha tenido usted ningún interés en ese crimen, el campo ante usted está enteramente libre. Hasta diría que el problema es de los más apasionantes. Y quiero ayudarle a resolverlo, Pitman; ayudarle hasta el fin. ¡Vamos a ver! Hace mucho tiempo que no he tenido un día de asueto; mañana por la mañana

prevendré en mi despacho que no me esperen durante todo el día. De este modo le pertenecerá todo mi tiempo, y podremos entregar el asunto en otras manos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pitman—. ¿En qué otras manos? ¿En las del inspector de policía?

—¡Al diablo el inspector de policía! —replicó Miguel—. Si usted no quiere emplear el remedio más rápido, que consistiría en enterrar el objeto esta noche en su jardín, será preciso que encontremos alguien que consienta en enterrarlo en el suyo. En suma: tendremos que transmitir el depósito a las manos de alguien que posea más recursos y tenga menos escrúpulos.

—¿Un detective particular, tal vez? —sugirió Pitman.

—Escuche, querido: hay momentos en que me llena usted de piedad —respondió el abogado—. Y, a propósito —añadió en otro tono—, siempre me he lamentado de que no tuviera aquí un piano, en su caverna. Si usted no sabe tocar, al menos sus amigos podrían distraerse tocando mientras usted estaba ocupado en manosear el barro.

—Puedo procurarme un piano, si eso le conviene —dijo nerviosamente Pitman, deseoso de complacerle—. Además, ya sabe usted que toco algo de violín...

—Sí, ya lo sé —dijo Miguel—. Pero..., ¿qué significa un violín, sobre todo dada la manera como usted lo toca? No, lo que hace falta es un instrumento polifónico. ¡Un buen contrapunto, ése es el ideal! Y, en consecuencia, voy a decirle que como esta noche es demasiado tarde para que pueda comprar un piano, yo le voy a regalar uno.

—Se lo agradezco mucho —respondió Pitman, estupefacto—. ¿De veras me quiere regalar su piano? ¡Oh, verdaderamente le estoy muy reconocido!

—Pues sí, voy a darle a usted uno de mis dos pianos —prosiguió Miguel—, para que mañana el inspector de policía se entretenga haciendo escalas mientras sus detectives registran su gabinete.

Pitman se le quedó mirando espantado.

—¡Es una broma! —repuso Miguel—. Pero veo que usted no es capaz de comprender nada si uno no le pone los puntos sobre las íes. Atención, Pitman, siga con cuidado mi argumentación. Cuento con aprovechar el hecho —muy ventajoso en verdad— de que usted y yo somos absolutamente inocentes del crimen. Nada nos une a ese accidente más que la presencia de..., ya sabe usted de qué. Si logramos desembarazarnos de... eso, ya no podemos tener el menor temor. Pues bien, voy a regalarle un piano. Mañana arrancamos todas las cuerdas, depositamos a nuestro amigo en su lugar, cerramos el instrumento

con llave, lo ponemos en un carro y lo metemos en el salón de un joven al que conozco de vista.

—¿Qué usted conoce de vista? —repitió Pitman.

—Pero, sobre todo —repuso Miguel—, cuya habitación conozco mejor todavía que él. Esa habitación la tuvo arrendada hace tiempo uno de mis amigos —le llamo «mi amigo» para abreviar— que actualmente se encuentra en presidio. Le he defendido, le he salvado la vida, y el pobre diablo, como recompensa, me ha dejado cuanto tenía, y entre ello las llaves de su casa. Allí es donde me propongo transportar su... digamos su Cleopatra. ¿Ha comprendido?

—Todo eso me parece muy extraño —murmuró Pitman—. ¿Y qué será de ese pobre señor al que usted conoce de vista?

—¡Oh! Hago eso por su bien —respondió alegremente Miguel—. ¡Necesita una sacudida para que le haga moverse!

—Pero, mi querido amigo, ¿no cree usted que se verá en peligro de una acusación de asesinato? —balbuceó Pitman.

—¡Bah! Se encontrará en el mismo lugar en que nosotros nos encontramos —respondió el abogado—. ¡Es tan inocente como usted, se lo puedo asegurar! Lo que hace colgar a las gentes, mi querido Pitman, no es tanto la acusación como esa desgraciada circunstancia agravante que llaman la culpabilidad.

—Pero, verdaderamente, verdaderamente —insistió Pitman—, todo su plan me parece tan extraño... ¿No sería mejor, en fin de cuentas, prevenir a la policía?

—¡Y producir un escándalo! —respondió Miguel—. El misterio de Norfolk-Street. Grandes presunciones de inocencia en favor de Pitman. ¿Eh? ¿Qué efecto produciría eso en su pensionado?

—Tendría como consecuencia mi expulsión inmediata —admitió el artista—. Sí, sin la menor duda.

—Y, además, aparte de eso —dijo Finsbury—, ya supondrá usted que no voy a embarcarme en un asunto como éste sin ofrecerme un poco de diversión a cambio de mis trabajos.

—¡Oh, querido Finsbury! ¿Es ésa una buena disposición para llevar a cabo un asunto tan grave? —exclamó el infortunado Pitman.

—¡Vamos, vamos, que no he dicho eso más que para reanimarle! —respondió Miguel, imperturbable—. Créame, Pitman, nada hay en la vida como una juiciosa ligereza. Pero inútil discutir más. Si consiente usted en

seguir mi consejo, salgamos en seguida y vamos a buscar el piano. Si no consiente usted, dígalo, y le dejaré terminar la cosa a su gusto.

—¡Bien sabe usted que dependo en absoluto de lo que usted diga! —respondió Pitman—. Pero, ¡oh, qué noche voy a pasar con ese...! Ese horror en mi estudio. ¿Cómo pensar en eso sobre mi almohada?

—¡De todos modos, mi piano estará bien en su estudio! —respondió Miguel—. Piense en él, y eso le servirá de contrapeso.

Una hora después una carreta penetró en el callejón, y el piano de Miguel, un Erard de cola, por otra parte muy desconchado, fue depositado por los dos amigos en el estudio de Pitman.

VIII. DONDE MIGUEL SE PERMITE UN DÍA DE ASUETO

Al día siguiente por la mañana, al dar las ocho, Miguel llamó a la puerta del estudio. Encontró al artista lastimosamente cambiado, sin color, encorvado, abatido, con ojos huraños, incesantemente dirigidos hacia la puerta que comunicaba con el gabinete de desahogo. Pitman, por su parte, sorprendióse aún más al ver el cambio que descubría en su amigo. De ordinario Miguel —¿lo he dicho ya tal vez?— mostraba gran cuidado en ir vestido a la última moda, y lo cierto es que su traje era siempre de una elegancia irreprochable, hasta tal punto que le daba cierto aspecto de hombre invitado a una boda. Pues la mañana en cuestión estaba a cien leguas de tal aspecto. Llevaba una camisa de franela, una chaqueta y un pantalón de tela gorda y vulgar; sus pies calzaban botas estropeadas, y un viejo abrigo andrajoso completaba su parecido con un ambulante vendedor de cerillas.

—¡Aquí estoy, William Dent! —exclamó, quitándose el sombrero blando, de fieltro, con que se cubría.

Después de lo cual, sacando de su bolsillo dos postizos de pelo rubio, se los pegó en las mejillas, a manera de patillas, y se puso a bailar de un extremo a otro del estudio, con las afectadas gracias de una danzarina.

Pitman sonrió tristemente.

—¡Nunca lo hubiera reconocido! —dijo.

—Me alegro mucho —respondió Miguel, volviendo a meter las patillas en su bolsillo—. Pero ahora vamos a pasar revista a su guardarropa, pues le ha llegado a usted el turno de disfrazarse.

—¿Disfrazarme? —gimió el artista—. Pero, ¿de verdad es preciso que yo me disfrace? ¿Hasta ese punto llegan las cosas?

—Mi querido amigo —replicó Miguel—, el disfraz es el encanto de la vida. ¿Qué sería la vida, como dice muy bien el gran filósofo francés, sin los placeres de los disfraces? Pero, además, no podemos elegir: es necesario hacerlo. Es preciso que no nos conozcan hoy un gran número de personas, y

en particular el señor Gedeón Forsyth —éste es el nombre del joven que conozco de vista, en caso de que se encontrara en su casa cuando nosotros vayamos a ella.

—Pero..., ¡si se encuentra en su casa en ese momento —balbuceó Pitman — estamos perdidos!

—¡Bah! Ya nos las arreglaremos —respondió ligeramente Miguel—. Vamos, enséñeme usted sus ropas, para que pueda transformarle en un hombre nuevo.

En el cuarto de dormir de Pitman, y después de un examen largo y minucioso, pudo Miguel escoger una chaquetilla negra de alpaca, así como un pantalón de verano, color excremento de oca. Después, con aquellas dos prendas bajo el brazo, procedió al examen de la persona de su amigo.

—¡Lleva usted puesta una tirilla clerical que no me gusta nada! —observó—. ¿No ve usted algo con qué sustituirla?

El profesor de dibujo reflexionó un momento.

—En alguna parte debo tener dos camisas de cuello bajo que llevaba en París cuando estudiaba pintura.

—¡Perfectamente! —exclamó Miguel—. ¡Va usted a estar de una extravagancia inmejorable! ¡Toma, unas polainas de caza! —prosiguió, revolviendo en el fondo de un armario—. ¡Oh, lo que es las polainas son absolutamente de rigor! Y ahora, amigo, se va usted a poner todo eso y después se sentará en esa butaca, y durante una buena media hora podrá reflexionar sobre cualquier problema de estética. Después de lo cual podrá venir a unirse conmigo en su estudio,

La mañana nada tenía de seductora. El viento del Este soplaba por ráfagas en el jardín de Pitman, entre las estatuas, arrojando rociadas de lluvia sobre la claraboya del taller. Era el momento en que Mauricio, en Bloomsbury, atacaba la centésima versión de la firma de su tío. En el mismo instante, Miguel, en el estudio de Norfolk Street, ocupábase con no menor actividad en arrancar las cuerdas de su gran Erard.

Una media hora más tarde, Pitman, volviendo a entrar en su estudio, encontró abierta la puerta del gabinete, y la caja del piano discretamente cerrada.

—¡Oh! ¡Es preciso que se quite al momento esa barba! —exclamó Miguel en cuanto vio a su amigo.

—¡Mi barba! —dijo Pitman, espantado—. No, no me puedo afeitar mi barba. Perdería mí plaza en el pensionado. La directora es muy mirada en

todo cuanto se refiere a la apariencia exterior del personal docente. Positivamente, mi barba me es indispensable.

—¡Podrá usted volver a dejarla crecer! —replicó Miguel—. Y, mientras tanto, estará usted tan feo que aún le aumentarán el sueldo.

—¡Es que no quiero estar feo! —suplicó el artista.

—¡Vamos, no diga usted niñerías! —replicó Miguel, que aborrecía las barbas y se sentía feliz al poder suprimir una—. ¡Vamos, sea usted hombre y haga ese sacrificio!

—Si lo cree usted necesario... —murmuró Pitman.

Lanzando un profundo suspiro, fue a buscar el agua caliente a la cocina, instaló un espejo sobre su caballete, y procedió a realizar el doloroso sacrificio. Miguel se sentía encantado.

—Le doy a usted mi palabra de honor de que es una transformación milagrosa —declaró—. Cuando le haya a usted dado las gafas que llevo en el bolsillo, quedará transformado en el tipo más perfecto del viajante alemán.

Pitman, sin responder, continuaba mirando tristemente en el espejo la imagen del hombre nuevo en que se había convertido. Y Miguel comprendió que estaba en la obligación de animarlo.

—¿Sabe usted —le preguntó— lo que el gobernador de la Carolina del Sur le dijo un día a un gobernador de la Carolina del Norte? «Me parece», dijo aquel formidable pensador, «que siempre es demasiado largo el espacio de tiempo entre dos copas de aguardiente». Pues bien, Pitman: si quiere usted buscar bien en el bolsillo izquierdo de mi abrigo, tengo idea de que encontrará usted en él un frasco de «whisky». ¡Eso es, gracias! —añadió, llenando dos copas—. Bébase usted eso y ya me dirá lo que opina.

El artista alargaba la mano hacia la botella del agua, pero Miguel se dio prisa en detener su movimiento.

—¡Ni aunque me lo pidiera usted de rodillas! —exclamó—. ¡Es el «whisky» de mesa de mejor calidad que se puede encontrar en todo el Reino Unido!

Pitman bebió un trago, dejó la copa sobre la mesa y suspiró.

—Realmente es usted el más triste compañero que pudiera soñarse para un día de asueto —exclamó Miguel—. Si es eso todo cuanto le dice a usted el «whisky», se acabó, amigo; no beberá usted más, y mientras yo acabo con la botella, va usted a su vez a ponerse a trabajar, pues he cometido una torpeza abominable: debiera haberlo enviado a buscar el carro antes de disfrazarlo. Mas también es preciso decir, amigo Pitman, que no vale para nada. ¿Por qué no me hizo pensar en ello?

—¿Yo? Ni siquiera sabía que hubiese que buscar un carro —gimió el artista—. Pero, si usted quiere, aún puedo quitarme el disfraz.

—De todos modos, encontrará usted muchas dificultades para volverse a poner su barba —observó Miguel—. No; ya ve usted, es una torpeza: una de esas torpezas que hacen ahorcar a las gentes, mi pobre Pitman. Vaya usted corriendo a la agencia de transportes de King's Road y diga que vengan a recoger el piano aquí, que lo lleven a la estación Victoria y que, desde allí, lo expidan por el ferrocarril a la estación de Cannon Street, donde deberá quedar a la disposición del señor... ¿Qué le parecería a usted el señor Víctor Hugo?

—¿No es un nombre demasiado conocido? —insinuó Pitman.

—¿Conocido? —replicó, desdeñosamente, Miguel—. Es decir: que tal nombre bastaría para hacernos colgar a los dos. «Brown», he aquí un nombre más seguro y más fácil de pronunciar. No se olvide de decir que el piano debe ser enviado al señor Brown.

—Quisiera —murmuró Pitman— que, compadeciéndose de mí, no hiciera usted tantas alusiones a la horca.

—¡Oh! El hacer alusión, amigo mío, no es un gran mal —repuso Miguel—. Pero, vamos, pronto, póngase su sombrero y lárguese. ¡Y no se olvide de pagar por adelantado!

Abandonado a sí mismo, el abogado comenzó por dirigir toda su atención al frasco de «whisky», lo que tuvo como efecto realzar todavía más el estado de buen humor en que desde la mañana se encontraba. Después, cuando hubo vaciado el frasco, se ocupó en colocarse las patillas delante del espejo.

«¡Asombroso! —se dijo con orgullo, después de haberse contemplado durante largo rato—; parezco un dependiente de economato».

De repente acordóse de las gafas (anteriormente destinadas a Pitman) que tenía en el bolsillo. Se las puso sobre la nariz y quedó encantado del efecto.

«Exactamente lo que me faltaba», repuso. «¿Qué parezco ahora?». Y adoptó varias posturas ante el espejo, definiéndolas en voz alta a medida que iban desfilando: «Imitación de un proveedor de noticias para los semanarios festivos. (Mas, para esto, necesitaría un paraguas). Imitación de un dependiente de economato, imitación de un colono australiano regresando a Inglaterra para visitar los lugares de su infancia. ¡Perfectamente, eso es lo que necesito!».

Y en ese punto de sus razonamientos se encontraba cuando sus miradas fueron a caer sobre el piano. Y en seguida apoderóse de él un impulso irresistible. Levantó la tapa y, puestos los ojos en el techo, hizo correr sus dedos sobre las teclas mudas.

Cuando Pitman volvió al estudio encontró a su guía y salvador ocupado en realizar prodigios de virtuosidad sobre el silencioso Erard.

«¡Que el cielo venga en mi ayuda! —pensó el hombrecito—. Se ha bebido toda la botella y está completamente embriagado».

—¡Señor Finsbury! —dijo en voz alta.

Y Miguel, sin levantarse, volvió hacia él una cara sumamente colorada, que rodeaban los tufos rojos de las patillas, y en medio de la cual ostentábanse las majestuosas gafas.

—Capricho en sol menor, sobre la marcha de un amigo —limitóse a responder, mientras continuaba la serie de sus arpeggios.

Pero de pronto, la indignación despertóse en el alma de Pitman.

—Perdón —exclamó—; pero las gafas tienen que ser para mí. Forman parte esencial de mi disfraz.

—Estoy decidido a llevarlas yo mismo —respondió Miguel.

Después de lo cual añadió, no sin cierta apariencia de verdad:

—Y las gentes serían capaces de sospechar algo si los dos fuésemos con gafas.

—Sea —admitió el bueno de Pitman—. Había ya echado cuentas con esas gafas, pero, naturalmente, si usted insiste... Y ahí tiene usted un carro delante de la puerta.

Mientras duró la carga del piano, Miguel estuvo escondido en el gabinete. Luego, en cuanto el instrumento hubo partido, los dos amigos salieron por la puerta principal de la casa, se metieron en un coche y no tardaron en rodar hacia el centro de la ciudad. El día seguía frío y crudo; mas, a pesar de la lluvia y del viento, Miguel se negó a levantar los cristales del coche. Había imaginado de pronto asumir el papel de un cicerone, y, a su paso, designaba y comentaba a Pitman las curiosidades de Londres.

—Le aseguro a usted, querido amigo —decía—, que me da la sensación de que usted no conoce absolutamente nada de su villa natal. ¿Qué le parecería a usted una visita a la Torre de Londres? ¿No? En realidad, eso nos apartaría, tal vez, demasiado de nuestro camino. Pero, por lo menos... ¡Eh, cochero, dé la vuelta por Trafalgar Square!

Apenas si podría darles una idea de lo que Pitman sufría en aquel coche. El frío, la humedad, el miedo, y una desconfianza que iba a cada paso en aumento respecto al jefe bajo cuyas órdenes se había alistado; un sentimiento de molestia, casi de vergüenza, provocado por la ausencia de su respetable tirilla, y un sentimiento más amargo aún de degradación, indudablemente

producido por la brusca supresión de la barba; tales eran los principales ingredientes que se mezclaban en el espíritu del infortunado artista.

Fue para él un primer alivio el llegar, por fin, al restaurante donde debían almorzar. Un segundo alivio fue el oír a Miguel pedir un gabinete reservado. Y mientras los dos hombres trepaban por la escalera, bajo la dirección de un mozo extranjero, Pitman notó con satisfacción que no solamente él restaurante estaba casi vado, sino que la mayor parte de los clientes que en él se encontraban eran desterrados del bello país de Francia. Según todas las probabilidades, ninguno de ellos estaría en relación con el pensionado donde Pitman daba sus lecciones: pues aun el mismo profesor de francés, aunque se tuviese la sospecha de que era católico, no era hombre capaz de frecuentar un establecimiento tan sospechoso.

El mozo introdujo a los dos amigos en un cuartito desnudo, con una mesa, un sofá y el fantasma de un fuego. Con lo que Miguel apresuróse a pedir un suplemento de carbón, así como dos copas de aguardiente con un sifón de agua de Seltz.

—¡Oh, no! —le murmuró Pitman—. ¡Nada de más aguardiente!

—¡Es usted verdaderamente extraordinario! —exclamó Miguel—. De todos modos, es preciso que hagamos algo; y no deja usted de saber que no se debe fumar antes de las comidas. Me parece usted desprovisto, en absoluto de toda noción de higiene, pobre amigo mío.

Y se acercó a la ventana para ver caer la lluvia.

Pitman hundióse en sus tristes consideraciones. Así, pues, era él quien se encontraba allí grotescamente afeitado, absurdamente disfrazado, en compañía de un hombre borracho y con gafas, en un restaurante extranjero. ¿Qué diría la directora de su pensionado, si pudiese verlo en aquella situación? Pero, sobre todo, ¿qué diría si pudiese saber a qué trágica y criminal empresa se preparaba?

El abogado, viendo que su amigo estaba completamente decidido a no beberse la copa de aguardiente que acababan de servirle, no pudo, sin embargo, resignarse a beber solo.

—Tenga —dijo al mozo—, bébase eso.

Y el camarero tragó todo el contenido de la copa en dos tragos, lo que le valió la más viva simpatía por parte de Miguel.

—Nunca he visto a un hombre beber más de prisa —declaróle a Pitman, cuando el mozo hubo salido—. Un espectáculo semejante hace tener confianza en la especie humana.

El almuerzo fue soberbio, y Miguel lo comió con excelente apetito. Pero, con el tono más formal del mundo, nególe a su compañero el permiso para beber más de una copa de la botella de champaña que regaba la comida.

—No, no —le dijo confidencialmente—. Es preciso que uno de nosotros dos no esté completamente borracho. Como dice el refrán: «Un hombre borracho, asunto excelente; dos hombres borrachos, todo perdido».

Después del café, Miguel hizo un esfuerzo admirable para adoptar un gesto grave. Miró a su amigo muy de frente. Con voz un poco pastosa, pero severa, se dirigió a él:

—¡Basta de locuras! —comenzó muy juiciosamente—. ¡Vamos a nuestro asunto! Pitman, escuche usted atentamente lo que voy a decirle. Sepa usted que yo soy un australiano, un colono australiano. Me llamo John Dockson..., ¿lo oye usted? Y seguramente se alegrará usted mucho al saber que soy rico; ¡sí, señor, muy rico! El género de empresa que meditamos, Pitman, no se podrá, preparar sin demasiado cuidado. Todo el secreto del éxito está en la preparación. Por eso desde ayer noche, me he formado una biografía completa, y con mucho gusto se la expondría a usted si, por desgracia, no acabase de olvidarla de repente.

—No sé si es que yo soy idiota... —balbuceó Pitman.

—Eso es —exclamó Miguel—. Completamente idiota; pero rico, mucho más rico todavía que yo. He supuesto que eso le agradaría, Pitman, y he decidido que nade literalmente en la opulencia. Pero, en cambio, he de confesarle que no es más que americano, un fabricante de chanclos de goma además. Pero..., ¡no es ésa aún toda nuestra desgracia! ¡Sepa, pobre amigo mío, que se llama Ezra Thomas! Y ahora —añadió Miguel, con el tono más serio—, dígame usted quiénes somos usted y yo.

El infortunado hombrecillo fue interrogado por tres veces seguidas antes de que lograse aprenderse de memoria la lección.

—¡Eso es! —exclamó, por fin, el abogado—. Nuestros planes están dispuestos. Lo esencial es no contradecirse.

—Pero, yo no entiendo bien... —objetó Pitman.

—¡Oh! Ya lo entenderá cuando sea llegado el momento —dijo Miguel, levantándose.

—Pero es que usted no me ha dicho más que nuestros nombres —repuso Pitman—. No veo la historia que vamos a tener que contar.

—¡Bah! ¿No le he dicho que tenía una y que la he olvidado? —replicó Miguel—. Ya nos las arreglaremos para inventar otra.

—Pero es que yo no sé inventar —protestó Pitman—. Nunca he podido inventar nada en toda mi vida.

—Bueno, pues hoy empezará usted, amigo mío —respondió Miguel simplemente. Después de lo cual llamó para pedir la cuenta.

El pobre Pitman no estaba más tranquilo que antes de la comida.

«Sé que es muy inteligente», pensaba, «pero, en conciencia, ¿puedo fiarme de un hombre en el estado en que está?».

Y cuando de nuevo los dos amigos volvieron a encontrarse en el coche, no pudo evitar el intentar un último esfuerzo.

—¿No cree usted —balbuceó— que, tal vez, pensándolo despacio, haríamos mejor en aplazar este asunto?

—¡Dejar para mañana lo que puede hacerse hoy! —exclamó Miguel, indignado—. ¡Vamos, vamos Pitman, alégrese usted un poco! Tenga una hora o dos de paciencia, y la victoria será nuestra.

En la estación de Cannon Street los dos amigos informáronse acerca del piano del señor Brown, y mostráronse encantados al saber que había llegado perfectamente. Fueron entonces a casa de un alquilador de la vecindad de la estación, se proveyeron de un gran carro de mano y volvieron a tomar posesión del piano. Después de un corto debate, convinóse en que Miguel tiraría del carro y que el papel de Pitman, consistiría en empujarlo por detrás.

Por otra parte, la casa habitada por Gedeón Forsyth estaba muy cerca, de tal suerte que el viaje del piano en el carro pudo acabarse sin demasiados contratiempos. En la esquina de la calle donde Gedeón vivía, los dos amigos confiaron el carro a la custodia de un mozo de cuerda patentado, y, sin prisas, se dirigieron hacia el término de su expedición. Por primera vez dejó ver Miguel una sombra de duda.

—¿Está usted seguro de que mis patillas están bien colocadas? —preguntó—. Sería muy molesto el que fuese reconocido.

—Sus patillas están perfectamente colocadas —respondió Pitman, después de un escrupuloso examen—. Pero ¿y yo? ¿Podrá mi disfraz evitarme él ser reconocido? ¡Con tal de que no me encuentre con alguien de mi pensionado!

—¡Oh! ¡La ausencia de su barba basta y sobra para que no le puedan reconocer! Únicamente le recomiendo que no olvide hablar con lentitud, y trate también, si puede, de hablar un poco menos gangoso que de ordinario.

—Pero... ¡confío en que ese joven no estará en su casa! —suspiró Pitman.

—Y yo confío en que esté, a condición, sin embargo, de que esté completamente solo —respondió Miguel—. Esto nos simplificaría

extraordinariamente las operaciones.

Y en efecto, cuando hubieron llamado a la puerta de una habitacioncita del piso bajo, fue Gedeón en persona el que salió a abrirles. Les hizo entrar en una habitación bastante pobremente amueblada, a excepción, de todos modos, de la repisa de la chimenea, completamente llena de un variado surtido de pipas, paquetes de tabaco, cajas de cigarros y novelas francesas de cubiertas amarillas.

—¿Es usted el señor Forsyth? —Era Miguel el que de ese modo rompía el fuego—. Caballero, hemos venido a rogar a usted se encargue de un pequeño asunto. Temo ser indiscreto...

—Ya sabe usted que, en principio, debiera usted venir acompañado de su abogado... —aventuró Gedeón.

—Sin duda, usted nos designará su abogado de costumbre, y, de este modo, el asunto podrá ponerse en un orden más regular desde mañana mismo —respondió Miguel sentándose e indicando a Pitman que se sentase también—. Pero, vea usted, nosotros no conocemos a ningún abogado en esta ciudad; y como nos han hablado de usted, y el tiempo apremia nos hemos permitido venir a buscarle.

—¿Puedo preguntar, señores —repuso Gedeón—, a quién soy deudor de semejante recomendación?

—Puede usted perfectamente preguntárnoslo —replicó Miguel con maligna sonrisa—; pero nos han rogado que no se lo dijésemos..., al menos por ahora.

«¡Una caritativa atención de mi tío, evidentemente!», pensó Gedeón.

—Me llamo John Dockson —prosiguió Miguel—, nombre bien conocido en Ballarat, me atrevo a decirlo. Y este amigo mío es el señor Ezra Thomas, de los Estados Unidos de América, el rico fabricante de chanclos de goma.

—¿Quieren ustedes esperar un momento a que haya tomado nota de eso? —dijo Gedeón, esforzándose por aparecer como un hombre de mucha práctica en su profesión.

—¿Le molestaría a usted mucho si encendiese un cigarro? —preguntó Miguel.

Pues, si bien había hecho un vigoroso esfuerzo sobre sí mismo para recobrar su sangre fría al entrar en casa de su joven compañero, ya entonces su cerebro comenzaba a nublarse, al mismo tiempo que le invadía un terrible deseo de dormir, y confiaba (como tantos otros confiaron en casos semejantes) en que el cigarro le aclararía las ideas.

—¡Oh! Nada de eso —exclamó Gedeón, infinitamente amable—. Tome usted, pruebe uno de éstos; puedo recomendárselos a usted con toda confianza.

Tomó una caja de cigarros de sobre la chimenea y se la presentó a su cliente.

—Caballero —volvió a comenzar el australiano—, para el caso en que no encontrase usted muy claras mis explicaciones, quizá sea mejor confesar anticipadamente que acabo de almorzar opíparamente. ¡Después de todo, es cosa que a cualquiera puede ocurrirle!

—¡Oh, seguramente! —respondió el atento abogado—. Pero, se lo ruego a usted, no se dé prisa. Puedo conceder a usted... —y se detuvo para consultar pensativamente su reloj—; sí, resulta que puedo conceder a usted toda la tarde.

—El asunto que aquí me trae, caballero —repuso el australiano— puedo decírselo a usted claramente, es endiabladamente delicado. Mi amigo, el señor Thomas, siendo un americano de origen portugués y rico fabricante de los pianos Erard...

—¿De los pianos Erard? —exclamó Gedeón con cierta sorpresa—. ¿El señor Thomas es uno de los jefes de la casa Erard?

—¡Oh, de los Erard de imitación, naturalmente! —replicó Miguel. Mi amigo es el Erard americano.

—Pero creía haberle oído decir —objetó Gedeón—; sí, seguramente lo he apuntado en mi libro de notas..., que su amigo era fabricante de chanclos de goma...

—¡Sí, ya sé que a primera vista la cosa puede asombrar! —respondió el australiano con radiante sonrisa—. Pero mi amigo... En pocas palabras, combina las dos profesiones y otras muchas aún, muchas, muchas... —repitió el señor Dickson con solemnidad de borracho—. Los molinos de algodón del señor Thomas son una de las curiosidades de Tallahassee; los molinos de tabaco del señor Thomas constituyen el orgullo de Richmond. Bueno; se trata de uno de mis más antiguos amigos, señor Forsyth; ya me perdonará usted el que no pueda contener mi emoción al exponer su asunto.

Durante aquel discurso el joven abogado contemplaba al señor Thomas y se sentía agradablemente impresionado por la actitud modesta, casi tímida, de aquel hombrecito, la sencillez y torpeza de sus maneras.

«¡Qué raza tan asombrosa la de esos americanos!», pensó, «Mirad un poco a ese hombrecito, todo receloso, vestido como un músico ambulante, y pensad, en la multiplicidad de intereses que tiene entre las manos».

—Pero —repuso en voz alta—, ¿No haríamos bien en ir directamente a los hechos?

—Por lo que veo, el señor es un hombre práctico —dijo el australiano—. Pues bien, sí,, voy a llegar a los hechos. Sepa, pues, señor, que se trata de una ruptura de promesa de matrimonio.

El desgraciado Pitman se hallaba tan poco preparado para aquella nueva situación, que apenas si pudo contener un grito.

—¡Dios mío! —dijo Gedeón—. Los asuntos de esa dase suelen con frecuencia ser muy fastidiosos. Expóngame usted los detalles del caso —añadió con tono bondadoso—. Si quiere usted que le ayude, no oculte nada.

—¡Dígaselo usted mismo todo! —dijo a su compañero Miguel, el cual, al parecer, creía haber terminado la parte de su papel—. Mi amigo le va a contar todo eso —añadió volviéndose hacia Gedeón y bostezando al mismo tiempo — Y ya me perdonará usted, ¿verdad?, si cierro los ojos por un instante. He pasado la noche a la cabecera de un amigo enfermo.

Pitman, completamente turbado, miraba ante sí. La rabia y la desesperación mezclábanse en su alma inocente. Surgían en él ideas de fuga, hasta de suicidio, que se esfumaban y volvían a aparecer. Y el abogado seguía esperando con paciencia, mientras el artista seguía esforzándose vanamente en encontrar palabras, fuesen las que fuesen.

—Sí, señor; se trata de una ruptura de promesa de matrimonio —dijo al fin en voz baja—. Me veo... amenazado con un proceso por ruptura de promesa de matrimonio.

Llegado a este punto de su discurso, quiso tirarse de la barba, buscando una nueva inspiración. Sus dedos se cerraron sobre la lisura inacostumbrada de un mentón afeitado, y al mismo tiempo sintióse irremediablemente abandonado de todo cuanto de esperanza y de valor le restaba. Volvióse hacia Miguel, y le sacudió con todas sus fuerzas.

—Despiértese usted —gritóle colérico—. ¡Yo no logro explicarme bien, lo sabe usted!

—Es preciso que perdone usted a mi amigo —dijo en seguida Miguel—. Lo cierto es que la Naturaleza no le ha dotado para la oratoria. Pero, por lo demás —prosiguió—, el asunto es de lo más sencillo. Mi amigo es un hombre de un temperamento apasionado y acostumbrado a la vida patriarcal de su país. Vea usted la cosa: un desgraciado viaje a Europa, seguido del infortunado encuentro con un pseudo-conde extranjero que tiene una hija muy guapa. El señor Thomas ha perdido la cabeza por completo. Se ha ofrecido, ha sido aceptado y ha escrito (escrito en un tono que estoy bien seguro que

ahora debe de lamentar). Para él honor del señor Thomas hubiera valido más que esas cartas no se hubiesen escrito.

—Debo comprender... —comenzó Gedeón.

—No, no, querido señor —repuso gravemente el australiano—; es imposible que usted comprenda mientras no haya visto las cartas en cuestión.

—He aquí, en verdad, una circunstancia fastidiosa.

Profundamente compadecido, lanzó una ojeada sobre el culpable; después, viendo sobre su rostro todas las señales de una confusión espantosa, se apresuró a volver los ojos.

—Pero esto no sería aún nada —prosiguió severamente el señor Dickson—. Es evidente, señor, es evidente que hubiera deseado con todo mi corazón que el señor Thomas no se hubiese deshonrado, como lo ha hecho. ¡No tiene excusa, caballero! Porque en aquellos momentos era novio —hasta lo es aún — de la muchacha más hermosa de Constantinopla, de Ga.

—¿Ga? —preguntó Gedeón asombrado.

—¡Sí; es una abreviación corriente! —dijo Miguel—. Se dice Ga por Georgia, del mismo modo que decimos Cía por Compañía.

—Sabía que algunas veces solía escribirse de ese modo —dijo Gedeón—; pero ignoraba que también se pronunciase así.

—¡Oh! Cuando yo se lo digo a usted, bien puede usted creerme —respondió Miguel—. Y ahora, caballero, puede usted por sí mismo comprender que para salvar a mi infortunado amigo va a ser preciso desplegar una habilidad endiablada. En cuanto a dinero, lo hay, todo el que sea preciso. El señor Thomas está dispuesto a firmar mañana mismo un cheque por cien mil libras. Pero, además, señor Forsyth, tenemos algo mejor todavía que eso. Ese conde extranjero, el conde Tamow, como él se llama, tuvo en otro tiempo una expendeduría de tabacos en Bayswater, bajo el nombre, mucho más modesto, de Schmidt. Su hija (si es que de todos modos es su hija; tome usted buena nota de esto, caballero), su hija servía a los clientes en el estanco. Y ella es quien ahora pretende casarse con un hombre de la posición social del señor Thomas. Bueno: ¿ve usted ya qué es lo que deseamos? Sabemos que esos miserables meditan un golpe, y deseamos prevenirle. Corra usted en seguida a Hampton-Court, en donde viven los Tamow, y emplee usted la amenaza o la corrupción, o bien ambos medios, hasta que se haya hecho usted entregar las cartas. Pero si usted no lo logra, mi amigo Thomas habrá de verse procesado, y perderá su honor. Yo mismo me vería obligado a romper con él todo trato —añadió el poco caballeresco amigo.

—Creo que en todo eso tenemos algunas probabilidades de éxito —dijo Gedeón—. ¿Sabe usted si ese Schmidt es conocido de la policía?

—Creemos que sí —dijo Miguel—. Tenemos varias razones para suponerlo. Anote usted ya el hecho de que esas gentes hayan vivido en Bayswater... ¿No le parece a usted que la elección de ese barrio es ya una cosa bastante sugestiva?

Por quinta o sexta vez desde el comienzo de aquella notable entrevista, Gedeón preguntó si no estaba soñando. «Pero no —se dijo— el excelente australiano indudablemente ha debido almorzar demasiado copiosamente». Y añadió en voz alta—: ¿Hasta qué suma podré alargarme?

—Pienso que por hoy bastará con cinco mil libras —dijo Miguel—. Y ahora, caballero, no le retenemos a usted más. La tarde va pasando; hay trenes para Hampton-Court cada media hora, y no necesito decir a usted cuánta es la impaciencia de mi amigo. Tenga usted; aquí tiene un billete de cinco libras para los primeros gastos. Y ésta es la dirección.

Y Miguel comenzó a escribir; después se detuvo, rompió el papel y se guardó los pedazos en el bolsillo.

—No —dijo—; prefiero dictar a usted las señas; mi letra es demasiado ilegible.

Gedeón apuntó cuidadosamente la dirección: «Conde Tamow, villa Kumaul, Hampton-Court». Tomó en seguida una hoja de papel y escribió en ella algunas palabras.

—Me ha dicho usted que no había elegido abogado —repuso—. Ahí tiene usted las señas de un abogado que para un caso de este género es el hombre más hábil de Londres.

Y le tendió el papel a Miguel.

—¡Ah, verdaderamente! —exclamó Miguel, leyendo sobre el papel las señas de su casa.

—Sí, ya sé que habrá usted visto su nombre mezclado en asuntos bastante sucios —dijo Gedeón—; pero él es un hombre perfectamente honorable y de una capacidad reconocida. Ya no me resta, señores, sino preguntarles dónde podré encontrarles de nuevo, a mi vuelta de Hampton-Court.

—En el Gran Hotel Langham, naturalmente —replicó Miguel—. Y... hasta esta noche, sin falta.

—¡Sin falta! —respondió Gedeón, sonriendo—. Puedo ir a cualquier hora, ¿verdad?

—Absolutamente, absolutamente —exclamó Miguel, ya en pie para despedirse.

—Bueno... ¿Qué piensa usted de ese joven? —preguntó a Pitman en cuanto estuvieron en la estile.

Pitman murmuró algo así como: «Un perfecto idiota».

—De ningún modo —contestó Miguel—. Sabe cuál es el mejor abogado de Londres, y esto ya basta para hacer su elogio. Pero, dígame, ¿he estado bastante brillante?

Pitman no contestó nada.

—¡Hola! —dijo Miguel, colocándole la mano sobre el hombro—. ¿Podría saberse cuál es el motivo de queja de Pitman?

—No tenía usted derecho a hablar de mí en la forma que lo ha hecho —exclamó el artista—. Su lenguaje ha sido completamente odioso. ¡Me ha herido usted profundamente!

—¡Yo! ¡Pero si no he dicho ni una sola palabra de usted! —protestó Miguel—. He hablado de Ezra Thomas, y le ruego a usted me haga el favor de recordar que no existe nadie de semejante nombre.

—No importa; me ha hecho usted pasar muy mal rato. Mientras, los dos amigos habían llegado a la esquina de la calle, y allí, bajo la custodia del fiel mozo de cuerda, que lo vigilaba con un gran aire de intensa dignidad, les esperaba el piano, que parecía aburrirse un poco en la soledad del carro de mano, mientras la lluvia deslizábase a lo largo de sus patas, elegantemente barnizadas.

Fue el mozo de cuerda quien hubo de ir en busca de cinco o seis mozos robustos a la taberna más próxima, y con su ayuda comenzó la última batalla de aquella memorable campaña. Todo hace creer que aún Gedeón Forsyth no se había instalado en su departamento del tren de Hampton-Court cuando Miguel abrió la puerta del piso del joven viajero, y los portadores, con los acostumbrados gruñidos profesionales, depositaron el gran Erard en medio del cuarto.

—Ya está —dijo triunfalmente Miguel a Pitman, después de haber despedido a los hombres—. Y ahora, una precaución suprema. Es preciso que le dejemos la llave del piano, y de tal manera, que no deje de encontrarla. Vamos a ver.

En el centro de la tapa, sobre el piano, construyó una torre cuadrada con cajas de cigarros, depositando la llave en el interior del pequeño monumento de este modo construido.

—¡Pobre joven! —dijo el artista cuando estuvieron de nuevo en la calle.

—¡La verdad es que se encuentra en una situación endiablada! —reconoció secamente Miguel—. Pero, más vale así, esto lo hará animarse.

—Y a propósito de esto —repuso el excelente Pitman—. Me duele haber demostrado hace poco un mal carácter y bastante ingratitud. No tenía derecho alguno, bien lo veo ahora, para ofenderme por expresiones que no se dirigían directamente a mí.

—¡Está bien! —dijo Miguel, unciéndose al carro de mano—. ¡Ni una palabra más, Pitman! Su sentimiento le honra. Un hombre honrado no puede dejar de sufrir cuando oye insultar a su «alter ego».

La lluvia casi había cesado; Miguel estaba casi desembriagado; el «depósito» había sido entregado a otras manos y los amigos se habían reconciliado; de este modo, la vuelta hasta la casa del alquilador parecióles, en comparación con las aventuras precedentes de la jornada, un verdadero viaje de placer, y cuando se encontraron paseando por el Strand, del brazo, sin la sombra de una sospecha que pesase sobre ellos, Pitman emitió un hondo suspiro de alivio.

—Ahora —dijo—, podemos volver a casa.

—Pitman —dijo el abogado, deteniéndose en seco—, me desconsuela usted. ¿Qué es eso? ¿Nos hemos pasado casi todo el día aguantando la lluvia, y propone usted seriamente volver a casa? No, señor. Un ponche al «whisky» nos es completamente indispensable.

Volvió a coger el brazo de su amigo y lo condujo a una taberna de apariencia comprometedora, y debo añadir (con gran dolor mío, por otra parte) que Pitman se dejó conducir demasiado fácilmente. Ya entonces, cuando la paz se había restaurado en el horizonte, una cierta jovialidad inocente comenzaba a despuntar en las maneras del artista; y cuando alzó su ardiente copa para brindar con Miguel, es indudable que aportó a aquel gesto toda la petulancia de una colegialita romántica que asiste a su primer pisolabis campestre.

IX. CÓMO SE ACABÓ EL DÍA DE ASUETO DE MIGUEL FINSBURY

Como ya he dicho, Miguel era un excelente muchacho, al que le gustaba derrochar su dinero tanto y quizá más aún que ganarlo. Pero no recibía a sus amigos más que en el restaurante, y las puertas de su domicilio particular permanecían casi siempre cenadas. El primer piso, por gozar de más aire y más luz, servía de habitación al viejo Masterman; el salón no se abría casi nunca, y era el comedor en donde solía de ordinario estar el abogado. Allí precisamente, en el comedor del piso bajo, es donde volvemos a encontrar a Miguel sentándose a la mesa para comer, la tarde del glorioso día de asueto que había consagrado a su amigo Pitman. Una vieja ama de llaves escocesa, con ojos muy brillantes y una boquita con gesto burlón, estaba encargada del buen orden de la casa; manteníase en pie junto a la mesa, mientras su joven amo desplegaba su servilleta.

—Creo —aventuró tímidamente Miguel— que tomaría un poco de aguardiente con agua de Seltz.

—¡De ningún modo, don Miguel! —respondió prontamente el ama de llaves—. ¡Vino tinto y agua!

—Bien, bien, Catalina; se le obedecerá —dijo el abogado—. Y, sin embargo, si supiese usted cuán fatigosa ha sido la jornada en el despacho.

—¿Qué? —dijo la vieja Catalina— ¡Pero si no ha puesto usted los pies en el despacho en todo el día!

—¿Y cómo va el viejo? —preguntó Miguel para cambiar el rumbo de la conversación.

—¡Oh, siempre igual, don Miguel! —respondió el ama de llaves—. Creo que ahora irá siempre lo mismo hasta el fin del pobre señor. Pero..., ¿sabe usted que no es el primero en hacerme hoy esa pregunta?

—¡Bah! —exclamó Miguel—. ¿Y quién, pues, se la ha hecho antes que yo?

—Uno de nuestros buenos amigos —respondió Catalina sonriendo—; su primo don Mauricio.

—¡Mauricio! ¿Qué es lo que ha venido a buscar aquí ese mendigo? —preguntó Miguel.

—Me ha dicho que, de paso, venía a hacer una visita al señor Masterman —repuso el ama de llaves—. Pero yo, ya ve usted, me parece que sé qué es lo que ha venido a hacer. Trata de sobornarme, don Miguel. ¡Sobornarme! —repitió ella con un acceso de inimitable desdén.

—¿De veras? —dijo Miguel—. Apuesto, al menos, a que no le ha ofrecido una gran cantidad.

—¡Poco importa la cantidad! —replicó discretamente Catalina—. Pero el caso es que le he despedido como era debido. No creo que se dé mucha prisa en volver por aquí.

—¡Ya sabe usted que es preciso no vea a mi padre! —dijo Miguel—. ¡No quiero exhibir al pobre viejo a un idiota como él!

—Por esa parte no tenga usted miedo alguno —respondió la fiel sirvienta—. Pero lo que hay en esto de cómico, don Miguel (¡tenga usted cuidado de no tirar la salsa encima del mantel!), lo que en esto hay de cómico es que cree que el padre de usted ha muerto y que tiene la cosa secreta.

Miguel tarareó un cuplé.

—¡Ese animal tiene que pagarme todo eso! —dijo.

—Pero... ¿es que con la ley no podría usted hacer nada contra él? —sugirió Catalina.

—No; al menos, por el momento —repuso Miguel—. Pero dígame, Catalina: realmente, no me parece que este vino tinto sea una bebida muy sana. Vamos, tenga un poco de corazón y déme una copa de aguardiente.

El rostro de Catalina adquirió la dureza del diamante.

—Bien, pues si se empeña usted —refunfuñó Miguel—, no comeré nada más.

—Como usted quiera, don Miguel —dijo Catalina. Después de lo cual se puso tranquilamente a quitar la mesa.

—¡Cómo quisiera que esta Catalina fuese una sirvienta menos adicta! —suspiró Miguel, cerrando tras sí la puerta de la casa.

Había dejado de llover. El viento soplaba todavía, pero con menos violencia y con una frescura que no dejaba de tener sus encantos. Llegado a la esquina de King's Road, acordóse de pronto Miguel de la copa de aguardiente, y penetró en una taberna brillantemente iluminada. La taberna encontrábase casi llena. Había cocheros de punto, una media docena de

ociosos profesionales; en un rincón, un caballero elegante intentaba vender a otro caballero mucho más joven algunas fotografías artísticas que iba extrayendo misteriosamente de una caja de cuero; en otro rincón dos novios discutían la cuestión de saber en qué parque encontrarían más sombra para acabar la velada. Pero la parte principal y la gran atracción de la taberna era un viejecito vestido de una larga levita negra, comprada hecha e indudablemente de adquisición reciente. Sobre la mesa de mármol, ante él, entre bocadillos y un vaso de cerveza, extendíanse cuartillas de papel cubiertas de escritura. Su mano balanceábase en el aire con gestos oratorios; su voz, naturalmente agria, sonaba en tono de sala de conferencias; y mediante artificios comparables a los de las antiguas sirenas, aquel viejo mantenía sometidos bajo una irresistible fascinación a la criada del bar, a los dos cocheros, a un grupo de jugadores y a cuatro de los ociosos.

—He examinado todos los teatros de Londres —decía—, y midiendo con mi paraguas la anchura de las puertas, he comprobado que son demasiado estrechas. Evidentemente, nadie de ustedes ha tenido, como yo, ocasión de conocer los países extranjeros. Pero, francamente, ¿creen ustedes que en un país bien gobernado podrían existir semejantes abusos? La inteligencia que ustedes poseen, por sencilla e inculta que sea, les bastará para afirmarles lo contrario. Austria misma, que, sin embargo, no se alaba de ser un pueblo libre, comienza a rebelarse contra la incuria que consiente subsistan abusos de ese género. Precisamente tengo aquí un recorte de un periódico de Viena acerca de ese asunto; voy a intentar leérselo a ustedes, traduciéndoles a medida que lo lea. De este modo pueden ustedes darse por sí mismos cuenta; está impreso en caracteres alemanes.

Y alargaba a su auditorio el trozo de periódico en cuestión, como un prestidigitador hace circular por la sala la naranja que se propone escamotear.

—¡Hola, amigo! ¿Es usted? —dijo de repente Miguel, poniendo su mano sobre el hombro del orador.

Este volvió hacia él una cara llena de espanto; era la cara del señor don José Finsbury.

—¡Miguel! —exclamó—. ¿Estás solo?

—Sí —respondió Miguel después de haber pedido su copa de aguardiente—. Estoy solo. ¿A quién, pues, esperaba usted?

—Pensaba en Mauricio o en Juan —respondió el viejo, manifiestamente aliviado de un gran peso.

—¿Qué quiere usted que haga de Mauricio o de Juan? —respondió el sobrino.

—¡Sí, es cierto! —contestó José—. Y supongo que puedo confiar en ti, ¿no? ¿Puedo creer que te pondrás a mi lado?

—No comprendo nada de lo que usted quiere decir —replicó Miguel. Pero si lo que necesita usted es dinero siempre trago una libra o dos a su disposición.

—No, no; no es eso, querido —dijo el tío, apretándole vivamente la mano—. Ya te contaré todo más tarde.

—¡Perfectamente! —respondió el sobrino—; pero mientras, ¿qué quiere usted tomar?

—Bueno —dijo modestamente el anciano—; aceptaría con gusto otro bocadillo. Estoy seguro de que debes sentirte muy sorprendido —prosiguió— al encontrarme en un lugar como éste. Pero el caso es que para esto me fundo en un principio muy sabio, aunque poco conocido.

—¡Oh! Es más conocido de lo que usted supone —se apresuró a contestar Miguel entre dos sorbos de su aguardiente—. En ese mismo principio me fundo yo también cuando siento deseos de tomarme una copa.

El viejo, que estaba deseoso de ganarse la voluntad de Miguel, se echó a reír con una risa sin alegría.

—Tienes tanto ingenio —dijo—, que muchas veces me divierte oírte. Pero puedo volver a ese principio del que quería hablarte. Consiste, en suma, en adaptarse siempre a las costumbres del país en donde se está. Así, en Francia, por ejemplo, los que desean comer van al café o al restaurante; en Inglaterra es en lugares como éste donde el pueblo tiene la costumbre de ir a refrescarse. He calculado que con bocadillos, té y un vaso de cerveza, un hombre solo puede vivir muy cómodamente en Londres por catorce libras y doce chelines al año.

—Sí, lo sé —respondió Miguel—. Pero se ha olvidado usted contar los trajes, la ropa interior y el calzado. En cuanto a mí, contando los cigarros y una pequeña juerguecita de tiempo en tiempo, llego muy bien a resolver mis necesidades con unas setecientas u ochocientas libras anuales. ¡No deje usted de tomar nota de esto en sus papeles!

Esta fue la última interrupción de Miguel. Como buen sobrino, resignóse a escuchar dócilmente el resto de la conferencia, que de la economía política se empalmó con la reforma electoral; después pasó a la teoría del barómetro, para llegar a continuación a la enseñanza de la aritmética en las escuelas de sordomudos. Al llegar allí, habiéndose terminado el nuevo bocadillo, los dos hombres salieron del bar y se pasearon muy despacio por la acera de King's Road.

—Miguel —dijo el tío—, ¿sabes por qué estoy aquí? ¡Porque no puedo soportar más a esos dos miserables de mis sobrinos! Los encuentro intolerables.

—Le comprendo a usted muy bien —aprobó Miguel—. No cuente usted conmigo para que me encargue de defenderlos.

—Figúrate que jamás querían dejarme hablar —prosiguió amargamente el anciano; se negaban a proporcionarme más de un lápiz por semana. Todas las noches llevábanse el periódico a sus cuartos para impedir que tomase de él mis notas. ¡Oh, Miguel! Ya me conoces. Ya sabes que para mis cálculos necesito gozar del espectáculo variado y complejo de la vida, tal como se me revela en los periódicos cotidianos. Y, de este modo, mi existencia había acabado por llegar a ser un verdadero infierno, cuando, en el desorden de ese bienaventurado choque de trenes de Browndean he podido escaparme. Los dos miserables deben creer que estoy muerto y tratan de ocultar la cosa para no quedarse sin la «tontina».

—Y, a propósito de esto, ¿en qué está usted por lo que se refiere al dinero? —preguntó complaciente Miguel.

—¡Oh! Soy rico —respondió el viejo—. He cobrado ochocientas libras, con lo que tengo para bastante tiempo. Tengo plumas y lapiceros, todos los que quiero..., tengo a mi disposición el British Museum, con sus libros. Pero es extraordinaria la poca necesidad de libros que alguien de inteligencia refinada tiene cuando llega a cierta edad. Los periódicos bastan perfectamente para instruirle de todo.

—¿Sabe usted lo que puede hacer? —dijo Miguel—. ¡Venirse a vivir a mi casa!

—Miguel —respondió el tío José—, he ahí algo muy amable por tu parte; pero no te das cuenta de lo que mi situación tiene de particular. Ya ves, existen algunas pequeñas complicaciones financieras que me impiden disponer de mí tan libremente como debiera. Ya sabes que como tutor mis esfuerzos no han sido bendecidos por el cielo, y, para hablarte con toda claridad, me encuentro completamente a merced de ese bruto de Mauricio

—No tendrá usted más que disfrazarse —exclamó Miguel—. Puedo prestarle a usted en seguida un par de gafas y unas magníficas patillas rojas.

—Ya he acariciado esa idea —respondió el anciano—; pero temo provocar sospechas en el modesto hotel amueblado donde vivo. He comprobado sobre este punto que la estancia en los hoteles amueblados...

—Pero, vamos a ver —interrumpió Miguel—, ¿cómo diablos se ha podido usted procurar dinero? ¡No intente usted tratarme como a un extraño,

querido tío! Usted sabe que conozco todos los detalles del compromiso, de la tutela y de la situación en que está usted con Mauricio.

José contó su visita al Banco, así como el modo como había cobrado el cheque, prohibiendo que en lo sucesivo adelantasen ningún dinero a sus sobrinos.

—¡Ah! Pero, perdón, eso no puede ser —exclamó Miguel—. Usted no tenía derecho a obrar de ese modo.

—Pero todo el dinero es mío, Miguel —protestó el viejo—. Soy yo quien he fundado la casa de cueros sobre principios de mi invención.

—¡Todo eso es verdad! —dijo el abogado—. Pero usted firmó un compromiso con su sobrino, le hizo usted abandono de sus derechos. ¿Sabe usted, mi querido tío, que eso significa sencillamente las galeras para usted?

—¡No es posible! —gritó José—. ¡Es imposible que la ley lleve la injusticia hasta ese punto!

—Y lo más gracioso del asunto —repuso Miguel con una repentina carcajada— es que, por encima de todo, ha echado usted a pique la casa de cueros. En verdad, mi querido tío, que tiene usted una manera muy singular de comprender la ley; pero por lo que se refiere al humor es usted impagable.

—No veo en ello nada que dé motivo para reírse —observó el señor Finsbury secamente.

—¿Y dice usted que Mauricio no tiene poder para firmar? —preguntó Miguel.

—Yo soy el único que lo tiene —respondió José.

—¡Pobre Mauricio! ¡Oh, pobre Mauricio! —exclamó el abogado saltando de alegría—. ¡Y él que además cree que está usted muerto y piensa en los medios de ocultar la noticia! Pero dígame, tío, ¿qué ha hecho usted de todo ese dinero?

—Lo he depositado en un Banco, y me he guardado veinte libras —respondió el señor Finsbury—. ¿Por qué me preguntas eso?

—He aquí por qué —dijo Miguel—. Mañana, uno de mis pasantes le llevará a usted un cheque de cien libras, a cambio del cual le entregará usted el resguardo del Banco, a fin de que vaya lo más pronto posible a llevar las ochocientas libras al Banco Anglopatagónico, dando una explicación cualquiera, que yo me encargaré de inventar para usted. De este modo, la situación de usted será más clara, y como Mauricio de todos modos no podrá sacar ni un cuarto del Banco, a menos de cometer una falsedad, ya ve cómo por esa parte no tendrá usted que tener remordimientos.

—Es igual. Me gustaría más no depender de tu bondad —respondió José, rascándose la nariz—. Me gustaría más poder vivir de mi propio dinero, ahora que lo tengo.

Pero Miguel le sacudió el brazo.

—¿Es que no hay medio —le gritó— de hacerle comprender a usted que en este momento trabajo para librarle a usted del presidio?

Aquello estaba dicho con tanta seriedad, que el anciano hubo de sentirse espantado.

—Será preciso —dijo— que encauce mi atención del lado de la ley; será para mí un campo nuevo a explorar. Pues, aunque naturalmente, comprendo los principios generales de la legislación, hay en ella muchos detalles que hasta ahora no me había cuidado de examinar, y, por ejemplo, eso que me dices me sorprende por completo. Sin embargo, puede ser que tengas razón, y el caso es que a mi edad un largo encarcelamiento tal vez me fuese un tanto perjudicial. Pero, a pesar de todo eso, mi querido sobrino, no tengo el menor derecho a vivir de tu dinero.

—No se preocupe usted por eso —dijo Miguel—. Yo encontraré manera de recobrar mis fondos.

Después de lo cual, habiendo apuntado las señas del viejo, se despidió de él en la esquina de una calle.

«¡Vaya un viejo pícaro! —se dijo—. Y, además, ¡qué cosa tan extraña es la vida! Comienzo a creer que la Providencia me ha escogido expresamente hoy para secundarla. Vamos a ver, ¿qué he hecho desde esta mañana? He salvado a Pitman, he amortajado a un muerto, he salvado a mi tío José, he confortado a Forsyth, y he bebido innumerables copas de diversos licores. ¿Y si ahora para terminar la velada, fuese a hacer una visita a mis primos y continuase cerca de ellos mi papel providencial? Desde mañana por la mañana veré seriamente de sacar provecho de todos estos nuevos acontecimientos; pero esta noche, que sólo la caridad inspire mi conducta».

Veinte minutos después, y mientras todos los relojes daban las once, el representante de la Providencia bajó de un coche, ordenó al cochero que le aguardase y llamó a la puerta del número 16 en John Street.

La puerta fue abierta al punto por el propio Mauricio.

—¡Oh! ¿Eres tú, Miguel? —dijo, bloqueando cuidadosamente la estrecha abertura—. ¡Es muy tarde!

Sin contestar, Miguel adelantóse, agarró la mano de Mauricio y la apretó tan vigorosamente, que el pobre muchacho, hizo a pesar suyo, un movimiento

de retroceso, del que su primo se aprovechó para entrar en la antesala y pasar después al comedor, siempre llevando a Mauricio tras de sus talones.

—¿Dónde está mi tío José? —preguntó, instalándose en la mejor butaca.

—¡Estos últimos días ha estado muy enfermo! —respondió Mauricio. Se ha quedado en Browndean. Se está cuidando, y yo, como ves, estoy aquí solo.

Miguel sonrió misteriosamente.

—Es que necesito verle para un asunto urgente —dijo.

—¡No hay razón para que te deje ver a mi tío, mientras tú no me dejes ver a tu padre! —replicó Mauricio.

—¡Ta, ta, ta! —dijo Miguel—. Mi padre es mi padre; pero el viejo José es tan tío mío como tuyo, y no tienes ningún derecho para secuestrarlo.

—Yo no lo secuestro —dijo Mauricio, rabioso—. Está enfermo, está en peligro de muerte y nadie puede verle.

—Bueno, voy a decirte lo que hay —declaró Miguel—. He venido para entenderme contigo, Mauricio; el compromiso que me propusiste con relación a la tontina lo acepto.

El desgraciado Mauricio se puso pálido como un muerto, y después enrojeció hasta las sienes, en un repentino ataque de rabia contra la monstruosa injusticia del destino humano.

—¿Qué quieres decir? —exclamó—. ¡No te creo ni una palabra!

Y cuando Miguel le hubo asegurado que hablaba seriamente, exclamó, enrojeciendo nuevamente:

—En ese caso, has de saber que me niego. Eso es. Puedes echar eso en tu pipa y chupar.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Miguel ásperamente—. Dices que tu tío está enfermo, en peligro de muerte, y, sin embargo, no aceptas ya el compromiso que tú mismo me propusiste cuando estaba bueno. En todo eso hay algo de sospechoso.

—¿Qué quieres decir con eso? —aulló Mauricio.

—Quiero decir simplemente que hay algo que no está claro —explicó Miguel.

—¿Te atreverías a hacer una insinuación a mis palabras? —repuso Mauricio, que comenzaba a entrever la posibilidad de intimidar a su primo.

—¿Una insinuación? —repitió Miguel—. ¡Oh, no nos pongamos a emplear palabras gordas! No, Mauricio; más vale que intentemos ahogar nuestra querella con una botella, como dos primos galantes. «Los dos primos galantes», comedia a veces atribuida a Shakespeare —añadió.

El cerebro de Mauricio daba vueltas como un molino. «¿Sospechará realmente algo? ¿O bien no hace más que hablar al azar? ¿Qué debo hacer? ¿Dar jabón o atacar a fondo? En suma: dar jabón es mejor; esto siempre me hará ganar tiempo».

—Bueno —dijo en voz alta y con una penosa afectación de cordialidad—; hace mucho tiempo que no hemos pasado una velada reunidos, Miguel, y aunque mis costumbres, como ya sabes, sean extremadamente sobrias, quiero hacer hoy por ti una excepción. Dispénsame un momento, voy a buscar a la bodega una botella de *whisky*.

—Nada de *whisky* para mí —dijo Miguel—. Un poco del añejo champaña del tío José, o nada.

Durante un segundo vaciló Mauricio, pues ya no quedaban más que algunas botellas de aquel añejo champaña, y les tenía en gran estima; pero desde el siguiente segundo salió sin contestar palabra. Había comprendido que, despojándole de aquel modo de la crema de su bodega, Miguel se había expuesto imprudentemente y entregado en sus manos.

«¿Una botella? —se dijo—. ¡Por San Jorge, voy a darle dos! No es el momento de hacer economías, y en cuanto ese animal esté completamente borracho, sería un verdadero diablo si no logro arrancarle su secreto».

Fue, pues, con una botella bajo cada brazo como volvió a entrar en el comedor. Cogió dos copas del armario, y las llenó con una gracia hospitalaria.

—¡A tu salud, primo! —exclamó alegremente—. No ahorres el vino en mi casa.

En pie, cerca de la mesa, Miguel vació su copa, fil la llenó de nuevo y volvió a sentarse en su butaca, llevando la botella consigo. Y pronto tres copas del añejo champaña, bebidas una tras otra, produjeron un camino notable en su manera de ser.

—¿Sabes, Mauricio, que careces de vivacidad de ingenio? —observó—. Eres profundo, es posible; pero que me ahorquen si tienes el ingenio vivo.

—¿Y qué es lo que te hace creer que soy profundo? —preguntó Mauricio con aire de divertida ingenuidad.

—El hecho de que no quieras tener un compromiso conmigo —respondió Miguel, que comenzaba a expresarse con mucha dificultad—. Eres profundo, Mauricio, muy profundo, al no querer aceptar ese compromiso. Y tienes un vino que es excelente. Este vino es el único rasgo respetable de la familia Finsbury. Ya sabes que es algo más raro que un título, mucho más raro. Sólo que cuando un hombre tiene en su bodega un vino como éste, no me explico por qué no quiere aceptar un compromiso.

—Pero..., tú mismo no lo aceptabas antes —dijo Mauricio, siempre sonriendo—. A cada uno le toca su vez.

—No me explico por qué no quise. Ni tampoco me explico por qué no quieres —repuso Miguel—. Por más que me pregunto, no puedo comprender por qué cada uno de nosotros piensa que el otro no ha querido el compromiso. Oye, ¿sabes que ése es un problema muy... no... notable? —añadió no sin orgullo por haber triunfado, por fin, de todos los obstáculos orales que había encontrado en su camino.

—¿Y qué razón crees que he tenido para negarme? —preguntó diestramente Mauricio.

Miguel le miró cara a cara y después guiñó un ojo.

—¡Ah! Eres un tuno —dijo—. Dentro de un momento vas a pedirme que te ayude a salir de tu atolladero. El caso es que yo sé muy bien que soy el emisario de la Providencia; pero, de todos modos, no de esa manera. Tendrás que arreglártelas tú solo; eso te avispará. ¡Qué terrible atolladero debe ser para un joven huérfano de cuarenta años: la casa de cueros, el Banco y todo lo demás!

—Confieso que no entiendo nada de lo que me dices —declaró Mauricio.

—Tampoco yo mismo estoy muy seguro de entender una palabra —dijo Miguel—. He aquí un vino excelente, amigo, excelente vino. Pero volvamos a nuestro asunto, ¿eh? Luego he aquí un tío de precio que ha desaparecido. Bueno, pues todo lo que deseo saber es esto: ¿Dónde está ese tío de precio?

—Ya te lo he dicho: está en Browndean —respondió Mauricio, enjugándose a hurtadillas la frente, pues aquellos repetidos ataques comenzaban realmente a fatigarle.

—Eso es muy fácil de decir: Brown... Brown...

—¡Eh! Después de todo, no es tan fácil de decir —exclamó Miguel irritado—. Quiero decir que pretendes trastornarme respondiéndome cualquier cosa. Pero lo que no me agrada en eso es esa desaparición completa de un tío. Francamente, Mauricio, ¿es eso comercial?

Y meneaba la cabeza tristemente.

—Nada hay más sencillo, ni más claro —respondió Mauricio con una tranquilidad caramamente pagada—. En todo eso no hay ni la sombra de un misterio. Mi tío está descansando en Browndean, para reponerse de la sacudida que sufrió en el accidente.

—¡Ah! Sí —dijo Miguel—, una gran sacudida.

—¿Por qué dices eso? —exclamó vivamente Mauricio.

—¡Oh! Lo digo apoyándome en la mejor autoridad posible. Eres tú mismo quien me lo acaba de decir —replicó Miguel—. Pero si ahora me dices lo contrario, naturalmente que tendré que escoger entre las dos versiones. El caso es que... que he derramado vino sobre la alfombra; dicen que eso da suerte a las alfombras. El caso es que nuestro querido tío... Muerto, ¿eh? ¿Enterrado?

Mauricio se alzó sobre sus pies.

—¿Qué es lo que dices? —gritó.

—Digo que he derramado vino sobre la alfombra —respondió Miguel, levantándose también—. Pero es igual, no lo he derramado todo. Muchos saludos al querido tío, ¿eh?

—¿Quieres marcharte? —preguntó Mauricio.

—No tengo más remedio, querido. Tengo que ir a ver a un amigo enfermo —respondió Miguel, agarrándose a la mesa para no caer.

—No te marcharás de aquí sin antes haberme explicado tus alusiones —declaró Mauricio con tono terrible—. ¿Qué has querido decir? ¿Por qué has venido aquí?

Pero el abogado había ya llegado hasta la puerta del vestíbulo.

—He venido sin ninguna mala intención, te lo aseguro —dijo, poniendo la mano sobre su corazón—. Te juro que no he tenido más intención que la de desempeñar mi papel de agente de la Providencia.

Después llegó hasta la puerta de la calle, la abrió, no sin gran trabajo, y bajó hacia el coche que le aguardaba. El cochero, bruscamente despertado de su sueño, le preguntó dónde tenía que llevarle.

Miguel advirtió que Mauricio le había seguido hasta el umbral de la casa, y tuvo una brillante inspiración.

«Ese muchacho tiene seriamente necesidad de que le animen», pensó.

—Cochero, lléveme a Scotland-Yard, a la Dirección de Policía —dijo en voz muy alta, agarrándose a la rueda—. Porque, cochero, parece ser que hay algo turbio en ese tío y su accidente. Todo esto merece ser puesto en claro. Lléveme a Scotland-Yard.

—Usted no puede pedirme eso para nada bueno —dijo él cochero con la cordial simpatía que tienen siempre sus semejantes con un hombre de mundo en estado de embriaguez—. Oiga, caballero, haría usted mejor en hacerse llevar a su casa. Mañana por la mañana podrá usted de todos modos ir a Scotland-Yard.

—¿Cree usted? —preguntó Miguel—. Bueno, en ese caso, lléveme antes al bar de la Alegría.

—El bar de la Alegría está cerrado, señor.

—Bueno; entonces, a mi casa —dijo Miguel, resignado.

—Pero, ¿dónde es, señor?

—¡Caray! Realmente, amigo mío, no lo sé —dijo Miguel, sentándose en el coche—. Lléveme a Scotland-Yard, y allí lo preguntaremos.

—Pero... debe usted llevar, seguramente, alguna tarjeta —dijo el hombre a través del ventanillo del techo—. ¡Deme usted su tarjetero!

—¡Qué inteligencia tan prodigiosa para un cochero de simón! —exclamó Miguel, entregando su tarjetero al auriga.

Este leyó en voz alta, a la luz del gas:

—Miguel Finsbury, 233, King's Road. Chelsea. ¿Es eso, señor?

—¡Perfectamente! —exclamó Miguel—. Lléveme allí, si es que acierta usted con todas esas casas que se empeñan en poner lo de arriba abajo, y lo de abajo arriba.

X. GEDEÓN FORSYTH Y EL GRAN ERARD

Estoy completamente seguro de que ninguno de ustedes habrá leído «El misterio del ómnibus», por E. H. B., novela que figuró durante algunos días en los escaparates de las librerías, desapareciendo después por completo de la superficie de la tierra. Lo que es de los libros una semana o dos después de su publicación, dónde van y a qué uso se los destina, son otros tantos problemas que a menudo me han atormentado durante algunas noches de insomnio.

Lo cierto es que no sé de nadie que haya leído «El misterio del ómnibus», por E. H. B.; no obstante, he podido comprobar por mí mismo que no existen actualmente más que tres ejemplares de dicha obra. Uno de ellos se encuentra en la biblioteca del Museo Británico, más, por otra parte, convertido en inabordable a consecuencia de un error de inscripción en el catálogo; otro se encuentra en los sótanos de desahogo de la Biblioteca del Colegio de abogados de Edimburgo, y, por último, el tercero, encuadernado en tafelete, pertenece a nuestro amigo Gedeón Forsyth.

Para explicarse la situación actual de este ejemplar, seguramente van a suponer que Gedeón fue un gran admirador de la novela de E. H. B.; puedo decirles que no se engañan en esa suposición. Aún hoy continúa Gedeón admirando «El misterio del ómnibus»; lo admira y hasta lo quiere con un cariño completamente paternal, pues su autor es él mismo. Lo firmó con las iniciales de su tío Eduardo Hugo Bloomfield; pero él solo fue quien lo escribió por entero.

Al principio hubo de preguntarse, antes de darlo a luz, si no confiaría, por lo menos a algunos amigos, el secreto de su paternidad; pero después de la publicación, y ante el fracaso monumental con que hubo de ser acogido, la modestia del joven novelista se hizo más empeñada, y a no ser por la revelación que hoy les hago, el nombre del autor de obra tan notable se habría expuesto a quedar ignorado para siempre.

Sin embargo, el día ya lejano en que Miguel Finsbury se tomó su famoso asueto, el libro de Gedeón acababa de aparecer, y uno de sus ejemplares se encontraba expuesto en el puesto de periódicos de la estación de Waterloo; de

tal suerte, que Gedeón pudo verlo antes de montar en el tren que iba a conducirlo a Hampton-Court. Pero... ¿podría creerse? La vista de su obra no provocó en él más que una desdeñosa sonrisa. «¡Qué ridícula ambición de perezoso —pensó— la de un productor de libros!». Y se sintió avergonzado por haber descendido a la práctica de un arte tan infantil.

Enteramente entregado a la idea de su primera causa, sentía que, por fin, se había convertido en un hombre. Y la musa que gobierna la novela de folletín (dama que indudablemente debe de ser de origen francés) voló lejos de él, para ir a mezclarse de nuevo en la danza de sus hermanas, en torno a las inmortales fuentes del Helicón.

Durante toda la media hora del viaje, sanas y fuertes reflexiones alegraron el espíritu del joven abogado. A cada instante escogía, a través de la ventanilla del vagón, la casita de campo que pronto habría de convertirse en asilo de su vida. Y ya, como perfecto propietario, proyectaba mejoras en las casas que veía; a una le agregaría una cuadra; a otra, un campo de tenis; imaginábase el encantador aspecto que tendría una tercera, cuando frente a ella, a orillas del río, hiciese construir un pabellón de madera.

«¡Cuando pienso —se decía— en que hace una hora apenas era yo un majadero que no se ocupaba más que de remar y de las novelas de folletín! ¡Pasaba junto a las más encantadoras casitas de campo sin ni siquiera honrarlas con una mirada! ¡Qué poco tiempo hace falta para madurar a un hombre!».

El inteligente lector reconocerá en seguida, y por este sencillo monólogo, los destrozos causados en el corazón de Gedeón por los lindos ojos de *miss* Hazeltine.

El abogado, al salir de John Street, había llevado a la muchacha a casa de su tío él señor Bloomfield, y este personaje, habiendo sabido por su sobrino que aquélla era víctima de una doble opresión, la había acogido bajo su protección ruidosamente.

—¡Me pregunto cuál de los dos es peor —había exclamado—: si ese tío viejo y sin escrúpulos o ese sobrino joven, grosero y pillo! De todos modos, voy en seguida a escribir al Pall Mall para denunciarles. ¿Qué es eso? ¿Dice usted que no? Perdón, caballero; es preciso denunciarles... es un deber público... ¿Cómo? ¿Dice usted que el tío es un conferencista radical? En ese caso, sí, tiene usted razón; la cosa debe ser llevada con algo más de reserva. Estoy seguro de que ese pobre tío habrá sido escandalosamente engañado.

De todo esto resultó que el señor Bloomfield no puso en ejecución su proyecto de carta a la Pall Mall Gazette. Únicamente declaró que *miss*

Hazeltine tenía que ser puesta a cubierto de las probables pesquisas de sus perseguidores; y como se encontraba en posesión de un yate, pensó que no habría otro retiro más seguro que aquél para la infortunada muchacha.

La misma mañana del día en que Gedeón se trasladaba a Hampton-Court, Julia, en compañía del matrimonio Bloomfield, había abandonado Londres a bordo del yate familiar. Gedeón, como es natural, hubiera deseado ser de la partida; pero su tío no había creído oportuno concederle aquel favor. «¡No, Ged! —le había dicho—. ¡Seguramente van a vigilarte; es preciso que no te vean con nosotros!». Y el joven no se había atrevido a impugnar aquella extraña ilusión, pues temía que su tío desistiese de su hermoso celo por la protección de Julia si descubría que el asunto no era tan novelesco como se había figurado.

Por lo demás, la discreción de Gedeón había tenido su recompensa, pues el anciano Bloomfield, poniéndole sobre el hombro su pesada mano, había agregado estas palabras, cuya significación en seguida había sido comprendida: «¡Comprendo muy bien lo que tienes dentro de la cabeza, Gedeón! Pero, si quieres conseguir a esta muchacha, será preciso que trabajes, buen mozo; ¿lo entiendes?».

Aquellas agradables palabras habían contribuido ya a alegrar al abogado cuando, habiéndose despedido de los viajeros, había regresado a su casa para leer novelas; y entonces, mientras el tren lo llevaba a Hampton-Court, aquellas palabras seguían siendo aún las que formaban la base fundamental de sus viriles meditaciones. Cuando descendió del tren y comenzó a recogerse para la delicada misión de que se había encargado, aún seguía teniendo en los ojos el delicado rostro de Julia, y en los oídos las palabras de despedida de su tío Eduardo.

Pero pronto comenzaron a llover sobre él grandes sorpresas. Primero supo que en todo Hampton-Court no había ninguna villa Kumaul, ningún conde Tamow, ni siquiera ningún conde. Esto era muy extraño; pero, en suma, no lo juzgó completamente inexplicable. El señor Dickson había almorzado tan bien que podía haberse equivocado al darle la dirección. «¿Qué haría, en parecidas circunstancias, un hombre práctico, listo y que tuviese práctica de los negocios?», se preguntó Gedeón. Y se contestó en seguida: «¡Enviar a Londres un telegrama breve y claro!».

Diez minutos después, nuestros hilos telegráficos nacionales transmitían a Londres la importante comunicación siguiente: «Dickson, hotel Langham, Londres. Villa y personas desconocidas aquí; supongo error dirección; llegaré tren siguiente. — Forsyth». Y, en efecto, él mismo Gedeón no tardó en bajar

de un coche ante la escalinata del hotel Langham, llevando sobre su frente las señales combinadas de una extrema prisa y de un gran esfuerzo intelectual.

No creo que Gedeón se olvide jamás del hotel Langham. Supo allí que, lo mismo que el conde Tamow, John Dickson y Ezra Thomas no existían. ¿Cómo? ¿Por qué? Aquellas dos preguntas estaban dentro del agitado cerebro del joven, y antes de que el torbellino de sus ideas se hubiese calmado, viose depositado por otro coche ante la puerta de su casa. ¡Allí, al menos, se le ofrecía un retiro acogedor y tranquilo! Allí, al menos, podría reflexionar a su gusto. Cruzó el pasillo, metió su llave en la cerradura y abrió la puerta, tranquilizado ya.

La habitación estaba completamente a oscuras, pues era ya de noche. Pero Gedeón conocía su cuarto, sabía dónde se encontraban las cerillas, en el rincón de la derecha, sobre la chimenea. Avanzó resueltamente y, al hacerlo, tropezó con un cuerpo pesado, en un sitio donde ningún cuerpo de ese género hubiera debido existir. Cuando Gedeón había salido, en aquel sitio no había nada. Tras él había cerrado la puerta con llave; la había encontrado cerrada con llave cuando había vuelto; nadie podía haber entrado, y tampoco era posible que, por sí mismos, los muebles hubieran podido cambiar su colocación. Y, no obstante, sin sombra de duda, allí había algo... Gedeón extendió sus manos en las tinieblas. ¡Sí; allí había algo, algo grande, algo pulido, algo frío! «El cielo me perdone si me equivoco —pensó Gedeón—; ¡se diría que es un piano!».

Acordóse de que tenía cerillas en el bolsillo de su chaleco y encendió una.

Efectivamente, un piano fue lo que se ofreció a su estupefacta mirada; un vasto y solemne instrumento, todavía húmedo por haberse visto expuesto a la lluvia. Gedeón dejó arder la cerilla hasta el extremo, y después volvieron nuevamente las tinieblas a cernerse en tomo de su espanto. Entonces, con mano temblorosa, encendió la lámpara y se acercó. De cerca o de lejos, no era permitido dudar: el objeto era realmente un piano. ¡Un piano era lo que había allí, descaradamente, en un sitio donde su presencia era un mentís contra todas las leyes naturales!

Gedeón levantó la tapa del teclado y golpeó un acorde. Ningún ruido turbó el silencio de la habitación. «¿Estaré yo enfermo?», se dijo el joven, mientras su corazón dejaba de latir.

Se sentó ante el piano, obstinóse rabiosamente en su tentativa para romper el silencio, ora por medio de brillantes arpeggios, ora por medio de una sonata de Beethoven, que en otro tiempo (en días más felices) había conocido como una de las obras más sonoras de aquel poderoso compositor. ¡Y siempre ni un

sonido! Dio sobre las teclas dos grandes golpes con sus puños cerrados. La habitación permaneció silenciosa como una tumba.

El joven abogado se levantó sobresaltado.

—¡Me he vuelto completamente sordo! —exclamó en voz alta—, ¡y nadie lo sabe más que yo! ¡La peor de las maldiciones de Dios ha caído sobre mí!

Sus dedos tropezaron con la cadena de su reloj. En seguida tiró de ella y se llevó el reloj a la oreja: oía perfectamente su tictac.

—¡No soy sordo! —dijo—. ¡Peor todavía: estoy loco! ¡Mi razón me ha abandonado para siempre!

Paseó en tomo suyo por el cuarto una mirada inquieta y descubrió la butaca en donde el señor Dickson se había instalado. Una colilla de puro se encontraba aún al pie de la butaca.

—No —pensó—; eso no puede haber sido un sueño. Evidentemente, es mi cabeza la que ha cambiado. Así es como, por ejemplo, me parece que tengo hambre; e, indudablemente, debe tratarse de una alucinación. Pero, de todos modos, voy a hacer la experiencia. Voy a ofrecerme una buena cena. Voy a ir a cenar al café Real, de donde es muy probable que tenga que ser llevado directamente a un manicomio.

Durante todo lo largo de su camino por la calle, con una enfermiza curiosidad, se preguntaba de qué modo iría a denunciarse su terrible dolencia. ¿Iba a matar a un camarero? ¿Pretendería comerse un vaso? Y de este modo fue como se dirigió corriendo hacia el café Real, con el angustioso temor de descubrir que la existencia de aquel establecimiento era también una alucinación.

Pero la luz, el movimiento, el ruido alegre del café lograron pronto reconfortarle. Aparte de eso, experimentó la satisfacción de reconocer al mozo que ordinariamente le servía. La cena que pidió no le hizo el efecto de ser demasiado coherente, y experimentó, comiéndola, una satisfacción en la que no pudo descubrir nada anormal. «Me parece —se dijo— que renace en mí la esperanza. Tal vez me he enloquecido demasiado pronto. ¿Qué habría hecho en semejante circunstancia Roberto Skill?». Aquel Roberto Skill era —¿tendré necesidad de decíroslo?— el protagonista de «El misterio del ómnibus». Gedeón había encamado en él su ideal de inteligencia sutil y de firme decisión. Así es que no podía dudar de que Roberto Skill, en una circunstancia parecida a aquella en que él mismo se encontraba, hubiera, seguramente, obrado de la manera más prudente y mejor posible. «Cualquiera que hubiere sido su decisión —díjose aún el joven novelista—, Roberto Skill la hubiera ejecutado acto seguido». Pero, desgraciadamente, él mismo no veía

ante sí y por el momento más que una sola cosa que hacer, que era volver a su cuarto una vez terminada su cena. Y eso es lo que hizo acto seguido, a imitación de su noble héroe.

Mas cuando hubo vuelto a su habitación, descubrió que, decididamente, ninguna inspiración venía en su ayuda. Y quedó en pie en el umbral, mirando con estupor el misterioso instrumento.

Tocar otra vez el teclado era algo superior a sus fuerzas; lo mismo si el piano hubiese guardado su incomprensible silencio que si le hubiese respondido con todos los estrépitos de las trompetas del Juicio Final, comprendía que su espanto no hubiera podido ser mayor.

«¡Esto debe ser una broma que me han gastado —pensó—, aunque me parece que es bien pesada y muy costosa! Pero, si no es una broma, ¿qué es lo que puede ser? ¡Procediendo por eliminación, como procedió Roberto Skill para descubrir al autor del asesinato de lord Bellaw, me veo forzado a resolver que esto no puede ser más que una broma!».

Mientras razonaba de este modo cayeron sus miradas sobre un objeto que le pareció una nueva confirmación de su hipótesis, a saber: la pagoda de cigarros que Miguel había construido sobre el piano. «¿Qué es esto?», se preguntó Gedeón. Y, aproximándose, derrumbó la pagoda de un puñetazo. «¿Una llave?», se dijo en seguida. «¡Qué extraña manera de colocarla ahí!».

Dio vuelta al instrumento y descubrió, en un lado, la cerradura de la tapa. «¡Ah! ¡Ah! ¡He aquí a lo que corresponde esta llave!», prosiguió. «Evidentemente, esos dos bromistas han querido que yo mire el interior del piano. ¡Extraño, en verdad, cada vez más extraño!». Tras de lo cual dio vueltas a la llave en la cerradura y alzó la tapa.

En medio de qué angustias, de qué ataques de resolución fugitiva, de qué abismos de desesperación pasó Gedeón la noche que vino detrás, prefiero que mis lectores no lo sepan jamás.

La cancioncilla de los gorriones de Londres, al día siguiente por la mañana, encontróle agotado, molido, deshecho y con un cerebro siempre vacío del menor proyecto. Levantóse y, tristemente, miró las ventanas cerradas, una calle desierta, la lucha del gris del alba con el amarillo de los mecheros de gas de las farolas. Hay amaneceres en que toda la ciudad parece despertar con jaqueca; aquél era uno de esos amaneceres, y la jaqueca atenazaba igualmente la nuca y las sienes del pobre Gedeón.

«¡Y de día —pensó— y aún no se me ha ocurrido nada! ¡Es preciso que esto termine!».

Cerró el piano, se metió la llave en su bolsillo y salió para ir a tomar su café con leche. Por centésima vez su cerebro giraba como una rueda de molino, triturando una mezcla de terrores, ascos y penas.

Llamar a la policía, entregarle el cadáver, cubrir las paredes de Londres con carteles describiendo a John Dickson y a Ezra Thomas, llenar los periódicos con notas tituladas «El misterio del Templo», «El piano macabro», «El señor Forsyth, autorizado para prestar fianza»; ésa era una línea de conducta posible, fácil y aún, en fin de cuentas, bastante segura; pero, reflexionando bien sobre ella, no dejaba de tener sus inconvenientes.

Obrar de ese modo..., ¿no sería revelar al mundo toda una serie de detalles sobre el propio Gedeón, que no tenían qué ganar con ser revelados? Porque, en fin, un niño hubiera desconfiado de la historia de los dos aventureros, y él, Gedeón, se la había tragado al punto. El más miserable abogadillo se hubiese negado a escuchar a dientes que se presentaban a él en condiciones tan poco normales; y él los había escuchado amablemente.

¡Y si, por lo menos, se hubiese limitado a escucharlos! Pero se había puesto en camino por el encargo que le habían encomendado; él, un abogado, había emprendido un encargo bueno, todo lo más, para un detective privado. Y, para colmo, ¡ay!, había consentido en tomar el dinero que sus visitantes le ofrecieron. «No, no —se dijo—. La cosa está demasiado clara: voy a verme deshonrado. ¡He destrozado mi carrera por un billete de cinco libras!».

Después de tres tragos de aquella caliente, viscosa y fangosa tisana que en las tabernas de Londres pasa por una decocción del grano del cafeto, comprendió Gedeón que allí, había, por lo menos, un extremo sobre el cual no era posible para él vacilación alguna. ¡La cosa tenía que arreglarse sin el concurso de la policía! Pero, además, tenía que verse arreglada de cualquier modo y sin más tardar.

Gedeón preguntóse de nuevo lo que Roberto Skill habría hecho: ¿qué puede hacer un hombre de honor para desembarazarse de un cadáver honradamente adquirido? ¿Ir a depositarlo en la esquina de una calle próxima? Sería alzar en el corazón de los transeúntes una curiosidad desastrosa. ¿Arrojarle por una de las chimeneas de la ciudad? Toda clase de obstáculos materiales hacían imposible semejante empresa, casi impracticable. Arrojar el cuerpo por la portezuela de un vagón, o bien desde lo alto de la imperial de un ómnibus, ¡ay!, no era posible pensar en ello. Llevar el cuerpo sobre un yate y anegarlo después, sí, eso se concebía ya

mejor; pero, ¡qué de gastos para un hombre de limitados recursos! El alquiler del yate, el sostenimiento de la tripulación, todo eso hubiera sido ruinoso hasta para una capitalista. De pronto, Gedeón se acordó de los pabellones, en forma de barcos, que había visto la víspera sobre el Támesis. Y aquel recuerdo fue para él un rayo de luz.

Un compositor de música —llamado, por ejemplo, Jimson— podía muy bien, como en otro tiempo el músico inmortalizado por Hogarth, verse molestado en su inspiración por el estrépito de Londres. Podía muy bien verse asediado por el tiempo para terminar una ópera; por ejemplo, una ópera cómica titulada «Orange Pekoe», una ligera fantasía del género de «Mikado». «Orange Pekoe», música de Jimson —«el joven maestro de los maestros mejor dotados de nuestra nueva escuela inglesa—, el encantador quinteto de los mandarines, una vigorosa entrada de las baterías, etc.»; de un solo golpe, el personaje completo de Jimson, con su música, se puso en pie dentro de la imaginación de Gedeón.

¿Qué cosa más natural, más aceptable que la llegada repentina de Jimson a un tranquilo pueblecillo de las orillas del río, en compañía de un gran piano de cola y de la partitura inacabable de «Orange Pekoe»? La desaparición del susodicho maestro algunos días más tarde, no dejando tras sí más que un piano sin cuerdas, esto, seguramente, parecería menos natural.

Pero ni aun aquello sería completamente inexplicable. Podrían muy bien, en suma, suponer que Jimson, enloquecido a consecuencia de las dificultades de un coro en doble fuga, había comenzado por destruir su piano y, por último, se había arrojado él mismo al río. ¿No era eso, en verdad, una catástrofe completamente digna de un músico joven, de la nueva escuela?

—¡Caray, será menester que la cosa pase de ese modo! —exclamó Gedeón—. ¡Jimson va a sacarnos de apuros!

XI. EL MAESTRO JIMSON

Habiendo participado el señor Eduardo Hugo Bloomfield el propósito de dirigir el yate hacia Mainhenhead, no sorprenderá que el maestro Jimson hubiera escogido una dirección contraria. En la vecindad del pintoresco pueblecillo ribereño de Padwick recordaba haber visto hada poco un viejo pabellón sobre pilotes, poéticamente resguardado por un ramillete de sauces. Este pabellón siempre le sedujo por cierto aire de abandono y soledad, cuando en sus partidas de remo pasó junto a él, y hasta tuvo el propósito de colocar allí una de las escenas de «El misterio del ómnibus»; pero, a última hora, tuvo que desistir de ello en atención a las dificultades imprevistas que suponía él hacer una descripción apropiada al encanto de aquel lugar.

Había renunciado y ahora se felicitaba de ello pensando que iba a tener que servirse del pabellón para un uso infinitamente más serio.

Jimson, personaje de aspecto vulgar, pero de ademanes particularmente insinuantes, no tuvo que trabajar mucho para conseguir que el propietario del pabellón se lo alquilase por un mes. El precio del alquiler, por otra parte insignificante, quedó convenido al punto, la llave fue entregada a cambio de un pequeño anticipo de dinero, y Jimson se apresuró a volver a Londres para ocuparse del traslado del piano.

—Estaré de regreso mañana por la mañana sin falta —le declaró al propietario—; ya ve usted, esperan mi ópera con tanta impaciencia que no me queda ni un minuto que perder para terminarla.

Y en efecto, al día siguiente, hacia la una de la tarde, hubierais podido ver a Jimson marchando por la carretera que sigue en dirección del río, entre Padwick y Hawerham. En una de sus manos llevaba un cesto que contenía provisiones; en la otra, una pequeña maleta, en la que, indudablemente, se encontraba la partitura sin acabar. Nos hallábamos en los comienzos de octubre; el cielo, de un gris de piedra, estaba sembrado de alondras; brillaba débilmente el Támesis como un espejo de plomo, y crujían las amarillas hojas de los castaños bajo los pies del compositor. No hay otra temporada en Inglaterra que estimule más las fuerzas vitales, y Jimson, aun no careciendo

de penas, tarareaba un aire —¿de su composición, tal vez?—, mientras seguía su camino.

Dos o tres millas más allá de Padwick, la margen del Támesis se encuentra muy solitaria. Sobre la orilla opuesta, los árboles de un parque cortan el horizonte, no dejando entrever más que lo alto de las chimeneas de una vieja casa de campo. Sobre la orilla de Padwick y entre los sauces, se adelanta el pabellón, un barco viejo, y además de esto, tan manchado por las lágrimas de los vecinos sauces, tan deteriorado, tan batido por los vientos, tan descuidado, tan frecuentado por las ratas, tan manifiestamente convertido en un almacén de reumatismos que, por mi parte, habría sentido una gran repugnancia en instalarme allí.

También para Jimson fue un momento bastante lúgubre aquél en que levantó la tabla que servía de puente levadizo a su nueva morada y se encontró solo en aquella malsana fortaleza. Oía a las ratas correr y saltar bajo el piso, los goznes de la puerta gemían como almas en pena; el saloncito estaba lleno de polvo y había en él un horrible olor a humedad. No, no podía considerarse aquél como un domicilio muy alegre, ni siquiera para un compositor absorto en una obra querida; pero, ¡cuán menos alegre aún para un hombre joven, atormentado de alarmas y ocupado en esperar la llegada de un cadáver!

Se sentó, limpió lo mejor que pudo la mitad de la mesa y atacó el almuerzo de fiambres que su cesto contenía.

En previsión de una investigación posible sobre el paradero de Jimson, había jugado indispensable no dejarse ver, de tal suerte que estaba resuelto a pasarse todo el día sin salir del pabellón. Y, siempre con el fin de corroborar su fábula, había traído en su maleta, no sólo tinta y plumas, sino un grueso cuaderno de música, de la forma más imponente que había podido encontrar.

«¡Y ahora, al trabajo!», se dijo, en cuanto hubo satisfecho su apetito. «Es preciso que deje rastro de la actividad de mi personalidad». Y escribió en hermosas letras redondillas:

ORANGE PEKOE

Op. 17

J. B. JIMSON

Partitura de canto y piano

«Supongo que los grandes compositores no comienzan sus trabajos de esta manera», pensó Gedeón, «pero Jimson es un ente original, y, aparte de eso, me seda muy difícil comenzar de otro modo. Ahora una dedicatoria será

algo que producirá un excelente efecto. Por ejemplo ¡Dedicada a...! ¡Vamos a ver!... ¡Dedicada a William Ewart Gladstone, por su respetuoso servidor, J. B. J.! ¡Vamos, de todas maneras hay que agregar un poco de música! Lo mejor que puedo hacer es evitar la obertura; temo que esta parte no ofrezca demasiadas dificultades. ¿Y si ensayase un aire para el tenor? Vamos a la clave —¡oh, seamos ultramodernos!—, siete bemoles».

Hizo según decía, no sin trabajo; luego se detuvo y comenzó a mordisquear el extremo de su portaplumas. La vista de una hoja de papel pautado no siempre basta para provocar la inspiración, sobre todo en un sencillo aficionado, y la presencia de siete bemoles en la clave no es algo tampoco que anime a la improvisación. Gedeón arrojó bajo la mesa la hoja empezada.

«Estos bosquejos tirados debajo de la mesa servirán para reconstruir la personalidad artística de Jimson», se dijo para consolarse. Y de nuevo solicitó los favores de la musa en diversos tonos y sobre diversas hojas de papel; pero todo aquello lograba tan pocos resultados que se sintió asustado por ello. «Es raro, pero hay días en que uno no está en vena —se dijo—; y, sin embargo, es absolutamente preciso que Jimson deje algo». Y volvió a obstinarse en su faena.

Pronto la frescura penetrante del pabellón comenzó a invadirle por entero. Se levantó, y con evidente contrariedad para las ratas, comenzó a moverse de un lado para otro a lo largo del cuarto. ¡Ay!, no conseguía entrar en calor. «Es absurdo —se dijo—. Todos los peligros me son indiferentes, pero no quiero coger un catarro. Es preciso que salga de esta caverna».

Acercóse al balcón y, por primera vez, miró hada la parte del río. Y en seguida se estremeció de sorpresa. A algunos cientos de pasos, no más lejos, reposaba un yate a la sombra de los sauces. Una elegante canoa se balanceaba junto al yate; las ventanas de éste estaban ocultas por cortinillas de una blancura de nieve, y en la popa flotaba una bandera. Cuanto más Gedeón miraba el yate, más su despecho se mezclaba de estupefacción. Aquel yate se parecía extremadamente al de su tío; hasta hubiera jurado Gedeón que era el de su tío sin los detalles que hacían la identificación imposible. El primer detalle era que su tío se había dirigido hacia Maidenhead, y por lo tanto, no podía encontrarse en Padwick; el segundo, todavía más inconcluso, era que la bandera colgada en la popa era la bandera americana.

«De todos modos, ¡qué extraña semejanza!» —pensó Gedeón.

Y mientras miraba y reflexionaba de este modo, se abrió una puerta y avanzó sobre el puente una mujer joven. En un abrir y cerrar de ojos, el

abogado se había metido en su pabellón; acababa de reconocer a Julia Hazeltine. Y observándola por la ventana, vio descender a la canoa, tomar los remos y dirigirse resueltamente hacia el lugar en que él se encontraba.

«¡Ahora sí que estoy perdido!» —se dijo. Y se dejó caer sobre su silla.

—Buenos días, señorita —dijo desde la orilla una voz que Gedeón reconoció como la de su casero.

—Buenos días, caballero —respondió Julia—. Pero no le reconozco; ¿quién es usted? ¡Oh!, sí, ya me acuerdo. Usted es el que me permitió ayer venir a pintar una acuarela en ese viejo pabellón.

El corazón de Gedeón dio un respingo de espanto.

—Sí, yo soy —respondió el hombre—. Y lo que quería ahora decirle es que ya no puedo permitirselo. ¡Mi pabellón está alquilado!

—¿Alquilado? —exclamó Julia.

—¡Alquilado por un mes! —repuso el hombre—. Le parece raro, ¿eh? También yo me pregunto qué es lo que querrá hacer ahí ese caballero.

—¡Qué idea tan romántica! ¿Es un señor? ¿Cómo es?

Este diálogo entre la canoa y la orilla se desarrollaba junto al pabellón; ni una palabra de aquél se había perdido para el joven maestro.

—Es un músico —respondió el propietario—, o, por lo menos, eso es lo que me ha dicho. Ha venido aquí para escribir una ópera.

—¿De veras? —exclamó Julia—. Nunca he soñado con nada tan delicioso. Entonces podremos deslizarnos hasta aquí durante la noche y oírle improvisar. ¿Cómo se llama?

—Jimson —dijo el hombre.

—¿Jimson? —repitió Julia, interrogando vanamente a su memoria.

Pero, en verdad, nuestra joven escuda de música inglesa cuenta con tantos genios de los que no nos enteramos de sus nombres hasta que la reina los nombra barones.

—¿Está usted bien seguro de que es ése el nombre? —repuso Julia.

—Él mismo me lo ha deletreado —respondió el propietario—. Y su ópera se titula..., espere usted... Una clase de té.

—¿Una clase de té? —exclamó la muchacha—. ¡Qué título más raro para una ópera! ¡Dios mío, cómo quisiera conocer a ese sujeto! —Y Gedeón oía flotar en el aire su encantadora risita—. Es en absoluto preciso que trabemos amistad con ese señor Jimson. Estoy segura de que debe ser muy interesante.

—Perdón, señorita; pero es preciso que me vaya de aquí. Me esperan en Hawerham.

—¡Oh, no le detengo a usted, buen hombre! —dijo Julia—. Buenas tardes.

Gedeón estaba sentado en un cuartito, presa de las ideas más atormentadas. Se veía andado en aquel podrido pabellón, aguardando la llegada de un intempestivo cadáver, y he aquí que, en tomo de él, se agitaban las curiosidades; he aquí que las señoritas se proponían venir a espiarle durante la noche, a manera de diversión. Aquello significaba para él tanto como las galeras; pero todavía no era eso lo que más le apenaba. Lo que sobre todo le apenaba era la imperdonable ligereza de Julia. Esta muchacha hallábase dispuesta a entablar amistad con el primer recién llegado; no tenía la menor reserva, el menor adorno de una persona como es debido. Hablaba familiarmente con el animal de su casero; se tomaba un interés inmediato y francamente declarado por una criatura tan miserable como Jimson. Sin duda había formado ya el proyecto de invitar a Jimson para que fuese a tomar el té con ella. Y por una muchacha como aquélla, un hombre como él. Gedeón... «¡Avergüénzate, corazón viril!».

Viose interrumpido en sus divagaciones por un miedo que al punto decidió a ocultarse detrás de la puerta. *Miss Hazeltine*, sin preocuparse por las palabras del propietario, acababa de saltar dentro de su pabellón. Su acuarela en proyecto la enardecía; y como a juzgar por el silencio del pabellón suponía que Jimson no había aún llegado, resolvió aprovechar la ocasión para acabar la obra de arte comenzada la víspera. Y se sentó sobre el balcón, instaló su álbum y su caja de colores, y pronto la oyó Gedeón cantar mientras trabajaba. Únicamente de cuando en cuando interrumpía su trabajo. Era cuando Julia no podía hallar en su memoria alguna de esas amables recetitas que sirven en la práctica del juego de la acuarela, o, por lo menos, que servían en nuestros buenos tiempos remotos; pues me han dicho que las muchachas de ahora se han emancipado de aquellas fórmulas a las que diez generaciones de sus madres y abuelas se habían fielmente sometido; pero Julia, que probablemente había estudiado bajo la dirección de Pitman, seguía perteneciendo a la vieja escuela.

Gedeón, durante todo aquel tiempo, seguía detrás de la puerta sin atreverse a moverse, sin atreverse a respirar, sin atreverse a pensar ni en lo que iba a ocurrir. Cada minuto de su encarcelación le valía un acrecentamiento de preocupaciones, de angustias. A lo menos pensaba con gratitud que aquella fase especial de su vida no podía durar eternamente; y pensaba que, fuese lo que fuese lo que hubiera de sobrevenirle después (¡aunque fuese el presidio!, agregaba con amargura, y por otra parte, sin reflexión), no podría dejar de sentirse aliviado. Acordóse de que en el colegio largas sumas mentales le habían servido muchas veces de refugio contra la

preocupación de la correa o del calabozo, y también aquella vez probó de distraerse sumando indefinidamente la cifra dos a todas las cifras formadas por las sumas anteriores.

De este modo entreteníanse aquellos dos jóvenes: Gedeón entregado resueltamente a sus sumas, Julia depositando vigorosamente sobre su álbum los colores, que lloraban al verse reunidos, cuando la Providencia envió a sus aguas un barco de vapor que resoplando remontaba el curso del Támesis. En todo lo largo de las orillas el agua se hinchaba y volvía a caer, las cañas hacían un ruido confuso y el mismo pabellón, aquel barco viejo, durante tanto tiempo acostumbrado al reposo, recobró de súbito su humor viajero de antaño y se puso a ejecutar un pequeño tango. Después que el barco paró y las olas se calmaron, Gedeón, de repente, oyó un grito lanzado por Julia. Mirando por la ventana, vio a la muchacha de pie en el balcón, ocupada en seguir con los ojos su canoa que, arrastrada por la corriente, se volvía hacia el yate. Y debo decir que el abogado, en aquella ocasión, desplegó una prontitud de espíritu digna de su héroe, Roberto Skill. Con un solo esfuerzo de su pensamiento, previó lo que iba a seguir, con un solo movimiento de su cuerpo se tiró al suelo y se ocultó debajo de la mesa.

Julia, por su parte, no se daba por completo cuenta de la gravedad de su situación. Veía que había perdido la canoa, y no sin preocupación pensaba en su próxima entrevista con el señor Bloomfield; pero no dudaba pudiese salir del pabellón, pues conocía la existencia de la tabla que, a manera de un puente levadizo, daba sobre la orilla.

Dio vuelta al balcón, mas para encontrar la puerta del pabellón abierta y la tabla quitada. De aquello dedujo con seguridad que Jimson debía haber llegado, y por consecuencia, se encontraba en el pabellón. Aquel Jimson debía ser un hombre muy tímido para haber sufrido semejante invasión de su residencia sin dar señal ninguna de existencia; y esta idea dio más valor a Julia, pues entonces la muchacha veíase obligada a recurrir a la ayuda del músico, porque la tabla era demasiado pesada para sus solas fuerzas. Llamó, pues, en la puerta abierta. Después volvió a llamar.

—Señor Jimson —gritó—, venga usted, se lo ruego. Es preciso que venga usted, tarde o temprano, puesto que no puedo salir de aquí sin su ayuda. Vamos, no se haga usted rogar tanto. Venga, se lo ruego. Pero seguía siempre sin obtener respuesta.

«Si está ahí es preciso que esté loco» —pensó con un pequeño estremecimiento. Pero en seguida pensó también que tal vez hubiera ido a pasearse en barco, como ella misma había hecho. En ese caso, obligada como

estaba a esperar, podía muy bien visitar la cabina; con lo que, sin más reflexión, entró. Y no tengo necesidad de decir que, bajo la mesa donde yacía en el polvo, Gedeón sintió que su corazón dejaba de latir.

En primer lugar, Julia descubrió los restos del almuerzo de Jimson. «Pastel de “foie-gras”, ¡frutas y pasteles! —pensó. Come cosas apetitosas. Estoy segura de que es un hombre delicioso. ¡Si tuviera tan buena apariencia como el señor Forsyth! Señora Jimson no creo que suene tan bien como señora Forsyth. Pero, por otra parte, existe ese nombre de Gedeón, que realmente es horrible. ¡Oh, he aquí también un poco de su música! ¡Es encantador! Orange Pekoe. ¡Esto era, pues, lo que el buen hombre llamaba “una especie de té”!». Y Gedeón oyó una breve risita. *Adagio molto espressivo, sempre legato*, leyó después (pues he olvidado decir que Gedeón estaba suficientemente provisto de toda la parte literaria del oficio de compositor). «¡Qué raro es; dar todas estas indicaciones y no escribir más que dos o tres notas! ¡Oh, pero aquí hay una hoja donde hay algo más! “Andante patético”». Y comenzó a examinar la música. «¡Dios mío —se dijo—, esto debe ser terriblemente moderno, con todos estos bemoles! Veamos el aire. Es extraño, pero me parece conocerlo». Comenzó a tararearlo, y de repente se echó a reír. «¡Pero si es Tommy, moléstate, pues, por tu tío! —exclamó en alta voz, llenando de amargura el alma de Gedeón—. ¡Y andante patético, y siete bemoles! ¡Ese hombre debe de ser sencillamente un farsante!».

En el mismo instante llegó hasta ella, desde debajo de la mesa, un ruido confuso y extraño, como el que pudiera hacer una gallina que estornudase; y aquel estornudo fue seguido del ruido de un choque, como si algo hubiese tropezado contra la mesa, y el mismo choque fue seguido de un sordo gruñido.

Julia huyó hacia la puerta; pero, llegada allí, volvióse resuelta a desafiar el peligro. Nadie la seguía. Mas lo cierto es que los ruidos continuaban: bajo la mesa había algo que se entregaba a una serie indefinida de estornudos, ¡y eso era todo!

«¡Evidentemente —pensó Julia—, es una conducta bien extraña! ¡Ese Jimson no puede ser un hombre de mundo!».

El primer estornudo del joven abogado había turbado, en su antiguo reposo, a los innumerables granos de polvo que dormitaban bajo la mesa; después, un fuerte ataque de tos había sucedido a los estornudos.

Julia comenzaba a experimentar cierta compasión.

—Temo que usted esté realmente enfermo —dijo, aproximándose un poco—. Se lo suplico a usted, no permanezca por más tiempo bajo esa mesa, señor

Jimson. Realmente, eso no le sirve para nada.

El maestro no respondió más que con una desconsoladora tos. Pero desde el instante siguiente, la intrépida muchacha estaba arrodillada delante de la mesa, y los dos rostros se encontraron frente a frente.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó *miss* Hazeltine, irguiéndose de un salto—. ¡El señor Forsyth, que se ha vuelto loco!

—No estoy loco —dijo el joven, saliendo miserablemente de su escondite—. Mi muy querida *miss* Hazeltine, le juro de rodillas que no estoy loco.

—¡Está usted loco! —exclamó ella, toda jadeante.

—Ya sé —dijo— que para una mirada superficial mi conducta puede parecer extraña.

—Si no está usted loco, su conducta es monstruosa —exclamó la joven, ruborizándose—, y probaría que le importan a usted menos de nada mis tormentos.

—Lo sé, admito eso —dijo Gedeón con resolución.

—Ha sido una conducta abominable —insistió Julia.

—Sé que debe de haber quebrantado su estimación hacia mí —respondió el abogado—. Pero, querida *miss* Hazeltine, le suplico a usted que me oiga hasta el fin. Por extraña que parezca mi manera de obrar, no es, sin embargo, incapaz de explicación. Y el caso es que ni quiero ni puedo continuar viviendo sin... sin la estimación de una persona a quien tanto admiro... Está mal escogido el momento para hablar de eso, lo sé muy bien; pero repito mi expresión: sin la estimación de la única persona que admiro.

Un reflejo de satisfacción mostróse sobre el rostro de *miss* Hazeltine.

—¡Muy bien! —dijo ella—. Salgamos de esta fría caverna, y vamos a sentarnos en el balcón. ¡Aquí! Y ahora —repuso instalándose— hable. Quiero saberlo todo.

Alzó los ojos hacia el joven, y viéndole en pie ante ella, con un gesto completamente aturdido, la loca criatura se echó a reír. Su risa era una cosa hecha a propósito para encantar el corazón de un enamorado: sonaba ligeramente sobre el río como el canto de un pájaro repetido más lejos por los ecos del río. Y, sin embargo, había allí una criatura a la que aquella risa no alegraba: esa criatura era el infortunado admirador de la muchacha.

—*Miss* Hazeltine —dijo con voz fastidiada—, bien sabe Dios que le hablo a usted sin mala voluntad pero me parece que demuestra usted en todo esto bastante ligereza.

Julia lo miró con los ojos muy abiertos.

—No puedo retirar la palabra —prosiguió—. Ya me ha causado usted una pena atroz hace poco, al oírla charlar con el viejo pescador. Demostraba usted una curiosidad con respecto a Jimson...

—Pero resulta que Jimson y usted son una misma persona —objetó Julia.

—Admitamos eso —exclamó el abogado—; pero hace poco usted no lo sabía. ¿Qué era para usted Jimson? ¿En qué podía interesarle? ¡Miss Hazeltine, me ha destrozado usted el corazón!

—¡Oh, eso es demasiado fuerte! —replicó severamente Julia—. ¿Qué? Después de haberse portado del modo más extraordinario, pretende usted ser capaz de explicarme su conducta, y he aquí que en lugar de explicarla se pone usted a insultarme.

—¡Es justo! —respondió el pobre Gedeón—. Y... voy a contárselo a usted todo. Cuando sepa usted toda la historia podrá usted dispensarme.

Y, sentándose junto a ella en el banco, expúsole su desventurada historia.

—¡Oh! Señor Forsyth —exclamó ella cuando él hubo acabado—, siento muchísimo mi risa de hace un instante. Verdad es que parecía usted muy extraño, pero le aseguro que siento haberme reído.

Y le tendió su mano, que Gedeón conservó entre las suyas.

—¿No le va a dar a usted todo eso una mala opinión de mí? —preguntó tiernamente.

—¿El hecho de que haya usted tenido tantas preocupaciones y desventuras? No, señor, claro está que no —exclamó ella. Y en el ardor de su agitación, tendió hacia él su otra mano, de la que él se apoderó igualmente—. Puede usted contar conmigo —añadió.

—¿De veras? —dijo Gedeón. Pues bien, contaré con usted. Reconozca que el momento no es, tal vez, el más oportuno para hablar de todo eso. Pero no tengo ningún amigo...

—Ni yo tampoco —dijo Julia—. Pero, ¿no le parece que es hora de que me devuelva usted mis manos?

—¡*La ci darem la mano*! —respondió el abogado—. ¡Déjemelas un instante todavía! ¡Tengo tan pocos amigos! —repuso.

—Creía que para un joven era una mala nota el no tener amigos —observó Julia.

—¡Oh! ¡Pero si tengo montones de amigos! —exclamó Gedeón—. No era eso lo que quería decir. Comprendo que el momento no está bien buscado. Pero..., ¡oh, Julia, sólo con que usted pudiera verse tal cual es!...

—¡Señor Forsyth!

—¡No me llame usted con ese nombre tan feo! —exclamó el joven. Llámeme Gedeón.

—¡Oh! Eso nunca —dejó escapar Julia— Y, además, hace todavía tan poco tiempo que nos conocemos.

—De ningún modo —protestó Gedeón—. Hace muchísimo que nos encontramos en Boumemuth. Desde entonces no la he olvidado ni un solo instante. ¡Dígame usted que tampoco me olvidó nunca! ¡Dígame que no me olvidó nunca, y llámeme Gedeón!

Y como la muchacha nada contestase, repuso:

—¡Oh, Julia mía! Bien sé que soy un burro, pero deseo conquistarla. Tengo un asunto endemoniado entre manos, no tengo un cuarto, y hace un instante me he presentado ante usted bajo el aspecto más ridículo, y, sin embargo, Julia, estoy resuelto a conquistarla. Míreme bien, cara a cara, y, dígame que me lo prohíbe, si se atreve.

Ella le miró, y fuese lo que fuese lo que sus ojos le dijeran, seguramente su mensaje no le fue desagradable, pues permaneció largo tiempo ocupada en leerlo.

—Y además —dijo al fin—, mientras haya logrado hacer fortuna, el tío Eduardo nos dará el dinero para nuestra casa.

—¡Ah! Muy bien; buena es ésa —dijo una voz a sus espaldas.

Gedeón y Julia se separaron uno de otro más rápidamente que si un resorte eléctrico les hubiera desunido; pero uno y otro mostraron rostros extrañamente coloreados a los ojos del señor don Eduardo Hugues Bloomfield.

Este viejo caballero, viendo llegar la barca errante, había imaginado ir discretamente a lanzar una ojeada sobre la acuarela de *miss Hazeltine*. Mas he aquí que de un solo tiro había cogido dos pájaros y su primer movimiento había sido para enfadarse, lo que, por otra parte, era en él movimiento natural. Pero pronto, al ver a la joven pareja ruborizada y asustada, su corazón consintió en calmarse.

—Muy bien; buena es ésa —repitió—. Parece que cuenta usted demasiado con su tío Eduardo. Pero, vamos a ver, Gedeón, ¿yo creía haberle dicho que se mantuviese a cierta distancia de nosotros!

—Me había usted dicho que me mantuviese a cierta distancia de Maidenhead —respondió Gedeón—. Pero, ¿cómo podía suponer que iba a encontrarles aquí?

—En eso que usted dice hay algo de cierto —admitió el señor Bloomfield—. Es que ya ve usted, he creído preferible ocultar nuestro verdadero destino,

incluso a usted. Esos tenebrosos perillanes, los Finsbury, hubieran sido capaces de arrancarle el secreto a la fuerza. Y para despistarlos también, he izado sobre mi yate ese abominable pabellón extranjero. Pero..., ¡eso no es todo, Gedeón! Me ha prometido usted ponerse a trabajar, y nos volvemos a encontrar aquí, en Padwick, dispuesto a hacer el imbécil.

—Por piedad, señor Bloomfield, no sea usted demasiado severo con el señor Forsyth —imploró Julia—. ¡El pobre muchacho se encuentra en una situación terrible!

—¿Qué te ocurre, Gedeón? —preguntó el tío—. ¿Te han desafiado? ¿O es alguna cuenta que pagar?

Estas dos posibilidades resumían en el pensamiento del joven radical todos los infortunios que le pueden ocurrir a un caballero.

—¡Ay, tío mío! —dijo Gedeón—. ¡Es algo peor aún que todo eso! Una serie de circunstancias de una injusticia verdaderamente... verdaderamente providencial; Es el caso como si un sindicato de asesinos se hubiera enterado, no sé cómo, de mi virtual habilidad para librarles de las huellas de sus crímenes. ¡Ya ve usted, a pesar de todo, resulta un homenaje a mis capacidades de leguleyo!

Con lo que Gedeón, por segunda vez en el espacio de una hora, se puso a contar con toda extensión las aventuras del gran Erard.

—Es preciso que cuente yo eso en el Times —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Quiere usted, pues, que yo me vea descalificado? —preguntó Gedeón.

—¿Descalificado? ¡Bah! No tengas miedo —dijo su tío—. El Ministerio es liberal, y seguramente no se negará a oírme. ¡A Dios gracias, los días de la opresión «tory» ya terminaron!

—No, eso no puede ser, tío —dijo Gedeón.

—Supongo que no serás tan loco para empeñarte en querer deshacerte por ti mismo de ese cadáver —exclamó el señor Bloomfield.

—No veo ante mí otra salida —dijo Gedeón.

—Pues es absurdo, y no puedo oír hablar de ello —repuso el señor Bloomfield—. Te ordeno, Gedeón, que desistas de esa ingerencia criminal.

—Muy bien —dijo Gedeón—; en ese caso, le transferiré la casa, para que haga de ese cadáver lo que le parezca.

—¡No lo querrá Dios! —exclamó el presidente del Radical Club—. No quiero tener que desembrollar semejante horror.

—En ese caso, es preciso que me deje usted hacer lo que a mí se me antoje para desembarazarme de ello —replicó su sobrino—. Créame usted, es

el partido más razonable.

—¿No podríamos hacer depositar secretamente el cadáver en el Club Conservador? —sugirió el señor Bloomfield—. Con algunos buenos artículos que haríamos escribir en seguida en nuestros periódicos radicales, sería un verdadero servicio el que haríamos a la nación.

—Si ve usted un beneficio político a sacar de mi... objeto —dijo Gedeón—, razón de más para que se lo ceda.

—¡Oh, no, no, Gedeón! No; yo creía que tal vez tú podrías emprender esa operación. Y hasta añadido que, pensándolo bien, encuentro que es completamente inútil el que *miss* Hazeltine y yo prolonguemos nuestra estancia aquí, a tu lado. Podrían vernos —prosiguió el venerable presidente, mirando con recelo a derecha e izquierda—. Ya comprendes que, en mi calidad de hombre público, tengo que tomar excepcionales precauciones. Comprometerme yo sería comprometer a todo el partido. Y, además, de todos modos, se acerca la hora de la comida.

—¿Qué? —exclamó Gedeón, consultando su cronómetro—. ¡Caray! Sí, es cierto. ¡Pero, Dios mío, el piano debiera estar aquí desde hace algunas horas!

Ya el señor Bloomfield se dirigía hacia su barca; pero al oír aquellas palabras se detuvo.

—¡Sí! —añadió Gedeón—. Yo mismo lo he visto llegar a la estación de Padwick. Yo mismo he avisado al carretero para que me lo trajese aquí. Me ha dicho que primero tenía otro encargo que hacer; pero estaría aquí, sin falta, lo más tarde a las cuatro. ¡No hay duda: el piano ha sido abierto y han encontrado el cadáver!

—Es preciso que huyamos en seguida —declaró el señor Bloomfield—. Es, en este momento, la única conducta digna de un hombre.

—¡Pero supongamos que me engaño!... —gimió Gedeón—. Supongamos que el piano llega y que no estoy aquí para recibirlo. ¡Yo sería la primera víctima de mi cobardía! No, tío, es preciso ir a enterarnos a Padwick. Yo, naturalmente, no puedo encargarme de ello; pero a usted nada se lo impide. Nada le impide ir a dar una vuelta alrededor de la delegación de policía... ¿Comprende usted?

—¡No, Gedeón; no, mi querido sobrino! —dijo el señor Bloomfield con la voz de un hombre muy fastidiado—. Ya sabes que siento por ti el más sincero afecto. Y, por mi parte, sé que tengo la dicha de ser inglés y todos los deberes que me impone ese título. ¡Pero no; la policía, no, Gedeón!

—¿Así es que me abandona usted? —preguntó Gedeón—. Dígalo francamente.

—¡Lejos de eso, hijo mío! ¡Muy lejos de eso! —protestó el infortunado tío—. Me limito a proponerte la prudencia. El buen sentido, mi querido Gedeón, debe seguir siendo siempre el que sirva de guía a un verdadero inglés.

—¿Me permiten ustedes que diga mi opinión? —dijo Julia, interponiéndose—. Mi opinión es que Gedeón... quiero decir el señor Forsyth..., lo mejor que puede hacer es salir de este horrible pabellón e irse a esperar allá lejos, bajo los sauces. Si el piano llega, el señor Forsyth podrá acercarse y hacerlo entrar. Y, si por el contrario, la que llega es la policía, podrá subir a bordo de nuestro yate, y ya no quedará nada del señor Jimson. En el yate nada habrá que temer. El señor Bloomfield es un hombre tan respetable y una personalidad tan eminente, que nadie podría jamás imaginar que se haya mezclado en un asunto semejante.

—Esta muchacha tiene un buen sentido enorme —declaró el presidente del Radical Club.

—Sí; pero si no llega ni el piano ni la policía —preguntó Gedeón—, en ese caso..., ¿qué es lo que debo hacer?

—En ese caso —dijo Julia—, se irá usted al pueblo en cuanto se haga completamente de noche. Y yo iré con usted. Y estoy completamente segura que nadie pensará en sospechar de usted. Pero, aunque alguien sospechase, yo me encargaré de hacerle comprender que se ha engañado.

—¡Eso es lo que yo no sería capaz de permitir! Yo no autorizaré a *miss* Hazeltine para que vaya contigo —exclamó el señor Bloomfield.

—¿Y por qué no? —preguntó Julia.

Mas el señor Bloomfield no tenía el menor deseo de decirle por qué; porque su verdadero motivo era que temía verse él mismo mezclado en el embrollo. Pero siguiendo la táctica corriente del hombre que siente vergüenza de sí mismo, tomó la cosa desde muy alto:

—No quiera Dios, mi querida *miss* Hazeltine, que dicte a una muchacha bien educada las prescripciones de las conveniencias sociales —comenzó a decir—. Pero, en fin...

—¡Oh! ¿No es más que eso? —le interrumpió Julia—. Pues bien, entonces vamos a Padwick los tres juntos.

—¡Cogido! —pensó tristemente el viejo radical.

XII. DONDE EL GRAN ERARD APARECE IRREVOCABLEMENTE POR ÚLTIMA VEZ

Se acostumbra a decir corrientemente que los ingleses son un pueblo sin música; pero para no hablar del favor excepcionalmente otorgado por ese pueblo a los virtuosos del organillo, hay, por lo menos, un instrumento al que podemos considerar como nacional en toda la acepción de la palabra: es, a saber, el octavín, comúnmente llamado «flauta de a cuarto».

El joven pastor —musical ya en el tiempo de nuestros más antiguos poetas— despierta (y tal vez asusta) a la alondra con su silbato; y quisiera que me citasen un solo ladrillero que no sepa ejecutar, con el silbato de a cuarto, «Los Granaderos ingleses» o «Cereza madura». En verdad que este último aire es el trozo clásico del tocador de flauta, de tal suerte que muchas veces me he preguntado si, en su origen, no fue compuesto para ese instrumento.

De todos modos, Inglaterra es el único país del mundo donde un gran número de hombres ganan su vida sencillamente por su talento para tocar la flauta, y aun no sabiendo tocar en ella más que una sola pieza: la inevitable «Cereza madura».

Mas, por otra parte, se debe reconocer que la flauta es un instrumento si no misterioso, por lo menos rodeado por una espesa capa de misterio. ¿Por qué, por ejemplo, la llaman flauta de a cuarto, siendo así que no he visto quien haya tenido nunca uno de esos instrumentos por un cuarto? Llámánla también, a veces, «flauta de estaño», y, sin embargo, o me engaño profundamente o el estaño no entra para nada en su composición. En fin, quisiera saber en qué sorda catacumba, en qué desierto fuera del alcance del oído humano se realiza el aprendizaje del tocador de flauta. Cualquiera de nosotros hemos oído a personas que aprendían el piano, el violín o el cuerno de caza; pero el cachorro del tocador de flauta (como el del salmón) se sustrae a nuestra observación. Nunca le oímos hasta no haber llegado a la plena maestría.

Tanto más notable era el fenómeno que cierta noche de octubre se producía sobre un camino que cruzaba una verde pradera no lejos de Padwick. Sobre el pescante de una gran calesa cubierta hallábase sentado un joven de apariencia modesta (y digámoslo claro, algo estúpida); sobre sus rodillas descansaban las riendas muellemente; tras él, en el interior de la calesa, yacía el látigo; el caballo avanzaba sin tener necesidad ni de dirección ni de que lo animasen; y el joven cochero, transportado a una esfera superior a la de sus diarias ocupaciones, puestos los ojos en el cielo, se consagraba por entero a una flauta en re, completamente flamante, de la que se esforzaba penosamente por extraer la amable melodía de «El mozo del arado». Y ciertamente que aquel instante, para un observador a quien la casualidad hubiera conducido hacia aquella pradera, habría sido de inolvidable interés. Por fin —hubiera podido decirse— he ahí el aprendiz de la flauta.

El bondadoso y estúpido joven (que se llamaba Harker y estaba empleado en casa de un alquilador de vehículos de Padwick) acababa de repetirse a sí mismo por la decimonovena vez, cuando se vio sepultado en un estado de gran confusión al darse cuenta de que no estaba solo.

—¡Bravo! —exclamó una voz viril desde el borde del camino—. ¡Qué gusto da oírle! Quizá no falte más que un poco más de rudeza en el estribillo —sugirió la voz con un tono de persona entendida—. ¡Vamos, tóquelo otra vez!

Desde el fondo de su humillación miró Harker al hombre que acababa de hablar. Vio un hombre fuerte, de unos cuarenta años, curtido por el sol, afeitado y que escoltaba el vehículo con un paso completamente militar, volteando su mano un garrote. Su ropa estaba en muy mal estado; mas parecía limpio y lleno de dignidad.

—No soy más que un pobre principiante —murmuró el pobre Harker, y no sabía que alguien me estuviese oyendo.

—Pues bien, me agrada usted así —dijo el hombre—. Tal vez empieza usted un poco tarde, pero no está mal. Vamos, amigo, voy a ayudarle un poco; déjeme un sitio a su lado.

Desde el momento siguiente, el hombre del paso militar estaba sentado sobre el pescante y tenía en la mano la flauta. Sacudió primero el instrumento, humedeció la embocadura, a la manera de los artistas experimentados, pareció como si aguardase a que le bajase la inspiración de lo alto, y por fin se lanzó con «La hija que he dejado tras de mí».

Tal vez faltase a su ejecución un poco de delicadeza; no sabía dar a la flauta esa aérea dulzura que, entre ciertas manos, la convierte en digno

equivalente de los pájaros del bosque. Mas por el fuego, la rapidez y la facilidad corriente de sus maneras, no tenía igual.

Harker le escuchaba con los cinco sentidos. Al principio, «La hija que he dejado tras de mí» llenóle de desesperación, dándole la conciencia de su propia inferioridad. Pero «La alegría del soldado», después, elevóle, por encima de la envidia, hasta el más generoso de los entusiasmos.

—A usted le toca —díjole el hombre del paso militar, ofreciéndole la flauta.

—¡Oh! No, después de usted, no —exclamó Harker—. ¡Es usted un artista!

—De ningún modo —respondió el desconocido modestamente—; un simple aficionado, igual que usted. Y voy a decirle algo mejor aún. Tengo una manera muy personal de tocar la flauta; usted tiene otra, y prefiero la suya a la mía. Pero ya ve usted, comencé cuando aún era un chiquillo, antes de formarme el gusto. Vamos, vuelva usted a tocar esa pieza... ¿Cómo es?

Y simuló hacer un gran esfuerzo para recordar «El mozo del arado».

Una tímida esperanza (por otra parte insensata) brotó en el pecho de Harker. ¿Sería posible? ¿Habría realmente «algo» en su manera de tocar? Lo cierto es que él mismo, en ocasiones, había sentido la impresión de cierta riqueza poética en los sonidos que emitía. ¿Daría la casualidad de que era un genio? Y mientras se hacía esta pregunta, el desconocido continuaba agitando vanamente los dedos, sin poder dar con el aire de «El mozo del arado».

—No —dijo al fin el pobre Harker—. No es eso. Mire, así es como empieza... ¡Oh!, nada más que para enseñárselo.

Y cogió la flauta entre sus labios. Tocó el aire completo, luego una segunda vez, después una tercera; su compañero intentó de nuevo tocarlo, y de nuevo fracasó.

Y cuando Harker comprendió que él, el tímido debutante, estaba en camino de dar una verdadera lección a aquel flautista experimentado y que aquel flautista, su alumno, no siempre alcanzaba a igualarle..., ¿cómo podría explicar con qué gloriosos rayos iluminóse para él la campiña que le rodeaba? ¿Cómo —a menos que el lector no sea por sí mismo un flautista aficionado—, cómo podría yo hacerle comprender el grado de idiota vanidad alcanzado por el desgraciado muchacho? Pero, además, un solo hecho bastará para pintar la situación: en lo sucesivo fue Harker quien tocó, y su compañero limitóse a oír y a aprobar.

Sin embargo, mientras escuchaba, no olvidaba aquella costumbre de militar prudencia, que consiste en mirar siempre delante y detrás de uno.

Miraba detrás de sí y contaba el valor de los diversos bultos que contenía el carro, esforzándose por adivinar el contenido de los numerosos paquetes cubiertos con papel gris, de la importante cesta y de la caja de madera blanca; y pensando en que él piano de cola, cuidadosamente embalado en Su caja completamente nueva podría ser, en suma, un negocio bastante bueno, si no tuviese en el hecho de sus dimensiones una considerable dificultad para utilizarlo. Y el desconocido miraba delante de sí, descubriendo, en uno de los rincones de la pradera, un tenducho rústico rodeado de rosas. «¡Caray! De todos modos voy a ensayar el golpe», resolvió. Y enseguida propuso una copa de aguardiente.

—Es que... no soy bebedor —dijo Harker.

—Escuche —interrumpió su compañero—. Voy a decirle quién soy. Soy el sargento Brand, del ejército colonial. Eso le bastará para saber si soy o no bebedor.

Quizá la revelación del sargento Brand no fuese tan significativa como él suponía. Y en una circunstancia como aquélla es cuando el coro de las tragedias griegas hubiera podido intervenir con ventaja, para hacernos notar que el discurso del desconocido no nos explicaba suficientemente lo que un sargento del ejército colonial, vestido de harapos, tenía que hacer por la noche en un camino pueblerino.

Nadie mejor que ese coro habría podido hacernos saber que, según toda verosimilitud, el sargento Brand debía haber renunciado desde hacía ya algún tiempo a la gran obra de la defensa nacional, y según toda la verosimilitud, debía entonces dedicarse a la industria completamente personal del merodeo y del robo.

Pero en aquel lugar no estaba presente coro griego alguno; y el guerrero, sin otras explicaciones autobiográficas, contentóse con dejar sentado que eran dos cosas completamente distintas emborracharse ordinariamente y beber con un amigo.

En el ventorrillo de «El León Azul» el sargento Brand presentó a su nuevo amigo el señor Harker un gran número de ingeniosas mezclas destinadas a impedir tropezar con la intoxicación. Le explicó que el empleo de aquellas mezclas era indispensable en el regimiento; pues, sin ellas, por ejemplo, ni un solo oficial estaría en estado de sobriedad suficiente para asistir a las revistas diarias. La más eficaz de aquellas mezclas estaba formada por la combinación de una pinta de suave cerveza inglesa con cuatro cuartos de auténtica ginebra.

Supongo que, aun siendo paisano, el lector sabrá aprovechar esta receta para sí mismo o para algún amigo, pues el efecto que produjo sobre Harker

fue realmente el de una revolución. El buen muchacho tuvo que ser izado sobre su asiento, en donde desplegó desde entonces una disposición de carácter totalmente dividido entre la risa y la música.

Así es que el sargento, naturalmente, viose en el caso de tomar las riendas del carro. E indudablemente, con el genio poético de todos los artistas, tenía cierta inclinación absolutamente particular hacia las más solitarias bellezas del paisaje inglés, pues durante el tiempo en que el vehículo hubo de viajar bajo su dirección, los caminos que siguió fueron constantemente de los más desiertos, sombríos y alejados de los caminos transitados.

Por lo demás, para dar una idea de los meandros que siguió el carro, bajo la conducción del sargento, tendría que publicar aquí un plano topográfico del condado de Middlesex, y, desgraciadamente, la reproducción de esa clase de planos es muy costosa.

Baste, pues, saber que, poco después de la caída de la noche, el vehículo se detuvo en medio de un bosque, y que allí, con tierna solicitud, el sargento alzó de entre los paquetes la forma inanimada del joven Harker y lo depositó sobre un montón de hojas secas.

«Si te despiertas antes de mañana por la mañana, pequeño», pensó el sargento, «alguien habrá que se sienta muy extrañado».

Extrajo suavemente cuanto contenían los bolsillos del carretero dormido; es decir, sobre todo, una suma de diez y siete chelines y ocho peniques. Después de lo cual, volviendo a ocupar el pescante, puso de nuevo el caballo en marcha. «Si por lo menos supiese dónde estoy, sería una buena broma», se dijo. «Por otro lado, he aquí un recodo».

Dio la vuelta a él y se encontró a orillas del Támesis. A cien pasos de él brillaban alegremente las luces de un yate, y cerca de él, tanto que no podía pensar en no ser visto, tres personas, una señora y dos caballeros, marchaban deliberadamente a su encuentro.

El sargento vaciló un segundo; después, fiando en la oscuridad, adelantóse. Entonces, uno de los hombres, el de apariencia más imponente, se plantó en el centro de la carretera y alzó el gran bastón, a manera de señal.

—Buen hombre —exclamó—, ¿no ha encontrado usted el carro de un carretero?

El sargento Brand hubo de recibir aquella pregunta con cierto embarazo.

—¿El carro de un carretero? —repitió, con insegura voz—. ¡Caray, no, señor!

—¡Ah! —dijo el imponente caballero, apartándose para dejar paso al sargento. La señora y el segundo de los dos caballeros se inclinaron hacia

adelante y pareció que examinaban el carro con la más viva curiosidad.

«¿Qué diablos les ocurrirá?», pensó el sargento Brand. Apuró a su caballo, mas no sin volverse discretamente otra vez más, lo que le permitió ver al trío de pie en medio de la carretera, con todo el aspecto de una viva deliberación. Por eso no extrañará que, entre los articulados gruñidos que salieron entonces de la boca del improvisado carretero, la palabra «policía» figurase en primer término.

Brand golpeaba a su caballo, y éste, galopando lo mejor que podía (lo que a pesar de todo, era un galope muy relativo), corría en dirección a Great Hamercham. El ruido de los cascos y el chirrido de las ruedas debilitáronse poco a poco, rodeando el silencio al trío en pie sobre la orilla.

—¡Es la cosa más extraordinaria del mundo! —exclamó el más delgado de los dos hombres—. He reconocido el carro perfectamente.

—¡Y yo he visto un piano! —decía la muchacha.

—Seguramente es el mismo vehículo —volvía a decir el joven—. Y lo más extraordinario es que no es el mismo carretero.

—Debe de ser el mismo carretero, Ged —declaraba el otro hombre.

—Entonces —preguntaba Gedeón—, ¿por qué ha escapado?

—¡Habrá sido el caballo el que haya arrancado solo! —sugirió el viejo radical.

—De ningún modo; he visto vibrar el látigo —decía Gedeón—. Realmente, esto excede los límites de la razón humana.

—Voy a decirles lo que debemos hacer —exclamó, al fin, la muchacha—. Vamos a correr y —¿cómo llaman a esto en las novelas?— seguir su pista. O mejor: vamos a ir en la dirección que él traía. Debe haber alguien que lo haya visto y que pueda informarnos.

—Sí, muy bien, hagamos eso, aunque no sea más que por lo extraño de la cosa —dijo Gedeón.

Lo «extraño de la cosa» consistía, indudablemente, para él en que aquella carrera le permitiría sentirse muy cerca de *miss* Hazeltine. En cuanto al tío Eduardo, aquel proyecto de excursión le agradaba muchísimo menos. Y cuando hubieron andado un centenar de pasos, entre tinieblas, por un camino desierto, entre una tapia por un lado y un foso por el otro, el presidente del Radical-Club dio la señal del descanso.

—¡Esto que hacemos no tiene sentido común! —dijo. Pero entonces, cuando hubo cesado el ruido de sus pasos, otro ruido llegó a sus oídos. Salía del interior del bosque, misteriosamente.

—¡Oh! ¿Qué es eso? —exclamó Julia.

—No tengo la menor idea —dijo Gedeón, haciendo ademán de querer penetrar en el bosque.

Blandió el radical su bastón como si fuese una espada.

—¡Gedeón! —comenzó a decir—, mi querido Gedeón...

—¡Oh!, señor Forsyth, por piedad, no se adelante usted —dijo Julia—. No sabe usted lo que eso podrá ser... Tengo miedo de que le pase algo.

—Aunque fuese el mismo diablo —respondió Gedeón, desprendiéndose—, quiero ir a ver lo que es eso.

—Nada de precipitaciones, Gedeón —exclamó el tío. El abogado marchó en dirección al ruido, que, efectivamente, era monstruoso.

Encontrábanse allí mezcladas las voces características de la vaca, de la sirena del barco y del mosquito, pero todo ello combinado del modo menos natural.

Una masa negra, no sin cierta semejanza con una forma humana, yacía entre los árboles.

—Es un hombre —dijo Gedeón—; no es más que un hombre. Está dormido y ronca. ¡Hola —añadió un momento después—, no quiere despertarse!

Gedeón frotó un fósforo y, a su luz, reconoció la roja cabellera del carretero que se había comprometido a llevarle el piano.

—¡He aquí mi hombre —dijo—, y borracho como una cuba! Comienzo a comprender lo que ha ocurrido.

Y expuso a sus dos compañeros, que entonces se habían arrimado a reunirse con él, su hipótesis acerca del modo como el carretero había sido puesto en el trance de separarse de su carro.

—¡Oh, abominable bestia! —dijo el tío Eduardo—. Sacudámosle y administrémosle el castigo que merece.

—Guárdese usted de hacerlo, por amor de Dios —dijo Gedeón—. Es preciso que no nos vea juntos. Además, realmente, tío, debo a ese buen hombre el más vivo agradecimiento, pues esto es lo más feliz de cuanto podía ocurrirme. Me parece, mi querido Eduardo, me parece, en verdad, que estoy libre.

—¿Libre de qué? —preguntó el radical.

—Pues... de todo el asunto —exclamó Gedeón—. Ese hombre ha sido lo bastante loco para robar el carro con el piano y lo que contenía; lo que piensa hacer no lo sé, ni me preocupa saberlo. ¡Mis manos están libres! Jimson deja de existir, ya no resta nada de Jimson. Felicíteme usted, tío Eduardo. Julia, mi querida Julia, yo...

—¡Gedeón! ¡Gedeón! —dijo el tío.

—¡Oh! No hay en ello mal alguno, tío, puesto que vamos a casarnos pronto —dijo Gedeón—. Bien sabe que usted mismo lo ha dicho, hace un momento en el pabellón.

—¿Yo? —preguntó el tío, muy sorprendido—. Estoy bien seguro de no haber dicho semejante cosa.

—¡Suplíqueselo usted, júreselo que lo ha dicho, haga un llamamiento a su corazón! —exclamó Gedeón, dirigiéndose a Julia—. ¡No tiene semejante en el mundo cuando deja hablar a su corazón!

—Mi querido señor Blommfield —dijo Julia—, Gedeón, es tan buen muchacho, me ha prometido trabajar tanto como abogado, que estoy segura de que lo hará. Bien sé que es una desgracia el que yo no tenga dinero —añadió.

—El tío Eduardo tiene por dos, querida, como ese pillo le decía hace un rato —respondió el radical—. Y no puedo olvidar que ha sido vergonzosamente desposeída de su fortuna. Luego, puesto que nadie nos mira, abraza a su tío Eduardo... En cuanto a usted, miserable —repuso cuando quedó debidamente cumplida aquella ceremonia—, esta encantadora persona es suya, y es, seguramente, mucho más de lo que usted merece. Pero ahora volvamos deprisa al pabellón, preparemos el yate y regresemos a Londres.

—¡Todo eso está muy bien! —exclamó Gedeón—. Y mañana ya no quedará nada de Jimson, ni del carro, ni del piano. Y cuando ese buen hombre se despierte, podrá pensar que todo el asunto no ha sido más que un sueño.

—Sí —dijo el tío Eduardo—; pero habrá otro hombre, en cambio, que tendrá un despertar bien diferente. El mozo que ha robado el carro descubrirá que ha sido demasiado atrevido.

—Mi querido tío —dijo Gedeón—, soy feliz como un rey, mi corazón salta como una pelota, mis pies tienen tal ligereza que no parece sino que están dotados de alas; me veo libre de mis preocupaciones y tengo la mano de Julia entre las mías. En estas condiciones, ¿cómo podría hallar fuerzas para tener malos sentimientos? No; ya no queda lugar en mí más que para una bondad angelical. Y cuando pienso en ese pobre diablo con su carro, exclamo, con todo mi corazón: «¡Qué Dios le ampare!».

—Amén —respondió el tío Eduardo.

XIII. NUEVAS TRIBULACIONES DE MAURICIO

No rebajaría mi dignidad de escritor hasta describirles a ustedes las angustias de Mauricio, si nuestra literatura no hubiese degradado sus viejas tradiciones de reserva y cortesanía clásicas; es uno de esos asuntos que por la misma intensidad de su realismo debiera excluirse de una obra de arte un poco digna de tal nombre. Pero el gusto está hoy por los asuntos de ese género; al lector le gusta ser introducido en los recovecos más íntimos del alma de un héroe de novela, y nada le agrada tanto como el espectáculo de un corazón chorreando sangre, expuesto ante él en toda su desnudez. Aun no bastaría esta consideración para decidirme si él repulsivo asunto que voy a tratar no tuviese, aparte de eso, la ventaja de un eminente alcance moralizador. Pudiera mi relato evitar a uno solo de mis lectores el hundirse a la ligera en el crimen sin haberse rodeado suficientemente de precauciones, y tendría conciencia de no haber trabajado en vano.

Al día siguiente de la visita de Miguel, cuando Mauricio despertóse del profundo, sueño de la desesperación, fue para comprobar que sus manos temblaban, que sus ojos apenas si podían abrirse, que su garganta ardía y que se le había paralizado la digestión. «¡Oh, bien sabe Dios, sin embargo, que no es a fuerza de haber comido!», hubo de decirse el infortunado. Después de lo cual se levantó, con el fin de reflexionar más fríamente acerca de su situación. Nada podría pintaros mejor que las turbulentas aguas por que navegaba su pensamiento que una metódica exposición de las diversas ansiedades que se alzaban ante él.

Así es que, para conveniencia del lector, voy a clasificar por números esas ansiedades; pero no necesito decir que en el cerebro de Mauricio mezclábanse y daban vueltas todas juntas, como una tromba de polvo. Y siempre para comodidad del lector, voy a dar títulos a cada una de ellas. Cuiden bien de observar que cada una de ellas por sí sola bastaría para asegurar el éxito de una novela de folletín.

Ansiedad Número 1. — «Dónde está el cadáver, o el misterio de Bent Pitman». En adelante sería para Mauricio cosa evidente el que Bent Pitman pertenecía a la dase más tenebrosa de los criminales profesionales. Un hombre, por poco honrado que fuera, no hubiese cobrado el cheque; un hombre dotado de la menor dosis de humanidad no hubiese aceptado en silencio el trágico contenido del barril, y sólo un redomado asesino hubiera podido hallar los medios para hacer desaparecer el cadáver sin que se supiese de él nada. Esta serie de deducciones tuvo por efecto proporcionar a Mauricio la más siniestra imagen de un monstruo: Bent Pitman. Evidentemente, aquel ser infernal no había tenido, para desembarazarse del cadáver, más que arrojado a una trampa de su recocina (Mauricio había leído algo semejante en una novela por entregas), y aquel hombre vivía entonces en una orgía de lujo con el importe del cheque. Hasta allí era, por otra parte, lo mejor que Mauricio podía desear. Sí; pero con las costumbres de loca prodigalidad de un hombre tal como Bent Pitman, ochocientas libras podían muy bien no durar más que una semana. ¿Qué haría aquel pavoroso personaje en cuanto aquella suma hubiera desaparecido? Y desde el fondo del pecho de Mauricio, una voz diabólica le respondía: «¿Lo que hará después? ¡Hacerte cantar!».

Ansiedad Número 2. — «El fraude de la tontina, o ¿ha muerto el tío Masterman?». Inquietante problema, del que sin embargo, dependían todas las esperanzas de Mauricio. Había intentado intimidar a Catalina, había pretendido sobornarla, pero sus tentativas no habían dado nada de sí. Seguía conservando la convicción «moral» de que su tío Masterman había muerto; pero no es cosa fácil hacer cantar a un sutil hombre de ley, apoyándose únicamente sobre una convicción moral. Sin contar con que desde la visita de Miguel este proyecto de «chantage» sonreía menos aún que antes a la imaginación de Mauricio. «¿Es Miguel un hombre al que se le pueda hacer cantar?». Graves, solemnes, terribles cuestiones. «No es que le tenga miedo —añadía Mauricio para tranquilizarse—; pero me gusta estar seguro en mi terreno, y lo malo es que no veo la manera de llegar a ello. De todos modos, ¡cuán diferente es la vida real a las novelas! En una novela, apenas hubiera emprendido este asunto, hubiese hallado en mi camino un sombrío y misterioso mozo que se hubiera transformado en mi cómplice y que hubiera visto en seguida lo que había que hacer y que, probablemente, se hubiese introducido en casa de Miguel, en donde no hubiese hallado más que una figura de cera, después de lo cual, por otra parte, ese cómplice no hubiera dejado de hacerme cantar y asesinarme sin pérdida de tiempo. Mientras que en la realidad, aunque recorriese día y noche las calles de Londres hasta caer

rendido de fatiga, sin que un solo criminal se dignase fiarse en mí... Y, sin embargo, desde ese punto de vista, siempre hay un Bent Pitman que casi desempeña ese papel» —repuso, meditabundo.

Ansiedad Número 3. — «La casita de campo de Browndean, o el cómplice recalcitrante». Pero también había un cómplice, y ese cómplice estaba a punto de enmohecerse en una ciénaga de Hampshire, con los bolsillos vacíos. ¿Qué podía hacer por ese lado? Pensó Mauricio que debiera haber enviado por lo menos algo a su hermano, cualquier cosa, un simple envío de cinco chelines, para que pudiera tener paciencia, aprovisionándole de esperanzas, de cerveza y de tabaco. «Pero, ¿cómo habría podido yo enviarle algo?», gimió el pobre mozo explorando sus bolsillos, de donde sacó justo cuatro piezas de un chelín y diez y ocho cuartos en monedas de vellón. Para un hombre en la situación de Mauricio, en guerra con la sociedad, y debiendo tener, en su mano inexperimentada, los hilos de la más embrollada intriga, es preciso confesar que aquella suma apenas si bastaba. ¡Tanto peor! Juan tendría que desenredarse por sí solo. «Sí, pero... —le respondió entonces la diabólica voz— ¿cómo quieres que se desenrede, aunque fuese cien veces menos tonto de lo que es?».

Ansiedad Número 4. — «La casa de cueros, o ¡por fin hemos quebrado! Costumbres londinenses». Sobre este punto particular, Mauricio se hallaba sin noticias. Aún no se había atrevido a poner los pies en su despacho, y, sin embargo, comprendía que iba a verse obligado a ponerlos sin más tardar. ¡Bueno! Pero... ¿qué haría cuando estuviese en el despacho? No tenía derecho para firmar nada con su nombre, y con la mejor voluntad del mundo comenzaba a decirse que nunca lograría falsificar la firma de su tío. En tales condiciones, nada podía hacer por detener la catástrofe. Y cuando por fin la catástrofe se hubiera producido, cuando unos ojos escrutadores examinaran hasta en sus menores detalles las cuentas de la casa, no dejarían de hacérsele dos preguntas al azorado y lastimoso insolvente: Primera: ¿Dónde está el señor don José Finsbury? Segunda: ¿Qué significaba cierta visita al Banco? Preguntas fáciles de hacer; mas, ¡Santo Dios, cuán difícil era contestar a ellas! Y si el hombre al que le serían dirigidas no contestaba, seguramente iría a la cárcel; probablemente... —¡oh, sí!— a galeras.

Afeitándose estaba Mauricio cuando se le ocurrió aquella eventualidad. Se apresuró a dejar la navaja. He aquí, por una parte, según la frase de Mauricio, «la desaparición total de un tío de precio», por otra parte, he ahí toda una serie de actos extraños e inexplicables, realizados por un sobrino de ese tío, y un

sobrino del que se sabe que tenía al desaparecido un odio despiadado. ¡Qué admirable concurso de probabilidades para un error judicial!

«No —se dijo Mauricio—, de todos modos, no se atreverán a considerarme como un asesino. Pero, francamente, no hay un solo crimen en el Código (excepto quizá el de incendio) que a los ojos de la ley no tenga la apariencia de haber cometido. Y, sin embargo, soy un hombre perfectamente honrado, que jamás deseó otra cosa que entrar en posesión de lo mío. ¡Ah, la ley en verdad es algo curioso!».

Bien sentada esa conclusión en su espíritu, Mauricio bajó las escaleras de su casa de John Street. Aún no estaba afeitado más que a medias. En la caja, una carta. Reconoció la letra: era Juan, que se impacientaba.

«¡En verdad que por lo menos el destino debiera haberme evitado esto!» —se dijo amargamente, y desgarró el sobre.

«Querido Mauricio —leyó—: Comienzo a creer que te estás burlando de mí. Estoy aquí en un atolladero. ¿Sabes que estoy obligado a vivir alerta y además con una dificultad cada vez mayor? ¡Piensa en que no tengo sábanas! Necesito “pasta”, ¿lo oyes? ¡Estoy harto de esta farsa! Puesto en mi lugar cualquiera lo estaría. Ya hubiese desfilado hace dos días no más que con que tuviese lo preciso para tomar el tren. ¡Vamos, querido Mauricio, no te obstines en tu locura! Trata de comprender lo horrible de mi situación. El sello de esta carta voy a tener que procurármelo a fuerza de vista. ¡Palabra de honor! Tu hermano, que te quiere mucho, J. Finsbury».

«¡Qué bruto! —pensó Mauricio metiéndose la carta en el bolsillo—. ¿Qué quiere que haga yo por él? Voy a tener que hacerme afeitado en casa de un peluquero, pues no tengo el pulso firme. ¿Cómo puedo yo encontrar “pasta” para mandarla a alguien? Su situación no es agradable, lo reconozco; pero ¿se figura que yo estoy de fiestas? Por lo menos hay en su carta una cosa que me consuela: no tiene un cuarto, y es imposible que se mueva. ¡Quiera o no quiera tiene que estarse allí clavado!».

Después, en un nuevo arranque de indignación, añadió: «¡Aún se atreve a quejarse el animal! ¡Y ni siquiera ha oído nunca el nombre de Bent Pitman! ¿Qué haría si tuviese encima todo lo que yo tengo?».

Mas no eran aquellos argumentos de una irreprochable honestidad, y el escrupuloso Mauricio dábale cuenta de ello. No podía disimularse que su hermano Juan tampoco estaba de «fiestas» en la pantanosa casita de campo de Browndean, sin noticias, sin dinero, sin sábanas, sin la sombra de una compañía o de una distracción. De tal suerte, que cuando estuvo afeitado, Mauricio llegó a concebir la necesidad de un compromiso.

«El pobre Juanito —pensó— se encuentra realmente en un atolladero. No puedo enviarle dinero; pero sé lo que voy a hacer por él: voy a enviarle el “¡Leedme!”. Eso lo animará, y además de este modo le darán crédito al ver que recibe algo por correo».

En virtud de lo cual, camino de su despacho, compró y expidió Mauricio a su hermano un número de ese reconfortante periódico, al cual en un exceso de remordimiento unió, al azar, el «Ateneum», «La Vida Cristiana» y «La Semana Pintoresca». De este modo encontré Juan provisto de literatura, y Mauricio tuvo la satisfacción de sentir como un bálsamo sobre la conciencia.

Como si el cielo hubiese querido recompensarle, tuvo la sorpresa, al llegar a su despacho, de encontrar en él excelentes noticias. Afluían los pedidos; se vaciaban los almacenes, y el precio del cuero no cesaba de subir. El propio gerente parecía encantado. En cuanto a Mauricio —que casi había olvidado hubiese en el mundo eso que se llama buenas noticias—, con gusto hubiera estrechado contra su pecho al gerente de la casa, un buen hombre, viejo y muy enjuto, con aborascadas cejas; con gusto hubiera llegado hasta dar a cada uno de los empleados de su despacho una gratificación (¡oh, cosa pequeña!). Y mientras sentado ante su mesa abría su correo, un coro de pájaros alegres cantaba en su cabeza con un ritmo encantador: «¡Este antiguo negocio de los cueros todavía puede ir bien, ir bien, ir bien...!».

En medio de aquel oasis moral fue como le encontró un tal Rogerson, uno de los acreedores de la casa; pero Rogerson no era un, acreedor inquietante, pues sus relaciones con la casa Finsbury databan de larga fecha, y ya más de una vez había consentido en dar largos plazos.

—Mi querido Finsbury —dijo, no sin dificultad—, tengo que prevenirle de una cosa que quizá le fastidie. El caso es que... me encuentro necesitado de dinero... Hay muchos capitales fuera..., ya sabe usted lo que eso significa... Y, en una palabra...

—Bien sabe usted que jamás hemos tenido la costumbre de pagarle en el primer vencimiento —respondió Mauricio, palideciendo—. Pero deme usted el tiempo necesario para moverme, y veré lo que puedo hacer. Creo poder prometer a usted que, por lo menos, tendrá una crecida cantidad a cuenta.

—Mas, es que... eso es... —balbuceó Rogerson—. Me he dejado tentar. ¡He cedido mi crédito!

—¿Que ha cedido usted su crédito? —repitió Mauricio—. ¡He ahí un proceder, señor Rogerson, que nunca pudimos esperar de usted!

—¡Bah! Me han ofrecido por el ciento por ciento, entregándome en géneros hasta el último maravedí —murmuró Rogerson.

—¡Ciento por ciento! —exclamó Mauricio—. Pero eso le produce un beneficio como de un treinta por ciento. ¡Qué cosa tan extraña! ¿Y quién es el comprador?

—Un hombre al que no conozco —respondió el acreedor—. Un tal Moss.

«¡Un judío!», pensó Mauricio, cuando su visitante le hubo dejado. ¿Qué interés podía tener para un judío un crédito contra la casa Finsbury? ¿Y qué interés podría tener en pagarlo a semejante precio? El precio justificaba a Rogerson: sí, el propio Mauricio estaba dispuesto a convenir en ello. Pero demostraba, al mismo tiempo, por parte de Moss, un extraño deseo de convertirse en acreedor de la casa de cueros. El crédito podía ser presentado de un momento a otro, aquel mismo día, aquella misma mañana. ¿Por qué? El misterio de Moss amenazaba formar triste pareja con el misterio de Pitman. «¡Y esto en el momento en que todo parecía mejorar!», gimió Mauricio, golpeándose la cabeza contra la pared. En el mismo instante fueron a anunciarle la visita del señor Moss.

El señor Moss era un judío del género radiante, con una elegancia un tanto chocante y una amabilidad ofensiva. Declaró que en todo aquello trataba en nombre de una tercera persona; él mismo no entendía nada del asunto en cuestión; su cliente habíale dado órdenes precisas. El susodicho cliente quería recobrar sus fondos; pero si por el momento la cosa era completamente imposible, aceptaría un cheque pagadero a los sesenta días...

—¡Ignoro lo que todo esto significa! —dijo Mauricio—. ¿Qué motivo os ha podido empujar a comprar ese crédito y con un tanto por ciento como éste?

El señor Moss no tenía la menor idea; limitábase a ejecutar las órdenes de su cliente.

—Todo eso es completamente irregular —dijo por fin Mauricio—. Contrario a las prácticas comerciales. ¿Cuáles son sus instrucciones en el caso de que yo me negara?

—En ese caso tengo orden de dirigirme a don José Finsbury, el jefe de vuestra casa —respondió el judío—. Mi cliente ha insistido muy especialmente sobre ese punto. Me ha dicho que el señor don José Finsbury era el único que tenía personería aquí...; perdóneme, pero la frase no es mía.

—Es imposible que vea usted a don José; está delicado —dijo Mauricio.

—En ese caso, tengo orden de entregar el asunto en manos de un abogado. ¡Veamos! —prosiguió el señor Moss, consultando su cartera—. ¡Ah, aquí está! Don Miguel Fínsbury. ¿Es quizá pariente de ustedes? Me alegraría mucho, pues si así fuese, indudablemente el asunto podría arreglarse amistosamente.

Caer en manos de Miguel. ¡Oh! Era ya demasiado para Mauricio. Se atrevió. ¿Un cheque a sesenta días? En definitiva..., ¿qué había que temer? Dentro de sesenta días habría, probablemente, muerto o, por lo menos, estaría en la cárcel; de tal suerte que ordenó a su gerente diese al señor Moss una butaca y un periódico.

—Voy a llevarle el cheque al señor Finsbury, para que lo firme —dijo—. Mi tío está acostado, delicado, en nuestra casa de John Street.

Un coche para ir, un coche para volver: dos buenas arremetidas más a los cuatro chelines que constituían su capital. Calculó que, después de la salida del señor Moss, tendría por todo capital en el mundo diecisiete sueldos. Pero lo más horrible aún es que, para salir del apuro, había tenido que transportar entonces a su tío José a Bloomsbury.

«¡Ay! —se decía—, en lo sucesivo ya es inútil que el pobre Juanito se encierre en el Hampshire. Y en cuanto a saber cómo podré hacer durar la farsa, que me cuelguen si tengo la menor idea. Con mi tío en Brown Dean ya apenas si era posible; con mi tío en Bloomsbury, la cosa me parece superior a las fuerzas humanas. De todos modos, superior a las mías, pues, en suma, eso es lo que hace Miguel con el cuerpo del tío Masterman. Pero..., ¡caramba!, él tiene cómplices: esa ama de llaves vieja, e, indudablemente, unos cuantos tunantes de su clientela. ¡Ah, si yo pudiese encontrar cómplices!».

La necesidad es madre de todas las artes Humanas. Espoleado por ella, Mauricio se sorprendió a sí mismo, comprobado el apresuramiento, la resolución y, en suma, la excelente apariencia de su nueva falsificación. Tres cuartos de hora después entregaba al señor Moss un cheque que ostentaba, atrevidamente, la firma del tío José.

—¡Está perfectamente! —declaró el caballero israelita, levantándose—. Y ahora, tengo orden de decirle que este cheque no le será presentado a su vencimiento, pero que obrará muy prudentemente si tiene cuidado, mucho cuidado.

En torno de Mauricio la habitación comenzó a girar.

—¿Qué? ¿Qué dice usted? —exclamó, agarrándose a la mesa—. ¿Qué quiere usted decir? ¿Que el cheque no será presentado? ¿Por qué debo tener cuidado? ¿Qué significa todo eso?

—No tengo la menor idea, le doy a usted mi palabra de honor, señor Finsbury —respondió el hebreo, sonriendo bonachonamente—. Me han puesto en los labios las frases que tanto le han conmovido.

—¿Cuál es el nombre de su cliente? —preguntó Mauricio.

—Provisionalmente, mi cliente quiere que su nombre permanezca secreto —respondió el señor Moss.

Mauricio se inclinó hacia él.

—¿No es... no es el Banco? —murmuró con estrangulada voz.

—Lamento mucho no estar autorizado para ser más explícito —respondió el señor Moss—. Y ahora, si usted quiere, habré de desearle un buen día.

«¡Desearme un buen día...! —pensó Mauricio apenas quedó solo. Al minuto siguiente había agarrado su sombrero y escapado de su gabinete como un loco. No se detuvo hasta no haber cruzado tres calles, para gruñir—: ¡Dios mío!, debiera haberle pedido prestado dinero al gerente. Pero ahora ya es demasiado tarde. Imposible volver para eso. No; claro está que no. ¡Estoy sin un cuarto, absolutamente sin un cuarto, como los obreros sin trabajo!».

Volvió a su casa y se sentó melancólicamente en el comedor. Jamás hizo Newton un esfuerzo mental tan vigoroso como el que hizo entonces aquella víctima de las circunstancias; y, sin embargo, el esfuerzo resultó estéril. «No sé si depende de un defecto de mi inteligencia —se dijo—, pero el caso es que en mi mala suerte encuentro algo de contranaturaleza. Valdría la pena escribir al “Times” para señalar el caso. ¿Qué digo? Valdría la pena hacer una revolución. Y lo más claro del asunto es que necesito en seguida dinero. La moralidad, no tengo que ocuparme más de ella, desde hace mucho tiempo ha rebasado esa fase. Lo que necesito es dinero y en seguida, y la única probabilidad que tengo de procurármelo es Bent Pitman. Bent Pitman es un criminal, y, por lo tanto, su situación tiene puntos débiles. Debe conservar aún una parte de las ochocientas libras. Es preciso, sea como sea, que le obligue a partir conmigo lo que le quede. Y, hasta si ya no le queda nada, pues bien, le contaré el asunto de la “tontina”, y entonces, con un “bravo” como ese Pitman en mi bando, será cosa endiablada si no logro llegar a un resultado».

Todo aquello estaba bien. Pero era preciso todavía echarle la mano encima a Bent Pitman, y Mauricio no veía muy claro el modo de hacerlo. Sí; la única manera posible de llegar hasta Pitman era un anuncio en los periódicos. Pero, ¿en qué términos redactar la petición de una cita, en nombre de quién, dónde? Hacer venir a Pitman a Bloomsbury, a la casa de John Street, sería muy peligroso con un mozo de aquella especie, que, al mismo tiempo, aprendería las señas de Mauricio, y no era hombre incapaz de aprovecharlo más tarde contra él. ¿Fijar la cita en casa de Pitman? También aquello era muy peligroso. Mauricio imaginábase demasiado bien lo que debía ser aquella casa, una guarida siniestra en Holloway, con una trampa secreta en cada una de las habitaciones, una casa donde se podría entrar con

abrigo de verano y botas charoladas, para salir, una hora después, bajo la forma de un picadillo de carne en una cesta de carnicero. Aparte de eso, había el inconveniente fatal de ligarse con un cómplice demasiado emprendedor; Mauricio se daba cuenta de ello, no sin cierto temblorcillo. «¡Nunca pude haber soñado tuviese que llegar un día a desear amistad semejante!», se decía.

Por fin, surgió en su imaginación una brillante idea. La estación de Waterloo, un sitio público y, no obstante, a ciertas horas, lo suficiente desierto. Y no era eso sólo. Sino también un sitio cuyo solo nombre debía hacer latir más de prisa el corazón de Pitman; un sitio cuya elección para el encuentro habría de sugerir al rufián que, por lo menos, estaban enterados de uno de sus culpables secretos.

Tomó, pues, Mauricio una hoja de papel y se puso a redactar el esbozo de un anuncio:

AVISO

«William Bent Pitman: Si por casualidad se posan sus miradas en el presente aviso, queda informado de que podrá saber algo ventajoso para él, el próximo domingo, de dos a cuatro de la tarde, en el andén de salida de las líneas de los alrededores, en la estación de Waterloo».

Mauricio volvió a leer con la más viva satisfacción el pequeño trozo literario que acababa de improvisar. «¡Realmente, no está mal! —se dijo—. Lo de “algo ventajoso para él”, tal vez no sea de una exactitud rigurosa; pero es tentador, es original, y, en suma, no le exigen a uno juramento al ordenar la inserción de un anuncio. No pido más al cielo, hasta el domingo, sino el que pueda procurarme un poco de dinero suelto para mis comidas, para el importe del anuncio y también para... Pero, no, no derrochemos nuestros fondos enviando dinero a Juan. Le seguiré mandando algunos periódicos festivos. Sí; pero..., ¿dónde hallar el dinero?».

Aproximóse al armario donde estaba encerrada su colección de anillos de sello... Pero, de repente, revelóse en él el coleccionista: «No, no; no quiero —exclamó—. ¡Por nada del mundo echaría a perder mi colección! ¡Antes robar!».

Y se lanzó al salón, cogió apresuradamente algunas curiosidades traídas en otro tiempo por el tío José: un par de babuchas turcas, un abanico de Esmirna, un narguile egipcio, un tabuco garantizado como de la pertenencia

de un bandido de Francia y un puñado de conchas con sus nombres escritos en latín sobre etiquetas.

XIV. EN DONDE WILLIAM DENT PITMAN SABE ALGO VENTAJOSO PARA ÉL

El domingo por la mañana, William Dent Pitman se levantó a su hora de costumbre, pero en una disposición algo menos melancólica que como viviera desde el malhadado arribo del barril. Debíase esto a que, la víspera, su familia había tenido una fructuosa adición bajo la forma de un huésped. El huésped habíalo llevado Miguel Finsbury, el cual había fijado precio de la pensión, garantizando la regularidad del pago; pero, indudablemente, por un nuevo efecto de su irresistible manía de mixtificación, Miguel habíale hecho a Pitman un retrato lo menos seductor posible del anciano que instalaba en su casa. Había dado a entender al artista que aquel viejo, que, por otra parte, era uno de sus parientes más cercanos, debía ser tratado con una gran desconfianza. «¡Cuide mucho de evitar con él toda familiaridad —le había dicho—, pues conozco pocos hombres cuyo trato sea más peligroso!». De tal modo que Pitman, al principio, había abordado a su huésped con suma timidez, siendo grande su sorpresa al descubrir que aquel anciano, que le habían presentado como algo terrible, era, en realidad, un hombre excelente.

Durante la cena, el huésped había llevado su amabilidad hasta el extremo de ocuparse de los tres hijos de Pitman, a los que había enseñado una multitud de pequeños detalles curiosos sobre diversos asuntos, y después había estado charlando con el artista hasta la una de la madrugada en el estudio de aquél, deslumbrándole por la variedad y firmeza de sus conocimientos. En una palabra: el buen Pitman se había sentido encantado, y todavía, al recordar la excelente velada de la víspera, una sonrisa, hacía mucho tiempo perdida, reaparecía en sus ojos. «¡Ese viejo, el señor Finsbury, es una verdadera adquisición!», pensaba, mientras se afeitaba delante de la ventana. Y cuando, terminada su operación, entró en el comedorcito, donde ya estaba puesta la mesa para el almuerzo, estrechó la mano de su huésped casi con una cordialidad de antiguos amigos.

—Estoy encantado de verle, querido señor. Supongo que no habrá usted dormido mal.

—Las personas de costumbres sedentarias se quejan a menudo de la agitación que pone en su sueño la obligación de dormir en una cama nueva —respondió el huésped—. Sé muy bien que esas personas, según la estadística, forman una mayoría más considerable aún de lo que se podría suponer. Y cuando digo «la obligación de dormir en una cama nueva», ya comprenderá usted que, naturalmente, no es más que un modo de hablar, pues la cama puede ser vieja, aunque para aquel que en ella se acueste sea nueva. De este modo tenemos en nuestra lengua una multitud de locuciones angulares, que valdría la pena fuesen rectificadas. Mas, por lo que a mí se refiere, caballero, acostumbrado, como lo he estado durante mucho tiempo, a una vida de cambio casi continuo, debo decirle, en suma, que he dormido perfectamente.

—¡Estoy encantado de oírle! —dijo con caluroso tono el profesor de dibujo—. Pero veo, señor, que le he interrumpido en la lectura de su periódico.

—El periódico dominical es una de las novedades de nuestra época —respondió el señor Finsbury—. Dicen que en América ha adquirido muchísima más importancia aún que entre nosotros. Gran número de periódicos dominicales en América tienen centenares de columnas, la mitad de las cuales, por lo menos, está reservada a los anuncios. En otros países, los periódicos cotidianos se publican incluso el domingo, de tal suerte, que los periódicos especiales como éstos no tienen razón de ser. El periodismo contemporáneo, caballero, manifiéstase bajo una infinidad de formas distintas, lo que no le impide el ser en todas partes, en el mismo grado, el gran agente de la educación y del progreso humanos. ¿Quién podría creer, caballero, que una cosa tan indispensable, que tal caso, digo, no haya existido siempre? Y, sin embargo, los periódicos son de invención relativamente reciente; el primero que se publicó... Pero todo esto, por interesante que sea de conocer, no es, por mi parte, más que una digresión. Lo que yo deseaba preguntarle, señor, es esto: ¿Es usted, como yo, un asiduo lector de nuestra prensa nacional?

—¡Oh! Ya sabe usted —se excusó Pitman— que para nosotros, los artistas, la prensa no puede tener el mismo interés que para...

—En ese caso —interrumpió José—, puede ser que no haya leído un anuncio publicado en diversos periódicos estos últimos días, y que esta mañana he encontrado en el Sunday Times. El nombre, salvo una variante de

poca importancia, se parece mucho al suyo. Si usted quiere, voy a leérselo en voz alta.

Y con el tono de que se servía para sus citados públicas, leyó:

AVISO

William Bent Pitman: Si por casualidad se posan sus miradas en el presente aviso, queda informado de que podrá saber algo ventajoso para él, el próximo domingo, de dos a cuatro de la tarde, en el andén de la salida de las líneas de los alrededores, en la estación de Waterloo.

—¿Realmente dice eso en el periódico? —exclamó Pitman—. ¡Veamos! ¿Bent? Esto debe ser una errata. ¿Algo ventajoso para mí? Señor Finsbury, permítame usted pedirle un favor. Comprendo lo extraño que sonará en sus oídos lo que voy a decirle, pero, ya ve usted, hay razones de orden completamente último que me hacen desear que ese asuntillo quede entre nosotros. Desearía vivamente que mis hijos... Le aseguro a usted, querido señor, que en ese secreto no hay nada que sea para mí deshonroso: razones de orden íntimo, nada más. Y, además, acabaré de tranquilizar su conciencia cuando le haya dicho que el asunto en cuestión es conocido de nuestro común amigo don Miguel, quien, conociéndolo, no se ha creído obligado a retirarme su preciosa estimación.

—¡Bastaba una palabra, señor Pitman! —respondió José, haciendo una de sus orientales reverencias.

Media hora más tarde, el profesor de dibujo halló a Miguel en su cama con un libro; el abogado ofrecía una perfecta imagen del reposo y del buen humor.

—¡Salud, Pitman! —dijo, dejando su libro—. ¿Qué viento le trae por aquí a estas horas? Debiera estar en la iglesia, mi amigo.

—No estoy hoy para ir a la iglesia, señor Finsbury —respondió el artista—. ¡Una nueva catástrofe amenaza caer sobre mí, señor! Y alargó a Miguel el anuncio del periódico.

—¿Qué? ¿Qué es eso? —exclamó Miguel saltando en su lecho.

Luego, después de haber estudiado el anuncio durante un instante, dijo:

—Pitman, me río en absoluto de ese documento.

—Y, sin embargo, no creo que se le pueda echar en saco roto —murmuró Pitman.

—¡Suponía que ya estaba usted harto de la estación de Waterloo! —respondió el abogado—. ¿Se dejaría usted atraer por un impulso mórbido? La verdad es que se ha vuelto usted muy raro desde que ha perdido la barba. Empiezo a creer que era en la barba donde tenía usted su buen sentido.

—Señor Finsbury —dijo el profesor de dibujo—, he reflexionado mucho acerca de la nueva complicación que acaba de producirse en mi vida con ese anuncio, y, si usted me lo permite, voy a exponerle los resultados de mis reflexiones.

—Venga —dijo Miguel—. Pero no olvide usted que hoy es domingo. Nada de grandes frases ni de charloteo inútil.

—Nos encontramos en presencia de tres hipótesis posibles —comenzó Pitman—: primero, este anuncio puede relacionarse con el asunto del barril; segundo, puede referirse a la estatua del señor Semitopolis, y, finalmente, tercero, puede emanar del hermano de mi difunta mujer, que marchó hace veinte años a Australia y no hemos tenido más noticias de él. En el primer caso —asunto del barril—, admito que la abstención sería, para mí, el partido más prudente.

—Hasta aquí, el tribunal opina lo mismo que usted, señor Pitman —dijo Miguel—. Dígnese continuar.

—En el segundo caso —prosiguió Pitman—, estoy obligado a no descuidar nada de lo que pueda ayudarme a encontrar la antigüedad, desgraciadamente perdida.

—Pero, mi querido amigo, usted mismo dijo anteayer que el señor Semitopolis le había descargado de toda responsabilidad en el accidente. ¿Qué desea usted más?

—Soy de opinión, señor, salvo error, que la irreprochable corrección del comportamiento del señor Semitopolis me impone, más imperiosamente aún, el deber de buscar el Hércules —respondió el profesor de dibujo—. Me doy perfecta cuenta de todo lo que en mi actitud ha habido, desde el principio, de ilegal y de reprehensible; *razón* de más para que, en lo sucesivo, me esfuerce por obrar como un caballero.

Y Pitman enrojeció hasta las orejas.

—¡Tampoco a eso puedo hacer objeción alguna! —declaró Miguel—. Muchas veces también he pensado yo mismo que me gustaría un día intentar obrar como un caballero. Pero eso será más adelante, cuando me haya retirado de los negocios. Mi profesión, ¡ay!, me hace, provisionalmente, casi impracticable semejante cosa.

—Y en la tercera hipótesis —prosiguió Pitman—, si el autor del anuncio es mi cuñado Tim, pues bien, es natural que esto signifique para nosotros la fortuna.

—¡Sí; pero desgraciadamente, el autor del anuncio no es su cuñado Tim! —dijo el abogado.

—¿Se ha enterado usted, señor, de una expresión que me parece de las más notables de ese anuncio? «Algo ventajoso para él» —preguntó Pitman, con maligna sonrisa.

—¡Qué inocente cordero es usted! —respondió Miguel—. Esa expresión es el lugar común más destalonado de la lengua inglesa; prueba, simplemente, que el autor del anuncio es un imbécil. ¡Veamos! ¿Quiere usted que en un abrir y cerrar de ojos le eche por tierra su castillo de naipes? Pues bien: ¿cree usted que su cuñado Tim sería hombre capaz de cometer ese error en el modo de escribir su apellido? ¿Bent en lugar de Dent? No es que, en sí, la corrección me desagrade. Por el contrario, la encuentro admirablemente juiciosa, y hasta estoy resuelto a adoptarla en lo sucesivo yo mismo en mis relaciones con usted. Pero... ¿encuentra usted verosímil el que proceda de su cuñado?

—No, en efecto; no parece muy natural en él —reconoció Pitman—. Pero ¿quién sabe si al pobre no se le ha nublado la inteligencia en Australia!

—Razonando de ese modo, Pitman —dijo Miguel—, igualmente se podría suponer que el autor de ese anuncio es Su Majestad la Reina Victoria, inflamada por el deseo de hacerle a usted barón. Déjole a usted decidir si eso es probable, y, sin embargo, su hipótesis relativa a la inteligencia de su cuñado nada tiene de opuesto a las leyes naturales. Pero no vamos a tratar aquí de las hipótesis «probables»; de tal suerte que, con su permiso, vamos a eliminar, de corrida, a Su Majestad la Reina Victoria y a su cuñado Tim. Viene ahora su segunda idea; es decir, que el anuncio puede relacionarse con la pérdida de la estatua. Esto es posible; pero, en ese caso, ¿de quién vendría el anuncio? Del italiano no, puesto que sabe su dirección, y tampoco de la persona que ha recibido la caja, puesto que esa persona no conoce su nombre. ¿El factor del ferrocarril?, preguntará usted con un relámpago de lucidez. Sí, ese hombre puede haber averiguado su nombre en el despacho de la estación..., y puede haberse equivocado en el nombre de usted y puede no saber sus señas. Admitamos, pues, al factor del ferrocarril. Pero he aquí una pregunta: ¿experimenta usted realmente, un gran deseo en volverse a encontrar con ese personaje?

—¿Y por qué no había de experimentarlo? —preguntó Pitman.

—Si el susodicho factor desea verle —respondió Miguel— es, no me cabe la menor duda, porque ha encontrado su libro, ha ido a la casa donde hubo depositado la estatua y —anote bien esto, Pitman— obra ahora por instigación del asesino.

—¡Quedaría desolado de que así fuese! —dijo Pitman—. Pero continuó pensando en que tengo el deber con el señor Semitopolis...

—¡Pitman! —interrumpió Miguel—, ¡nada de bromas! No intente usted contar con su consejo legal. No intente usted hacer pasar por difunto a Régulos. Vamos, apostaría una cena a que he adivinado que sigue creyendo que el anuncio procede de su cuñado Tim.

—Señor Finsbury —respondió el profesor de dibujo, cuyo honrado rostro había vuelto a colorearse—, usted no es padre de familia, ni tiene que ganarse su pan de cada día. Mi hija Gwendoline crece; este año la han confirmado. Una niña que, por lo que juzgar se puede, promete mucho. Pues bien, señor y amigo, comprenderá usted mis sentimientos de padre cuando le diga que esa pobre criatura, falta de lecciones, no sabe aún bailar. Los dos chicos van a la escuela del barrio, lo que, en suma, no está mal. Lejos de mí la idea de despreciar las instituciones de mi país. Pero, en secreto, yo había alimentado la esperanza de que el mayor, Haroldo, podría llegar a ser un día profesor de música —quién sabe, tal vez, virtuoso—. Y el pequeño, Otón, demuestra una muy pronunciada vocación hacia el estado religioso. No soy, hablando con propiedad, un hombre de ambiciones...

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Miguel—. Confiéselo usted: usted sigue creyendo aún que es su cuñado Tim.

—No lo «creo» —respondió Pitman—; pero me digo que «puede» ser él. Y si, por mi descuido, perdiera esa ocasión de ser rico, ¿cómo me atrevería a mirar cara a cara a mis pobres hijos?

—Así es que —repuso el abogado— tiene la intención...

—De ir, dentro de poco, a la estación de Waterloo —dijo Pitman—, oculto por un disfraz.

—¿Ir completamente solo? —preguntó Miguel—. ¿Y no teme usted los peligros de la aventura? En todo caso, no deje usted de enviarme dos letras esta noche, desde la cárcel.

—¡Oh, señor Finsbury! Yo me había atrevido a confiar en que tal vez... consentiría usted... en acompañarme —balbuceó Pitman.

—¡Que me disfrace otra vez, y un domingo! —exclamó Miguel—. ¡Qué poco conoce usted mis ideas!

—Señor Finsbury —dijo Pitman—, no tengo ningún medio, lo sé, para probarle mi agradecimiento. Pero déjeme usted hacerle una pregunta: Si yo fuese un cliente rico, ¿aceptaría usted correr el riesgo?

—¡Eh! Mi amigo, ¿pero es que ha creído usted que mi profesión es la de robar por Londres con mis clientes disfrazados? —preguntó Miguel—. Le doy a usted mi palabra de que ni por todo el oro del mundo hubiera consentido en ocuparme de un asunto como el de usted. Pero confieso que experimento una viva curiosidad por ver cómo va usted a portarse en esa entrevista. La cosa me tienta. Me tienta, Pitman, más que el oro. ¿Lo oye usted? Estoy seguro de que no tendrá usted precio.

Y se echó a reír.

—¡Vamos, mi querido Pitman —dijo—; no hay manera de negarle a usted nada! Prepare todo el aparato de la mascarada. A la una y media estaré en su estudio.

A las dos y media de aquel mismo domingo, el vasto y sombrío *hall* encristalado de la estación de Waterloo dormía, silencioso y desierto, como el templo de una religión muerta. Aquí y allí, sobre algunos de los innumerables andenes, un tren aguardaba pacientemente; aquí y allí resonaba el eco de un ruido de pasos, y, por momentos, mezclábase con aquél el choque de un casco de caballería contra el seco pavimento en el patio exterior, donde se estacionaban los coches. Los quioscos de periódicos estaban cenados; enmohecidas persianas de hierro ocultaban las novelas de Rider Haggard, cuyas cubiertas ricamente ilustradas alegran y reconfortan al paso el espíritu del viajero durante los días de la semana. Los raros empleados que estaban de servicio erraban vagamente, como sonámbulos. Y, cosa apenas creíble, ni siquiera se hubiese encontrado allí, en aquella hora, la dama de edad madura (con una pelerina y un saquito de viaje en la mano), que, sin embargo, parece ser parte esencial de los andenes de nuestras estaciones.

A la susodicha hora, si una persona que conociese a John Dickson (de Ballarat) y Ezra Thomas (de los Estados Unidos de América), se hubiese casualmente encontrado ante la gran entrada de la estación de Waterloo, hubiese tenido la satisfacción de ver a estos dos extranjeros bajar de un coche y penetrar en la sala de los billetes.

—Pero, en suma, ¿qué nombres vamos a tomar? —preguntó al ex Ezra Thomas, mientras aseguraba sobre su nariz las gafas que aquel día le habían sido devueltas por excepcional favor.

—¡Eh, compañero; por lo que a usted se refiere, no podemos escoger! —respondió su compañero—. Tendrá usted que llamarse Bent Pitman, o nada.

En cuanto a mí, tengo la idea de que hoy voy a llamarme Appleby. Un hermoso nombre de antaño, Appleby, y con un amable perfume de añeja sidra del Devonshire. A propósito de esto, ¿qué le parece si comenzásemos por humedecer un poco la garganta? Porque la entrevista amenaza ser una ruda prueba.

—Si no le molestase demasiado, me gustaría más esperar a que hubiese terminado —respondió Pitman—. Sí, pensándolo bien, yo aguardaría a que la entrevista haya terminado. No sé si usted tiene la misma impresión que yo, señor Finsbury, pero la estación me parece completamente desierta y llena por completo de ecos bien extraños.

—¡Eh, eh, amigo! ¿No es cierto que juraría usted que todos esos trenes inmóviles están llenos de agentes de la policía, que sólo esperan una señal para echarse sobre nosotros? ¡Ah! Eso es, mi pobre Pitman, lo que llaman la conciencia, el remordimiento.

Con un paso que nada tenía de marcial, los dos amigos llegaron, por fin, al andén de salida de los trenes de los alrededores. Al extremo opuesto descubrieron la delgada figura de un hombre, apoyado contra un pilar. Evidentemente, aquel hombre se hallaba hundido en una profunda meditación. Tenía bajos los ojos y no parecía enterarse de lo que ocurría en derredor suyo.

—¡Hola! —dijo en voz baja Miguel—. ¿Será ése el autor de su anuncio? En ese caso, tendré que dejarlos solos.

Después, tras un segundo de vacilación, repuso alegremente:

—¡Caray! ¡Qué importa! Voy a seguir la farsa. Pronto, vuélvase usted y déme las gafas.

—¿Pero no ha dicho usted que me las dejaría hoy? —protestó Pitman.

—Sí; pero ese hombre me conoce —dijo Miguel.

—¿De veras? ¿Y cómo se llama? —exclamó Pitman.

—La discreción me obliga a callarlo —respondió el abogado. Pero hay una cosa que puedo decirle: si es él el autor de su anuncio (y debe de ser él, puesto que tiene el aspecto extraño de los debutantes del crimen), si es él el autor del anuncio, puede usted marchar sin temor, pues ya tengo al mozo cogido entre mis manos.

Habiéndose debidamente efectuado el cambio, y encontrándose Pitman un poco reconfortado por aquella buena noticia, los dos hombres adelantáronse en línea recta hacia Mauricio.

—¿Es usted quien desea ver al señor William Bent Pitman? —preguntó el profesor de dibujo—. Yo soy Pitman.

Mauricio alzó la cabeza. Descubrió ante sí a un personaje de una insignificancia casi indescriptible, con blancos botines y un cuello de camisa vuelto demasiado bajo, como los que llevaban los aprendices treinta años antes. A una decena de pasos detrás de él se mantenía otro individuo, más alto y más fornido, pero cuyo rostro apenas si permitía un serio estudio fisonómico, pues estaba oculto casi completamente por un bigote, patillas, gafas y un sombrero blando, de fieltro.

Desde hacía tres días el pobre Mauricio no había dejado de calcular la probable apariencia del hombre que imaginaba ser uno de los bandidos más peligrosos de los bajos fondos de Londres. Su primera impresión, al descubrir al verdadero Pitman, fue de cierta contrariedad. Pero, una segunda ojeada a la pareja convencióle de que, a pesar de las apariencias, no se había equivocado acerca del carácter real del encubridor de cadáveres. El caso es que no había visto aún hombres ataviados de ese modo. «¡Es evidente; son individuos acostumbrados a vivir al margen de la sociedad!», pensó.

Después, dirigiéndose al hombre que acababa de hablarle, le dijo:

—Deseo hablar con usted a solas.

—¡Oh! —respondió Pitman—, la presencia del señor Appleby no podría molestarnos. Lo sabe todo.

—¿Todo? ¿Sabe usted de lo que he venido a hablarle? —exclamó Mauricio—. ¡El barril!...

Pitman palideció completamente; pero lo que le hacía palidecer era la indignación de su virtud.

—¡Entonces, es usted! —exclamó a su vez—. ¡Miserable!

—¿Realmente puedo hablar ante él? —preguntó Mauricio, designado al cómplice del «valiente». El epíteto que éste acababa de dirigirle, procediendo de semejante hombre, apenas si le emocionaba.

—El señor Appleby ha estado presente en todo el asunto —dijo Pitman—. Fue él mismo quien abrió el barril. Su culpable secreto le es desde ahora tan conocido como a nuestro Creador y a mí.

—Bueno, entonces —comenzó Mauricio—, ¿qué ha hecho usted del dinero?

—Ignoro de qué dinero quiere usted hablar —respondió Pitman enérgicamente.

—¡Ah!; no es posible hacerme tragar esa piedra de molino —declaró Mauricio—. Usted vino a la estación, a esta misma, después de haberse disfrazado de sacerdote (¡sin temor al sacrilegio cometido con semejante disfraz!), se apropió usted de mi barril, lo abrió, suprimió el cuerpo y cobró el

cheque. Le digo a usted que ha estado en el Banco —gritó—. Le he seguido a usted paso a paso, y sus negativas son de una puerilidad estúpida.

—Vamos, vamos, Mauricio, no te alteres —dijo de repente el señor Appleby.

—¡Miguel! —exclamó Mauricio—. ¡Otra vez Miguel!

—¡Sí, otra vez Miguel! —repitió el abogado—. ¡Otra vez y siempre, querido, aquí y en todas partes; entérate de que todos tus pasos están contados! Detectives de probada habilidad te siguen como si fuesen tu sombra, y vienen a darme cuenta de tus movimientos cada tres cuartos de hora. ¡Oh, no he mirado el gasto! Yo hago las cosas espléndidamente.

La cara de Mauricio se había tomado de un gris sucio.

—¡Bah! —dijo—, ¡poco me importa! Al contrario, así puedo con más facilidad no ocultar nada. Este hombre se ha embolsado mi cheque; es un robo y deseo me devuelva el dinero.

—Óyeme tú, Mauricio —dijo Miguel—. ¿Crees, pues, que yo me digne mentirte?

—No sé —respondió Mauricio—. Quiero mi dinero.

—Yo sólo he tocado el cuerpo —dijo Miguel.

—¿Tú? —exclamó Mauricio, dando un paso atrás—. Entonces..., ¿por qué no has declarado la muerte?

—¿Qué demonio quieres decir? —preguntó su primo.

—Bueno, pero..., ¿es que yo estoy loco —gritó Mauricio—, o es que lo estás tú?

—Creo que más bien puede que lo esté Pitman —aventuró Miguel.

Y los tres hombres se miraron embobados.

—¡Todo esto es horrible! —respondió Mauricio—. ¡Horrible! ¡No comprendo ni una sola palabra de lo que me dicen!

—Ni yo tampoco, palabra de honor —dijo Miguel.

—Y, además, ¡por Cristo!, ¿para qué las patillas y el bigote? —exclamó Mauricio, señalando con el dedo a su primo, como si éste hubiera sido un espectro—. ¿Es que tengo nublada la vista? ¿Para qué las patillas y el bigote?

—¡Oh! Eso no es más que un detalle sin importancia —se apresuró a afirmar Miguel.

Prodújose de nuevo un silencio, durante el cual Mauricio estuvo en una disposición de espíritu parecida a esa en que se hubiera encontrado si lo hubiesen arrojado al aire sobre un trapezio desde la cima de la catedral de San Pablo.

—¡Recapitulemos un poco! —dijo, por fin, Miguel—. A menos que todo esto no sea otra cosa que un sueño, en cuyo caso desearía que Catalina se diese prisa a traerme mi tazón de café con leche. Pues mi amigo Pitman, aquí presente, ha recibido un barril que, por lo que ahora vemos, era para ti. El barril contenía el cadáver de un hombre. Cómo o por qué tú lo habías matado...

—¡Jamás puse sobre Si mis manos! —protestó Mauricio—. Sí: eso es lo que siempre temí sospechasen de mí. Pero piensa en ello un poco, Miguel. Tú sabes muy bien que yo no soy hombre de esa especie. Con todos mis defectos, tú sabes que yo no sería capaz de tocar un pelo de una cabeza ajena. Y, por otra parte, comprendes que esa muerte significaba mi ruina. ¡Fue en BrownDean donde murió, en ese maldito accidente!

De repente Miguel lanzó una carcajada, tan violenta y tan prolongada, que sus dos compañeros supusieron, sin la menor duda posible, que su razón acababa de abandonarle. En vano se esforzaba por recobrar su calma; en el momento en que, por fin, se creía a punto de lograrlo, una nueva oleada de risa loca acudía a él y le agitaba de nuevo. Y debo añadir que, de toda aquella dramática entrevista, éste fue el episodio más siniestro: Miguel, retorciéndose, presa de una risa insensata, mientras Pitman y Mauricio, reunidos por un mismo terror, cambiaban miradas llenas de curiosidad.

—Mauricio —tartajeó, por fin, el abogado, entre dos bocanadas de su risa—, ahora lo comprendo todo. Y tú también vas a comprenderlo, con una sola palabra que voy a decirte. Entérate de que hasta hace un momento, ¡no había adivinado que ese cuerpo era el del lío José!...

Esta declaración aflojó un poco la tensión de Mauricio; mas, para Pitman, por el contrario, fue como un postrer soplo de viento que apagase la última luz en la noche de su enloquecido cerebro. ¡EL tío José, al que había dejado una hora antes en su salón de Norfolk-Street, ocupado en recortar periódicos antiguos! Y era aquel mismo tío José, cuyo cuerpo había recibido seis días antes, en un barril. Pero, en ese caso, ¿quién era Pitman? Y el sitio en donde se encontraba entonces, ¿era la estación de Waterloo o un manicomio?

—En efecto —exclamó Mauricio—, el cuerpo estaba en un estado que debía hacer difícil su reconocimiento. ¡Qué idiota soy al no haber pensado en eso! Bueno, ahora, gracias a Dios, todo se explica. Y he de decirte, mi querido Miguel, que estamos salvados los dos. Tú recogerás el dinero de la «tontina» (¡ya ves pues que no buscó engañarte!) y yo podré ocuparme de la casa de cueros, que está a punto de marchar como nunca marchó hasta aquí. Te

autorizo para que vayas al momento a hacer la declaración de la muerte de mi tío; no te preocupes de mí; declara la muerte y hemos salido del atolladero.

—¡Eh! Sí; pero, desgraciadamente, no puedo declarar la muerte —dijo Miguel.

—¿No puedes? ¿Y por qué?

—¡Porque no puedo presentar el cuerpo, Mauricio! Lo he perdido.

—¡Párate un instante! —exclamó el mercader de cueros—. ¿Qué dices tú? ¡Cómo es eso! No es posible. ¡El que ha perdido el cuerpo soy yo!

—Sí; pero yo también lo he perdido, querido —dijo Miguel con estupenda serenidad—. No reconociéndolo —¿comprendes?— y olfateando algo irregular en su procedencia, me apresuré..., a desembarazarme de él.

—¿Te has desembarazado de él? —gimió Mauricio—. Pero puedes volver a encontrarlo. ¿No sabes acaso dónde está?

—Bien quisiera yo saberlo, Mauricio; daría cualquier cosa por saberlo; pero el caso es que no lo sé —respondió Miguel.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó Mauricio, alzando los ojos y los brazos al cielo—. ¡Dios todopoderoso, el negocio de los cueros se fue a pique!

De nuevo Miguel viose sacudido por un ataque de risa.

—¿Por qué te ríes ahora, imbécil? —le gritó su primo—. ¡Aún pierdes tú más que yo! ¡Si tuvieras tú dos dedos de corazón, temblarías de los pies a la cabeza, a fuerza de pena! Pero, de todos modos, debo decirte una cosa. ¡Quiero tener esas ochocientas libras! Quiero tenerlas, ¿lo oyes tú?, y las tendré. Es indudable que ese dinero es mío. Y tu amigo, aquí presente, ha tenido que cometer una falsificación para cobrarlas. Déme esas ochocientas libras, dénmelas en seguida, aquí mismo, en este andén, o me voy directamente a la jefatura de policía y cuento todo el asunto.

—Mauricio —dijo Miguel, poniéndole una mano sobre el hombro—, te ruego que atiendas a razones. ¡Te aseguro que no somos nosotros los que hemos recogido ese dinero! ¡Es el otro hombre! ¡Ni siquiera pensamos en mirar en los bolsillos!

—¿El otro hombre? —preguntó Mauricio.

—¡Sí; el otro hombre! Nosotros endosamos al tío José a otro hombre —respondió Miguel.

—¿Endosar? —repitió Mauricio.

—¡Bajo la forma de un piano! —respondió Miguel con la mayor sencillez del mundo—. Un instrumento magnífico, aprobado por Rubinstein...

Mauricio se llevó la mano a la frente y la bajó de nuevo; estaba completamente mojada.

—¡Fiebre! —dijo.

—¡No, era un Erard! —dijo Miguel—. Pitman, que lo vio de cerca, podrá garantizamos su autenticidad.

—Ya basta de pianos —dijo Mauricio con un gran estremecimiento tembloroso—. Ese..., ese otro hombre..., volvamos a él. ¿Quién es? ¿Dónde podría cogerle?

—¡Esa es la dificultad! —respondió Miguel—. Ese hombre está en posesión del objeto desde..., veamos un poco..., desde el miércoles pasado, a eso de las cuatro. ¡Imagino que debe de estar camino del Nuevo Mundo el pobre diablo, y con unas ganas terribles de llegar!

—Miguel —imploró Mauricio—, ten piedad con un pariente, reflexiona bien tus palabras y dime otra vez cuándo te desembarazaste del cadáver.

—El miércoles por la tarde; sobre eso no hay error posible —replicó Miguel.

—Pues bien; no, decididamente, eso no puede ser —exclamó Mauricio.

—¿El qué? —preguntó el abogado.

—¡Hasta las fechas son pura locura! —murmuró Mauricio—. El cheque fue presentado en el Banco el martes. ¡No hay ni una hebra de buen sentido en todo este asunto!

En aquel instante un joven agarró vigorosamente el brazo de Miguel. El susodicho joven había cruzado, momentos antes, por casualidad, cerca del grupo de nuestros tres amigos; de repente, había dado un respingo y se había vuelto.

—¡Ah! —dijo—. ¡No me engaño! ¡Aquí está el señor Dickson!

El mismo sonar de la trompeta del Juicio Final no hubiera asustado más a Pitman y a su compañero. En cuanto a Mauricio, cuando oyó que un desconocido llamaba a su primo con aquel nombre fantástico, experimentó más plenamente aún la convicción de que estaba siendo víctima de una larga, grotesca y horrorosa pesadilla. Y cuando, a continuación, Miguel, con la inverosímil maleza de sus patillas, desprendióse de la zarpa del desconocido, emprendiendo la fuga, y cuando el singular hombrecito del cuello caído hubo seguido rápidamente su ejemplo; y cuando el desconocido, desolado por ver escapársele él resto de su presa, trasladó su vigoroso apretón sobre el propio Mauricio, éste, en el exceso de su asombro, no pudo menos que murmurar a media voz: «¡Ya lo decía yo!».

—Al menos, tengo en mi poder a uno de los de la banda —dijo Gedeón Forsyth.

—¿Qué quiere usted decir? —balbuceó Mauricio—. ¡No comprendo una palabra!

—¡Oh! ¡Yo sabré hacerle comprender! —replicó Gedeón resueltamente.

—Oiga usted, caballero, me hará usted un verdadero servicio si me hace comprender algo, sea lo que sea, de todo esto —exclamó de repente Mauricio, con un apasionado arranque de convicción.

—¡Piensa usted aprovecharse de no haber venido a mi casa con ellos! —repuso Gedeón—. Pero nada de eso. ¡He reconocido demasiado bien a sus amigos! Pues son sus amigos, ¿no es verdad?

—¡No le entiendo! —dijo Mauricio.

—¿No ha oído usted hablar de cierto piano? —sugirió Gedeón.

—¿Un piano? —exclamó Mauricio, agarrando convulsivamente el brazo del joven—. Entonces..., ¿es usted el otro hombre? ¿Dónde está? ¿Dónde está el cadáver? ¿Es usted el que ha cobrado el importe del cheque?

—¿Pregunta usted dónde está el cadáver? —dijo Gedeón—. ¡He aquí algo bien raro! Pero, ¿realmente necesita usted el cadáver?

—¿Que si lo necesito? —gritó Mauricio—. ¡De él depende mi fortuna ratera! ¡Soy yo quien lo ha perdido! ¿Dónde está? ¡Lléveme junto a él!

—¡Ah! ¿Quiere usted volverlo a ver? ¿Y su amigo, el señor Dickson, también quiere verlo? —preguntó Gedeón.

—¿Dickson? ¿A quién se refiere usted con su Dickson? ¿Es a Miguel Finsbury a quien designa usted con ese nombre? ¡Eh! Pero, seguramente, también querrá verlo. ¡También él ha perdido el cadáver! ¡Si lo hubiera conservado, el dinero de la «tontina» sería desde ahora suyo!

—¿Miguel Finsbury? ¡Supongo que no será el abogado! —exclamó Gedeón.

—Sí, el abogado —respondió Mauricio—. ¿Y el cadáver, por amor de Dios, dónde está?

—He ahí por qué me envió anteayer dos clientes —murmuró Gedeón. ¿Sabe usted cuáles son las señas del domicilio particular del señor Finsbury?

—King's Road, 233. Pero..., ¿qué clientes son éstos? ¿Adónde va usted? —gimió Mauricio, colgándose del brazo de Gedeón. ¿Dónde está el cuerpo?

—¿Eh? ¡Yo también lo he perdido! —respondió Gedeón. Y huyó de allí rápidamente.

XV. LA VUELTA DEL GRAN VANCE

No intentaré describir el estado de espíritu en que se encontraba Mauricio al salir de la estación de Waterloo. El joven mercader de cueros era, por naturaleza, modesto; jamás se había formado una idea exagerada de su valor intelectual; dábase plena cuenta de su incapacidad para escribir un libro, para tocar el violín, para entretener a una escogida sociedad con juegos de prestidigitación; en una palabra: para ejecutar ninguno de esos actos notables que hay costumbre de considerar como privilegio del genio. Sabía, admitía que su papel en este mundo fuese completamente prosaico; pero creía —por lo menos, lo había creído hasta aquellos últimos días— que sus aptitudes estaban a la altura de las exigencias de su vida. Mas, he aquí que, decididamente, tenía que confesarse vencido. Decididamente, la vida podía con él. Así es que, cuando el pobre mozo abandonó la estación de Waterloo, no veía ante sí más que un solo objeto: volver a su casa. Lo mismo que el perro enfermo se agazapa bajo el sofá, Mauricio no aspiraba más que a cerrar sobre él la puerta de la morada de John Street; soledad y calma, ¡oh!, con toda su alma aspiraba a ellas.

Las sombras de la noche comenzaban a caer cuando, por fin, llegó a la vista de aquel lugar de refugio. Y lo primero que se ofreció a sus ojos, al aproximarse, fue la larga figura de un hombre en pie sobre el escalón de entrada de su casa, y ocupado, ora en tirar del cordón de la campanilla, ora en descargar sobre la puerta vigorosas patadas. Este hombre, con su vestido desgarrado y todo cubierto de barro, parecía un horrible traperero. Pero Mauricio lo reconoció en seguida: era su hermano Juan.

El primer movimiento del hermano mayor fue, naturalmente, para volverse y emprender la fuga. Pero la desesperación habíale aniquilado hasta el punto de hacerle en lo sucesivo indiferente a las peores catástrofes. «¡Bah! —se dijo—, ¡qué importa!». Y extrayendo de su bolsillo un manojo de llaves, pisó silenciosamente los escalones, de la entrada.

Juan se volvió. Su rostro de fantasma mostraba una mezcla extraña de fatiga, vergüenza y furor. Y cuando reconoció al jefe de su familia, sus ojos

encendiéronse con siniestra claridad.

—¡Abre esa puerta! —dijo, apartándose.

—¡Eso es lo que hago! —respondió Mauricio, mientras que, interiormente, se decía: «¡Todo ha terminado! ¡Huele el crimen!».

Los dos hermanos halláronse entonces en el vestíbulo de la casa, cuya puerta acababa de cerrarse tras ellos. De repente, Juan agarró a Mauricio por los hombros y lo sacudió como un perro ratonero sacude a una rata.

—¡Animal! —exclamó—. ¡Tendría derecho a estrangularte!

Y volvió a sacudirle, con tanta fuerza, que los dientes de Mauricio crujieron y su cabeza chocó contra la pared.

—¡Nada de violencias, Juanito! —dijo, al fin, Mauricio—. No nos servirían para nada, ni a mí ni a ti.

—¡Cierra la boca! —respondió Juan—. ¡Te ha llegado la vez de escuchar!

Después penetró en el comedor, se dejó caer sobre una butaca, y quitándose uno de sus zapatos sin suela, cogióse el pie con ambas manos, como si quisiera calentarlo.

—Voy a quedarme cojo para toda la vida —dijo—. ¿Qué hay para cenar?

—¡Nada, Juanita! —dijo Mauricio.

—¿Nada? ¿Qué es lo que dices? —preguntó el gran Vanee—. ¡No intentes hacerme rabiar más, eh!

—¡Quiero decir que no hay nada! —respondió simplemente su hermano—. No tengo nada que comer, ni nada para comprar comestibles. Yo mismo, hoy, no he podido tomar más que un emparedado y una taza de té.

—¿Nada más que un emparedado? —rió burlonamente—. ¿Y aún tendrás el cinismo de quejarte por ello? Pues bien; ten cuidado. He soportado hasta aquí todo cuanto podía soportar. ¡Y esto se ha terminado! Y voy a decirte lo que va a pasar. Tengo intención de cenar yo en seguida, y cenar bien. Coge tu colección de anillos de sello y ve a venderla.

—¡Hoy es imposible! —respondió Mauricio—. Es domingo.

—Te digo que quiero tener dinero, ¿lo oyes? —aulló el hermano menor.

—Pues, sin embargo, Juanita, no es posible —se defendió el mayor.

—¡Endiablado idiota! —gritó Vanee—. ¿No somos dueños de la casa? ¿No nos conocen en el hotel donde el primo Parker nos invitaba a cenar cuando venía a Londres? ¡Vamos, lárgate al galope! Y si dentro de media hora no has vuelto, trayendo una cena de primera calidad, deshago los muebles y después me voy directamente a la policía y le cuento toda la historia. ¿Comprendes lo que te digo, Mauricio Finsbury? Porque si lo comprendes, lo mejor que puedes hacer es desfilar.

La idea sonreía hasta al infortunado Mauricio, a quien el hambre había temblar. Así es que se apresuró a ir a encargar la cena y a volver a su casa, donde encontró a Juan, que seguía ocupado en mecer su pie como un niño enfermo.

—¿Qué quieres beber, Juanita? —preguntó Mauricio con su voz más acariciante.

—¡Champaña, caray! De ese viejo champaña del que Miguel me habla siempre que le encuentro. Vamos, ve pronto a la bodega, y ten cuidado en no agitar demasiado la botella. Pero antes, oye un poco. Vas a prepararme fuego, a encenderme el gas y a cerrarme las ventanas. Es ya de noche y tengo frío. Y después pondrás el mantel y los cubiertos. Y luego..., irás a buscarme ropa para mudarme.

El comedor había tomado un aspecto relativamente habitual cuando llegó la cena. Y la misma cena fue excelente: una sopa fuerte, filetes de lenguado, dos costillas de cordero con salsa de tomates, una pierna de vaca asada, con patatas; un *puding*, un trozo de chéster, en una palabra, una comida completamente inglesa; pero como la había deseado el gran Vanee: «de primera calidad».

—¡Ah! ¡Alabado sea Dios! —exclamó el joven viajero, instalándose en la mesa. Y su alegría debía ser, en verdad, muy grande, para llevarlo de ese modo y por sorpresa a la piadosa ceremonia de «Benedicite», cuya costumbre hacía muchísimo tiempo había perdido—. Pero no —prosiguió—, voy a comer en esa butaca, cerca del fuego, pues hace dos días que estoy helado, y tengo necesidad de calentarme bien. Voy a ponerme allí, y tú, Mauricio, vas a permanecer de pie, entre la mesa y yo, para servirme.

—Pero, Juanito, es que yo también tengo hambre —dijo Mauricio.

—¡Podrás comerte lo que yo deje! —replicó el gran Vanee—. ¡Ah, chiquito, esto no es más que el comienzo de nuestro arreglo de cuentas! Has perdido la tranquilidad: vas a tener que moverte. ¡Cuidado con despertar al león británico!

Había algo tan indescriptiblemente amenazador en los ojos y en la voz del gran Vanee, mientras profería aquellas locuciones proverbiales, que el alma de Mauricio se sintió espantada.

—¡Vamos! —repuso el orador—. ¡Dame una copa de champaña antes del filete de lenguado! ¡Y yo que creía que no me gustaba el filete de lenguado!... Oye —agregó con una nueva explosión de rabia—, ¿sabes cómo he venido hasta aquí?

—No, Juanita. ¿Cómo voy a saberlo? —respondió el obsequioso Mauricio.

—¡Bueno, pues he venido a patita! —gritó Juan—. Sí, mi amigo; he hecho sobre mis diez dedos todo el camino desde Browndean, y he pedido limosna a lo largo de la carretera. ¡Quisiera verte mendigar un poco, Mauricio! ¡No es cosa tan fácil como puedes suponerlo! Me he hecho pasar por un pescador de Blyth, víctima de un naufragio. No sé dónde está Blyth. ¿Lo sabes tú? Pero he creído que tenía cierta apariencia natural el decir eso por la carretera. He pedido limosna a un feo animalote de chiquillo que volvía de la escuela, y me ha dado dos sueldos, diciéndome que le arrollase una cuerda alrededor de un trompo. Lo he hecho, y con gran cuidado; pero él ha declarado que no era así, y ha corrido tras de mí reclamándome sus dos sueldos. Después de eso he pedido limosna a un oficial de Marina. Este no me ha entregado trompo alguno, sino que, sencillamente, me ha dado un librito sobre el alcoholismo, y después me ha vuelto la espalda. Eso es todo lo que he sacado de él. He pedido limosna a una anciana que vendía tortas; me ha dado una de un sueldo. Pero el mejor ha sido un señor que, como me quejase de carecer de pan, me ha contestado que había para cualquier inglés un medio excelente de procurárselo, y este medio era romper un cristal en la primera casa que encontrara de manera que se hiciese meter en la cárcel... Y ahora trae el asado.

—Pero... pero —aventuró Mauricio— ¿por qué no has permanecido en Browndean?

—¿En Browndean? —exclamó Juan—. ¿Y con qué hubiera vivido? ¿Con él? «¡Leedme!». ¿Y con un repugnante pato del Ejército de Salvación? No, no; era preciso a toda costa que me largase de Browndean. Me había hospedado, a crédito, en una posada, donde me había hecho pasar por el gran Vanee, de la Alhambra. ¡En mi lugar hubieras hecho lo mismo! ¡Mas he aquí que se ponen a hablar de los «music-halls» y de todo el dinero que en ellos había yo ganado con mis canciones! Y después, he aquí que un cliente de la posada me pide que cante «Alrededor de tus formas espléndidas». Luego, cuando me decidí a cantar, todo el mundo estuvo de acuerdo para asegurar que yo no era el gran Vanee. Me empeñé en convencerlos, y todos se empeñaron en no dejarse convencer. Así es como acabaron mis relaciones con la posada del país —prosiguió tristemente el joven—. Pero sobre todo hubo el carpintero...

—¿Nuestro casero? —preguntó Mauricio.

—¡El mismo! —dijo Juan—. Llegó aquella mañana olfateando, y he aquí que quiere saber dónde ha ido a parar el tonel del agua, y qué ha sido de las cubiertas de la cama. Le dije que se fuese al diablo. ¿Qué otra cosa podía decirle? Pero entonces va y me dice que habíamos empeñado objetos que no eran nuestros y que nos iba a denunciar. ¡Caray!, ¡me vengué de buena manera! Me acordé de que era sordo como una tapia, y comencé a servirle tal montón de injurias, pero tan finamente y tan en voz baja que no tuvo la impertinencia de oír una sola palabra «¡No os oigo!» —me dijo—. «¡Eh! Ya sé que no me oyes, y felizmente para ti, animal, cerdo, cornudo» —le respondí con la más amable de mis sonrisas—. «¡Soy un poco duro de oreja!» —me berreó—. «No me extendería tanto si no lo fueses, idiota, excremento» —murmuré como si le diese explicaciones—. «Mi amigo —me dijo al fin—, soy sordo, es cierto; pero apuesto cualquier cosa a que el comisario de policía podrá oíros». Y después de aquello se marchó, sumamente furioso. Él se fue por un lado, yo me largué por otro. Le dejé, para que pudiera cobrarse los perjuicios, la lamparilla de alcohol, el «¡Leedme!», el diario del Ejército de Salvación y ese otro periódico que tú me enviaste. Y a propósito de esto, es preciso que estuvieses borracho perdido para enviarme un papelucho como ése. Allí no se hablaba más que de poesía, del globo celeste... ¡Y de rebanadas, diez columnas a la vez! Dime, pues, ¿eso que me enviaste es el monitor de los manicomios? El Attanium, recuerdo el título. ¡Dios todopoderoso, qué majadería!

—Quieres decir el Altaneum —rectificó Mauricio.

—¡Eh! Poco me importa como lo llares —dijo Juan—. Pero me pareces verdaderamente asombroso por haber enviado eso. Mas no importa, querido; comienzo a reponerme. Tráeme ahora el queso y otra copa de champaña. ¡Ah! Miguel tiene mucha razón al elogiar el champaña. Ahora puedes servirte. Queda un poco de pescado, una costilla entera y ese trozo de queso. Sí, ahí tienes; Miguel es un hombre que me agrada. Es hasta capaz de leer tu Attaneum; pero al menos sabe no aparentarlo. Al menos es alegre, buen muchacho, no tiene esa cara de entierro que siempre me disgustó en ti. Pero, oye, no te he preguntado nada, porque en seguida he adivinado lo que ocurría. ¿Y tu combinación? Falló por completo, ¿eh?

—¡Por culpa de Miguel! —dijo Mauricio, entenebreciéndose más aún.

—¿Miguel? ¿Qué tiene que ver en ese asunto?

—¡Es él quien ha perdido el cadáver! ¡Ahí tienes lo que tiene que ver! —respondió Mauricio—. Ha perdido el cuerpo del viejo José, y ahora es imposible declarar su muerte.

—¿Cómo? —preguntó Juan—. Pero... ¡si yo creía que tú no querías declarar su muerte!

—¡Oh! ¡Ya no estamos en ésas! —dijo su hermano—. Ya no se trata de salvar la tontina, sino de salvar la casa de cueros. ¡Se trata de salvar la ropa que llevamos puesta, Juanito!

—¡Para un poco el carro —dijo Juan—, y cuéntame tu historia desde el principio!

Y Mauricio hizo lo que su hermano le ordenaba.

—Bueno. ¿Qué te había yo dicho? —exclamó el gran Vanee cuando hubo escuchado el triste relato—. Pero, oye, voy a decirte una cosa; yo, de todos modos, no consentiré en verme despojado de la parte que me corresponde.

—¡Ah! Veamos. Me gustaría saber lo que piensas hacer —dijo Mauricio.

—Voy a decírselo, señor —replicó Juan con el tono más decidido—. Sencillamente voy a poner el asunto en manos del primer abogado de Londres, y, después de esto, el que tú bebas un caldo o no me importará tanto como lo que ocurre en la luna.

—Pero, sin embargo, Juan, los dos estamos a bordo del mismo buque —murmuró, Mauricio.

—¿A bordo del mismo buque? Pues bien, te apuesto a que no. ¿He cometido yo una falsificación de firma? ¿He tratado de disimular la muerte del tío José? ¿He hecho insertar anuncios (anuncios, por otra parte, absolutamente estúpidos y grotescos) en todos los periódicos? ¿He destruido estatuas que no me pertenecían? ¡Verdaderamente, me gusta tu aplomo, Mauricio! No, no y no. Demasiado tiempo te he confiado la dirección de mis asuntos; ahora voy a confiárselos a Miguel. Además, Miguel es un muchacho que siempre me ha gustado. ¡Y tengo prisa por ver, al fin, un poco de claridad en mi situación!

En aquel instante viéronse interrumpidos los dos hermanos por un campanillazo, y Mauricio, que había tímidamente entreabierto la puerta, recibió, de manos de un botones, una carta cuya dirección era de puño y letra de Miguel. La carta estaba concebida en los siguientes términos:

Aviso: — Mauricio Finsbury. —Para el caso que en el presente aviso se poseen sus miradas, queda informado de que podrá saber «algo ventajoso para él» mañana lunes, por la mañana, a las diez, en mi despacho. Chancery Lane, 42. Miguel Finsbury.

En cuanto hubo recorrido aquella carta, Mauricio, dócilmente, se la transmitió a su hermano.

—¡Ah! He ahí un modo qué me agrada de escribir una carta —exclamó Juan—. Nadie más que Miguel hubiera podido escribir así.

Y Mauricio, en su depresión de ánimo, ni siquiera se atrevió a defender sus derechos de autor.

XVI. DONDE LOS CUEROS, FELIZMENTE, SE VEN OTRA VEZ A FLOTE

Al día siguiente, por la mañana, a las diez, los dos hermanos fueron introducidos en la grande y hermosa pieza que servía de sala de audiencia a su primo Miguel. Sentíase Juan un poco repuesto de su agotamiento; pero todavía llevaba uno de sus pies en una pantufla. Materialmente, Mauricio parecía menos deteriorado; pero era diez años más viejo que el Mauricio que había abandonado Bournemouth diez días antes. La ansiedad había abierto en su rostro profundas arrugas, y su negra cabellera encanecía en los alrededores de las sienes.

Tres personas aguardaban a los hermanos Finsbury, sentadas ante una mesa. En el centro estaba el propio Miguel; tenía a su derecha a Gedeón Forsyth; a su izquierda, a mi anciano con gafas y una venerable y plateada cabellera.

—¡Caramba, es el tío José! —exclamó Juan.

Mauricio se frotó los ojos, aún más deslumbrado de lo que lo había estado con todas las pesadillas de los días anteriores. Luego, de repente, adelantóse hacia su tío, temblando de furor.

—¡Voy a decirle lo que ha hecho, pícaro viejo! —gritó—. ¡Se ha evadido!

—¡Buenos días: Mauricio! —respondió el tío José, pero con más animosidad de lo que dejarían suponer aquellas indulgentes palabras—, ¡Pareces enfermo, querido!

—¡Señores, es inútil agitarse! —exclamó Miguel—. Trata más bien, Mauricio, de mirar las cosas de frente. Tu tío, como ves, no ha debido sufrir gran cosa con la «sacudida» del accidente; y un hombre de corazón como tú no puede menos de sentirse por ello encantado.

—Pero entonces, si así es —balbuceó Mauricio—, ¿qué era el cadáver? ¿Sería realmente posible el que esa cosa que tantas inquietudes y alarmas me ha causado, que tanto ha hecho trabajar mi inteligencia; esa cosa que he

llevado de un lado a otro con mis propias manos, no haya sido más que el cadáver de un desconocido cualquiera?

—¡Oh, si la idea te aflige demasiado, puedes no llegar hasta eso! —respondió Miguel—. Nada te impide suponer que el cuerpo haya pertenecido a un hombre que tuviste ocasión de encontrar varias veces, un compañero de club quizá, hasta un cliente.

Mauricio se desplomó sobre una silla.

—¡Ay! —gimió—. ¡Si el barril hubiese venido hasta mi casa, hubiera descubierto en seguida el error! ¿Por qué fue a casa de Pitman? ¿Y con qué derecho se permitió Pitman abrirlo?

—A propósito de eso, Mauricio, dinos lo que has hecho con el Hércules antiguo —preguntó Miguel.

—¿Lo que de él ha hecho? Romperlo con un hacha de partir carne —dijo Juan—. Los trozos están aún en su casa, en la bodega.

—Todo eso no tiene ninguna importancia —se apresuró a declarar Mauricio—. Lo esencial es que he encontrado a mi tío, a mi fraudulento tutor. De todos modos, me pertenece. Reclamo la tontina. Afirmando que el tío Masterman ha muerto.

—Ya es hora de poner término a esta locura —dijo Miguel—, y de una vez para siempre. Desgraciadamente, lo que afirmas es casi verdad: en cierto sentido, mi pobre padre ha muerto, y hace muchísimo tiempo ya. Pero no es en el sentido de la «tontina», y espero que, en ese sentido, pasarán muchos años antes de que muera. Nuestro querido tío José lo ha visto esta misma mañana. Él os dirá que mi padre vive, aunque, ¡ay!, su inteligencia se ha apagado para siempre.

—No me ha reconocido —dijo José. Y para hacer justicia a ese viejo machacón, debo añadir que su voz, al decir aquellas palabras, temblaba con emoción sincera.

—Bueno, te vuelvo a encontrar, señor Mauricio Finsbury —exclamó el gran Vanee—. ¡Qué idiota has demostrado ser!

—En cuanto a la ridícula y horrible servidumbre en que habías reducido al tío José —repuso Miguel—, también esto ha durado ya demasiado. He preparado aquí un acta por la cual devuelves a nuestro tío toda su libertad y le libras de toda obligación para contigo. Vas primero, si te parece, a poner en ella tu firma.

—¡Qué! —gritó Mauricio—, y que yo pierda mis siete mil ochocientas libras y mi comercio de cueros, y todo eso sin ningún beneficio a cambio... ¡Muchas gracias!

—¡No me sorprende tu agradecimiento, Mauricio! —replicó Miguel.

—¡Oh! Ya sé que nada tengo que esperar de ustedes haciendo un llamamiento a sus sentimientos —respondió Mauricio—. Pero hay aquí un extraño (¡lléveme el diablo, por otra parte, si sé por qué!), y a él es a quien invoco. Caballero —prosiguió, dirigiéndose a Gedeón—: he aquí mi historia. He sido despojado de mi herencia cuando no era más que un niño, un huérfano. Desde entonces, caballero, no soñé jamás más que con una cosa: recobrar mis bienes. Mi primo Miguel podrá decirle de mí todo cuanto quiera: yo mismo declararé que no siempre me he mostrado a la altura de las circunstancias. Pero no por eso deja de ser otra mi situación que la que le he expuesto, caballero. ¡He sido despojado de mi herencia! ¡Un niño huérfano ha sido despojado de siete mil ochocientas libras! Y añadido que el derecho está de mi parte. ¡Todas las picardías de Miguel no podrán prevalecer contra la equidad!

—Mauricio —interrumpió Miguel—: permíteme añadir un detalle, que, por otra parte, no podrá desagradarte, puesto que pone de relieve tus capacidades de escritor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mauricio.

—Voy a ahorrar tu modestia —respondió Miguel—. Me basta, pues, hacerte saber el nombre de una persona que acaba de estuchar de muy cerca uno de tus ensayos más recientes de escritura comparada. El nombre de esa persona es Moss, mi querido amigo.

Hubo allí un largo silencio.

—Debiera haber adivinado que ese hombre venía de parte tuya —murmuró Mauricio.

—Y ahora firmarás el acta, ¿verdad? —dijo Miguel.

—Pero dime, Miguel —exclamó Juan con uno de aquellos generosos arranques que le eran familiares—. ¿Y yo, qué va a ser de mí en todo eso? Mauricio es hombre al agua, bien lo veo. Pero yo... ¿por qué habría de seguirle? Además, no te olvides que yo también he sido robado. ¡Yo también he sido un huérfano igual que él y alumno de la misma escuela!

—Juan —dijo Miguel—. ¿No piensas que harías mejor en fiarte de mí?

—¡Caray, tienes razón, querido! —respondió el gran Vanee—. Juraría que no pretendes abusar de la inocencia de un huérfano. Y tú, Mauricio, vas a firmar inmediatamente el documento en cuestión, o si no me enfadaré, y ya sabes que te haré ver algo que asombrará a tu débil cerebro.

Con un repentino apresuramiento, muy inesperado, Mauricio se declaró dispuesto a firmar la renuncia. Un secretario de Miguel trajo los documentos,

las firmas quedaron debidamente puestas, y de este modo José Finsbury encontré otra vez hombre libre.

—Y ahora, amigos míos, escuchen lo que me propongo hacer por ustedes —repuso entonces Miguel—. Tomen, Mauricio y Juan: he aquí un acta que los hace dueños únicos de la casa de cueros. Y he aquí un cheque equivalente a todo el dinero depositado en el Banco a nombre del tío José. De tal suerte, que podrás figurarte, mi querido Mauricio, que acabas de terminar tus estudios en el Instituto Comercial. Y como me dijiste tú mismo que los cueros volvían a subir, imagino que pronto pensarás en tomar esposa. He aquí, en previsión de ese feliz acontecimiento, un regalito de bodas. ¡Oh! No es el mío todavía. Veré de darte otra cosa cuando hayas señalado la fecha del matrimonio. Pero acepta desde ahora este regalo... de parte del señor Moss.

Y Mauricio, enrojecido súbitamente, saltó sobre su cheque.

—¡No comprendo nada de la comedia! —observó Juan—. ¡Todo eso me parece demasiado hermoso para ser verdadero!

—Es un sencillito traspaso —respondió Miguel—. Les desempeño al tío José, eso es todo. Si es él quien gana la tontina, la tontina será mía; si es mi padre quien la gana, será mía también, de tal modo que yo no tengo por qué quejarme de la combinación.

—Mauricio, mi pobre amigo, te han chafado.

—Y ahora, señor Forsyth —repuso Miguel, dirigiéndose al personaje mudo—, ve usted reunidos todos los criminales que tantos deseos tenía de encontrar. ¡Todos, con excepción, sin embargo, de Pitman! Ya ve: Pitman tiene una misión social: está consagrado a la regeneración artística de la jovencita. Por eso he tenido cierto escrúpulo en molestarle a una hora en que está especialmente ocupado. Pero si usted quiere, podrá hacerle detener en su pensionado; conozco las señas y se las diré a usted con sumo gusto. Y en cuanto al resto de la banda, aquí la tiene usted ante sus ojos, y temo que el espectáculo no tenga nada de seductor. Ahora, usted es quien ha de decidir lo que va usted a hacer de nosotros.

—Nada, señor Finsbury —respondió Gedeón—. Creo haber comprendido que este señor es —y señaló a Mauricio— quien ha sido, como decimos en nuestro argot, el «fondo» y «origen» de toda la aventura; pero, según lo que también creo haber comprendido, ha sido ya ampliamente castigado. Y además, para hablarle con toda franqueza, no veo lo que alguien podría ganar con un escándalo público. Yo, por mi parte, no podría con ello más que perder. Y, por el contrario, nunca sabré bendecir bastante una aventura que le

ha valido el honor de conocerlo. Ya ha tenido usted la bondad de enviarnos dos clientes.

Miguel enrojeció.

—Era lo menos que podía hacer para hacerme perdonar la molestia que se le ocasionó un poco por mi culpa —murmuró—. Pero todavía hay algo que es preciso que le diga. No quisiera que tuviese una opinión demasiada mala del pobre Pitman, que seguramente es la persona más inofensiva del mundo. ¿No podría usted venir esta misma noche a cenar en su compañía? En el restaurante Verrey, por ejemplo, a eso de las siete. ¿Qué dice usted?

—Había prometido cenar en casa de uno de mis tíos, con una amiga —respondió Gedeón—. Pero pediré que por esta noche me dispensen. Y ahora, querido señor Finsbury, un último punto debo someter a su decisión: ¿es que realmente no podemos hacer nada por el pobre diablo que se llevó el piano? ¡El recuerdo de ese desgraciado me persigue como un remordimiento!

—Ay, amigo mío, no podemos hacer más que una cosa —respondió Miguel—. ¡Compadecerle!



ROBERT LOUIS BALFOUR STEVENSON (Edimburgo, Escocia, 13 de noviembre de 1850 - Vailima, cerca de Apia, Samoa, 3 de diciembre de 1894) fue un novelista, poeta y ensayista escocés. Stevenson, que padecía de tuberculosis, sólo llegó a cumplir 44 años; sin embargo, su legado es una vasta obra que incluye crónicas de viaje, novelas de aventuras e históricas, así como lírica y ensayos. Se le conoce principalmente por ser el autor de algunas de las historias fantásticas y de aventuras más clásicas de la literatura juvenil, *La isla del tesoro*, la novela histórica *La flecha negra* y la popular novela de horror *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, dedicada al tema de los fenómenos de la personalidad escindida, y que pueden ser leída como novela psicológica de horror. Varias de sus novelas continúan siendo muy famosas y algunas de ellas han sido varias veces llevadas al cine en el siglo xx, en parte adaptadas para niños. Fue importante también su obra ensayística, breve pero decisiva en lo que se refiere a la estructura de la moderna novela de peripecias. Fue muy apreciado en su tiempo y siguió siéndolo después de su muerte. Tuvo continuidad en autores como Joseph Conrad, Graham Greene, G. K. Chesterton, H. G. Wells, y en los argentinos Bioy Casares y Jorge Luis Borges.